

**EL TRABAJO EN LAS SOCIEDADES POSTINDUSTRIALES**

**Trabajo de tesis para optar al título de  
Magíster en Ciencias de la Administración**

**Juan Fernando Agudelo Ramírez**

**Asesor: Raúl Gómez Marín**

**UNIVERSIDAD EAFIT  
ESCUELA DE ADMINISTRACION  
MAESTRIA EN CIENCIAS**

**Medellín**

**Mayo de 2004**

“Sin libertad de denuncia no hay elogio halagador”, decía Beaumarchais. Pero sin libertad para criticar la técnica tampoco hay “progreso técnico”, sino un condicionamiento solamente... cuando este condicionamiento es cibernético, como se da el caso hoy en día con las nuevas tecnologías, la amenaza es considerable. Ya no estamos a finales del siglo XIX sino del XX, y el debate sobre las nuevas tecnologías no parece tener en cuenta todo lo que hemos vivido a lo largo del siglo XX con el progreso. En el XIX podía existir cierta ingenuidad ante el progreso técnico e, incluso, ante el social. Se podía disculpar un pensamiento que no abarcara la dimensión totalitaria de las nuevas tecnologías como el ferrocarril, la radio, su utilización negativa y la contaminación, tanto psicológica como geológica y atmosférica de las mismas. Creo que hoy en día, en el umbral del siglo XXI tenemos que aprovechar la lección de un progreso que sigue siendo un progreso, pero que ya no es un progreso todopoderoso, un progreso idealizado por un pensamiento, según mi opinión, sin marcha atrás frente a la cara oculta del positivismo”.

Paul Virilio

## TABLA DE CONTENIDO

### INTRODUCCION

#### 1. PRESUPUESTOS EPISTEMOLOGICOS

- 1.1. ¿Qué es una sociedad?
- 1.2. Sobre la inscripción epistemológica de las palabras
- 1.3. Una palabra no es necesariamente un concepto
  - 1.3.1 Palabra y opinión vs. Concepto y reestructuración de la mirada
  - 1.3.2 Carácter suelto de la palabra vs. Naturaleza viscosa del concepto
- 1.4. Un concepto nunca se suscribe de modo exclusivo en la esfera teórica
- 1.5. Un objeto de investigación o una posición de problema es una construcción teórico práctica

#### 2. SOCIEDADES

- 2.1. ¿Qué es pues una sociedad?
  - 2.1.1 Carácter fático de los lazos de convivencia
  - 2.1.2 Una sociedad se define más por sus transformaciones o sus devenires que por sus contradicciones o por su quietud
- 2.2. Sociedades disciplinarias
  - 2.2.1 Condiciones de posibilidad de las sociedades disciplinarias
  - 2.2.2 Sociedades disciplinarias propiamente dichas
- 2.3 Sociedades de control

#### 3. EL TRABAJO EN LAS SOCIEDADES DE CONTROL O POSTINDUSTRIALES

- 3.1 Acotación preliminar
- 3.2 El trabajo maquínico
- 3.3 El teletrabajo
- 3.4 Perfil subjetivo del nuevo trabajador
- 3.5 Palabras finales

## Bibliografía

## INTRODUCCION

Esta investigación titulada “El trabajo en las sociedades postindustriales”, es el producto final de las modificaciones que experimentó, a medida que lo fuimos realizando, el proyecto de tesis que inicialmente presentamos al Comité de la Maestría en Ciencias de la Escuela de Administración de la Universidad EAFIT, titulado “Efectos del teletrabajo en las organizaciones laborales”.

Está concebida como un documento a partir del cual, en fases posteriores, podríamos constituir un Grupo de Investigación en torno al Trabajo, interesado en formular proyectos sobre lo que ha pasado en Latinoamérica, en general, y en Colombia en particular, a propósito de las transformaciones a las cuales nos referimos a lo largo y ancho de la misma.

Por la razón anterior, es decir, por estar concebida como un documento-matriz que puede oficiar como punto de partida para la formulación de futuras investigaciones, se preocupa por hacer un desarrollo básicamente conceptual, distribuido en tres capítulos, sobre los aspectos teóricos que formulados al amparo de las ciencias sociales pueden convertirse en el telón de dichas investigaciones.

El primero titulado “Presupuestos epistemológicos” se propone dejar planteados como su nombre lo indica, algunos presupuestos que consideramos necesarios e inmanentes en relación con cualquier gesto investigativo. Parte de la base de que, en este terreno, hay que empezar siempre poniendo a buen recaudo las pretendidas obviedades. En este caso, pretende definir el escenario propicio para la formulación posterior de los conceptos de sociedad y de trabajo con los cuales encaramos esta investigación.

El segundo capítulo, titulado “Sociedades”, se ocupa, después de hacer una serie de consideraciones sobre el concepto de sociedad, de perfilar la compostura de las dos formas de sociedad por las que, según algunos estudiosos del asunto, ha pasado la cultura occidental desde finales del siglo XVIII. Nos referimos a las llamadas sociedades industriales, disciplinarias o panópticas y a las sociedades de control o postindustriales.

Finalmente, el tercer capítulo que le da título a todo el texto “El trabajo en las sociedades postindustriales”, remite básicamente a los aspectos teórico-prácticos del trabajo en nuestros escenarios contemporáneos. En este capítulo no hemos abandonado nuestro esquema inicial: de un lado, hacemos una reflexión sobre el concepto de trabajo y sobre el nuevo modo de ser del mismo y sobre las formas que viene adoptando desde hace 50 años más o menos y, de otro lado, hacemos una reflexión sobre los aspectos puntuales del trabajo en las actuales sociedades postindustriales, esto es, el trabajo maquínico, el teletrabajo y el perfil del nuevo trabajador remitiéndonos todo el tiempo al costo subjetivo que está en juego en la entronización de las nuevas tecnologías, las cuales, por así decirlo, son las responsables de todas estas transformaciones.

No quedaríamos tranquilos si concluimos esta introducción sin antes hacerles dos aclaraciones a los posibles lectores de este texto.

Una: todo el tiempo sentimos una gran incomodidad al tener que recurrir a ejemplos propios de latitudes que, en muchos sentidos, por no decir todos, no son las nuestras. Al final nos tranquilizamos pensando que más adelante será posible, al hilo de futuras propuestas de investigación que impliquen un trabajo de campo juicioso, respondernos de manera puntual ¿qué ha pasado en nuestro medio en relación con el paso de las sociedades disciplinarias a las de control, con la inserción del trabajo maquínico en el proceso de producción, con el advenimiento del teletrabajo, con los procesos de adelgazamiento institucional o de modernización de las empresas y con la subjetividad colectiva e individual?

Y dos: queremos señalar que ante la alternativa de la primera persona del singular, del impersonal o de la primera persona del plural optamos por esta última, no obstante ser esta una investigación firmada por una persona, por considerar que quien habla lo hace dejando hablar muchas voces que han nutrido de diferentes maneras y con diferentes matices estas reflexiones, lo mismo que la postura existencial que se deriva de las mismas.

## 1. PRESUPUESTOS EPISTEMOLOGICOS

*“Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo”.*

*Ludwig Wittgenstein*

### 1.1 ¿Qué es una sociedad?

Dada una colectividad humana de la cual se acepta sin más que está emplazada en un territorio *homogéneo*; que se moleculariza en grupos distribuidos jerárquicamente según puntos de referencia específicos; que se puede reconocer como diferente a otras a partir de rasgos delimitados con precisión; que se mantiene como tal por la existencia, entre los individuos que la integran, de una serie de solidaridades y de lazos de connivencia lo suficientemente estables como para que no se produzcan fácilmente fracturas que amenacen su permanencia en el tiempo y en el espacio; que, en fin, está conformada por un número equis de individuos que de un modo más o menos similar empalman a *imaginarios* de identidad y de cohesión, por el hecho de que comparten una serie de códigos fundamentales, de los cuales se puede decir que “rigen su lenguaje, sus esquemas perceptivos, sus cambios, sus técnicas, sus valores, la jerarquía de sus prácticas”<sup>1</sup>; dada, repito, una colectividad que responda a las características antes enunciadas, y ponerse a dar vueltas en torno a ella con un arsenal de preguntas, sobrevolarla con el objetivo de indagarla, tratar de entenderla y construir sobre la misma representaciones mentales ajustadas a métodos de investigación validados por la comunidad de expertos y a concepciones disciplinarias e, incluso,

---

<sup>1</sup> FOUCAULT, Michel. *Las palabras y las cosas*. México, Siglo XXI, 1981. p. 5

interdisciplinarias, pone de inmediato, a quien se arrogue, tanto el deseo como la capacidad de hacerlo, frente a una serie de problemas y dificultades insoslayables.

Dicho de un modo más breve: responder a la pregunta ¿qué es una sociedad? no es algo que quede satisfecho con la simple apelación a una definición extraída de los manuales de sociología, de antropología social o de ciencias sociales; es, al contrario, una tarea que exige atender una serie de consideraciones de naturaleza epistemológica al hilo de las cuales es posible perfilar la compostura aproximada de los problemas. Son, cuando menos, cuatro. Y cada una de estas consideraciones, a su vez, da lugar, de un lado, a no pocos desarrollos teóricos, y, de otro lado, a no pocos estancamientos y perplejidades en el momento mismo en que se la intenta, por lo menos, formular. Iremos enunciando algunos de estos desarrollos y algunas de aquellas perplejidades a medida que avancemos en la formulación de estos presupuestos epistemológicos.

En primer lugar, hay que partir del presupuesto de que las palabras conocen, y esto se puede mostrar con relativa facilidad, un momento de emergencia o, mejor, una inscripción epistemológica precisa.

En segundo lugar, se hace insoslayable, en aras de definir el terreno conceptual constituido en perspectiva de avance y de abordaje de los problemas, establecer la diferencia entre palabra y concepto.

En tercer lugar, talvez pensando a contracorriente, se impone la necesidad de mostrar que moverse en la esfera teórica, esto es, nadar en las aguas de las construcciones conceptuales para delimitar planos de realidad o universos referenciales es un acto decididamente práctico y, por lo tanto, nos sitúa en la convicción de que un concepto nunca se suscribe de modo exclusivo en la esfera teórica.

Finalmente, muy en consonancia con lo anterior, tratar de responder a la pregunta ¿qué es una sociedad? para los efectos de esta investigación sobre el trabajo en las sociedades postindustriales; nos envía también al reconocimiento, a partir de los trabajos de la epistemología contemporánea, de que un objeto de investigación o una posición de problema es una poderosa construcción teórico-práctica.

## 1.2 Sobre la inscripción epistemológica de las palabras

Algunos autores coinciden al afirmar que hacer la arqueología de una época o de los progresos teórico-prácticos inmanentes a una episteme, sitúa al historiador o al arqueólogo del pensamiento ante el hecho palmario de que el pensamiento propio de dicha época está estrechamente asociado a la creación, delimitación conceptual y uso de un corpus de palabras, de las cuales se puede afirmar que inculcan una nueva visión del mundo, trazan el mapa de los nuevos problemas y, sobre todo, van circunscribiendo, en la medida en que hacen red con otras, el modo de ser de las nacientes áreas del saber, “algunas decenas de palabras esenciales”<sup>2</sup>, dirá Emile Benveniste.

El trabajo que es preciso hacer con estas decenas de palabras esenciales, no se agota allí dónde se las toma únicamente al nivel de una descripción precisa de su génesis. Tampoco, como ya dije, cuando se las aborda como definiciones cerradas sobre sí mismas. Es preciso, además, ponerlas en relación con los universos referenciales a los cuales remiten de modo complejo y con los problemas en relación con los cuales son instrumentos de trabajo en tanto permiten formularlos de un modo más especializado. De tal modo que al tomarlas sepa uno que tiene entre las manos *pequeños* seres insuflados de vida, capaces de poner en movimiento al pensamiento más anquilosado y, sobre todo, a “testigos que a menudo hablan más alto que los documentos”<sup>3</sup>, como dice Eric Hobsbawm al considerar algunos vocablos “que fueron inventados o que

---

<sup>2</sup> BENVENISTE, Emile. *Problemas de lingüística general*. México, Siglo XXI, 1976. p. 209

<sup>3</sup> HOBBSAWM, Eric. *La era de la revolución, 1789-1848*. Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1997. p. 9

adquirieron su significado moderno”<sup>4</sup> entre 1789 y 1848, es decir durante ese período de 60 años tan importante para la comprensión del estado actual de la cultura occidental, en el cual tuvieron lugar la revolución industrial y la revolución francesa y se prepararon las condiciones para la revolución de las transmisiones y la revolución de los transportes, puestas en marcha ambas desde la segunda mitad del siglo XIX.

Un hecho notable dificulta cualquier trabajo con este corpus de palabras esencial para la comprensión de una episteme: estos vocablos no solo conocen diversos campos de constitución, al punto que con frecuencia los representantes de las diferentes disciplinas discuten y forcejean sobre los títulos de propiedad de dichas palabras, sino, y sobre todo, diversos escenarios de uso. Así, por ejemplo, una vez puesto en circulación cualquier vocablo de este corpus se inserta, como si se tratara en unos casos de un amuleto dador de poderes y, en otros, de un objeto de consumo sometido a las tensiones de la moda y dador de prestigio, en todas las esferas de la vida social de los hombres y allí, emplazado, deviene objeto de múltiples tratamientos. De este modo, están los que pasan por la simplificación más bizarra o el aprovechamiento más fecundo. Están los tratamientos que los fuerzan a hablar sobre asuntos ajenos a su alcance conceptual y sobre los cuales, por ende, nada tendrían qué decir. Pero también están los que los ponen en relación con problemas de investigación a los cuales se ajustan y a los que aportan, por lo tanto, elementos de todo tipo para el progreso teórico-práctico. Y están los tratamientos que, en fin, extraen de aquellos una especie de savia inaudita propicia para las más importantes comparaciones, extrapolaciones o para el establecimiento de las más desjuiciadas, desquiciadas e inauditas vecindades teóricas.

Tal es el caso de la palabra *sociedad*. Es uno de los términos más importantes del léxico que, visto en conjunto, circunscribe la episteme moderna<sup>5</sup>. Y no solo esto,

---

<sup>4</sup> Idem. p. 9

<sup>5</sup> Según Michel Foucault la episteme moderna es ese período de la cultura occidental que va desde finales del siglo XVIII o comienzos del siglo XIX hasta la mitad del siglo XX.

las disciplinas o áreas del saber que prescriben estar interesadas y trabajar efectivamente en la indagación, a diferentes niveles, de los hechos, los fenómenos, los problemas, en fin, los asuntos sociales, conocen su nacimiento en esta episteme. En efecto, Michel Foucault, analizando el apareamiento a lo largo del siglo XIX, de las *instituciones de secuestro* (escuela, fábrica, hospital, ejército, prisión) del individuo con fines de normalización, muestra que las observaciones que en el seno de las mismas se llevaron a cabo sobre los sujetos dieron lugar “al nacimiento de una serie de saberes –saber del individuo, de la normalización, saber correctivo- que se multiplicaron [...] haciendo que surgieran las llamadas ciencias humanas y el hombre como objeto de ciencia”.<sup>6</sup>

Ahora bien, a sabiendas de que los progresos teórico-prácticos inmanentes a una episteme, son construcciones que solo se pueden entender cuando se las remite a las condiciones de posibilidad definidas en esa episteme, a las prácticas cotidianas, a las relaciones de fuerza y a las instituciones que conocen su nacimiento en la misma, no hay que sobredimensionar lo que acabamos de plantear sobre el término sociedad y sobre las disciplinas que hacen de su referente un campo de indagaciones. Es cierto que este término remite a un complejo universo referencial el cual plantea, a su vez, un sinfín de problemas teóricos que *solo* se comenzaron a formular desde fines del siglo XVIII y, sobre todo, a lo largo del los siglos XIX y XX, pero de ningún modo se trata de un universo referencial inexistente antes de estas fechas. Se trata aquí de lo que Michel Foucault acota a propósito del término sexualidad; otro de los términos que está asociado a la historia del pensamiento moderno: “el propio término apareció tardíamente, a principios del siglo XIX. Se trata de un hecho que no hay que subestimar ni sobre interpretar. Señala algo más que un cambio de vocabulario, pero evidentemente no marca el surgimiento súbito de aquello con lo que se relaciona.”<sup>7</sup>

---

<sup>6</sup> FOUCAULT, Michel. La verdad y las formas jurídicas. México, Gedisa, 1983. p. 139

<sup>7</sup> FOUCAULT, Michel. *Historia de la sexualidad*. Vol. 2. México, Siglo XXI, 1986. p.7

Sin embargo, y a manera de ejemplo, una ojeada a la abundante cantidad de estudios existentes sobre el mundo griego, muestra que, hasta finales del siglo XVIII y, un poco a lo largo del siglo XIX, las preocupaciones dominantes de los investigadores, no eran para nada sensibles a la inmensa cantidad de asuntos que plantean las sociedades humanas, están más bien referidos a la preocupación por restituir los modos de ser de su relación con los dioses, con lo sagrado, y con la compostura de sus mitologías, de su filosofía y de su arte. Es sobre todo a lo largo de los siglos XIX y XX que proliferan las investigaciones sobre las formas de organización social, los asuntos de vida doméstica y de su existencia inmanente antes que trascendente; no sólo a propósito de las sociedades griegas, en particular, sino de las sociedades antiguas en general. Y todos estos estudios han sido llevados a cabo con instrumentos teórico-prácticos elaborados en el presente. No es este el único caso en el cual “toda lectura del pasado está inevitablemente sobrecodificada por nuestras referencias del presente.”<sup>8</sup>

### **1.3 Una palabra no es necesariamente un concepto**

Acostumbrados como estamos a buscar, ante el menor signo de atascamiento con un concepto científico e, incluso, filosófico, el auxilio de los dictámenes semánticos del diccionario, a pesar de su ortodoxia y de su inquietante quietud, hemos pasado por alto, aún en nuestros más importantes ámbitos académicos, uno de los *descubrimientos* más importantes de la epistemología: el abismo, casi siempre infranqueable, entre palabra y concepto. Lo hicieron una serie de epistemólogos cuyos trabajos, animados por una serie de *descubrimientos* decisivos, entre los cuales cabe destacar el que es objeto de estas páginas, son el lugar de formulación de una nueva manera de concebir la historia de las ciencias y de una nueva manera de plantear las relaciones entre saber y verdad. En efecto, Georges Canguilhem en consonancia con los trabajos de Gaston Bachelard, no cesa de insistir, al momento de hacer la historia de las ciencias biológicas, en este

---

<sup>8</sup> GUATTARI, Félix. *El constructivismo guattariano*. Cali, Centro Ed. Universidad del Valle. p. 76

hecho capital: “una palabra no es un concepto”<sup>9</sup>, o dicho de un modo más contundente “no es posible deducir mecánicamente la presencia del concepto partiendo de la presencia de la palabra.”<sup>10</sup> Más aún, dado que el concepto está básicamente del lado de la formulación de un problema, como lo plantearemos más adelante, no son pocas las ocasiones en la historia de las ciencias en que “la formulación del problema se ha efectuado antes de que haya sido inventada la palabra o antes de que se la haya importado desde otro dominio teórico.”<sup>11</sup>

Esta confusión entre palabra y concepto ha producido efectos negativos en disciplinas tan importantes como la historia de las ciencias o de las ideas científicas. Así, allí donde el historiador, al momento de hacer la historia de una ciencia cualquiera, se encuentra con el uso reiterado, por parte de diferentes miembros de la comunidad científica, de un corpus de términos idéntico, así se trate de momentos de la historia de dicha ciencia distantes en el tiempo o, en todo caso, consecutivos, inmediatamente supone relaciones de filiación teórica, tiende lazos de continuidad en lo que se refiere a la idea de que en uno y otro momento se está trabajando con los mismos problemas, afirma la existencia indiscutible de fenómenos de transmisión, reconoce sin dudar, en fin, la presencia de un problema sobre el cual hombres de diferentes épocas se obstinan y mantienen una voluntad sorda de dilucidación como si se tratara, en uno y otros momentos, de las mismas preguntas, de los mismos problemas, como si en efecto fuese posible explicar “por qué vías han podido establecerse las continuidades, de qué manera un solo y mismo designio ha podido mantenerse y constituir, para tantos espíritus diferentes y sucesivos, un horizonte único, qué modo de acción y qué sostén implica el juego de las transmisiones, de las reanudaciones, de los olvidos y de las repeticiones.”<sup>12</sup>

---

<sup>9</sup> CANGUILHEM, Georges. *Lo normal y lo patológico*. México, Siglo XXI, 1983. p. xvii

<sup>10</sup> Idem. p. xvii

<sup>11</sup> Idem. p. xviii

<sup>12</sup> FOUCAULT, Michel. *La arqueología del saber*. México, Siglo XXI, 1984. p. 7

Y, de este modo, nos hemos habituado, a pesar de los efectos funestos para la construcción de un verdadero mundo académico, a ver relaciones de filiación, de transmisión, de continuidad, esto es de tradición y de rastro, allí donde no hay otra cosa que rupturas y discontinuidades.

Ahora bien, la costumbre de tender hilos de continuidad, si es que los hay, si es que esto es realmente posible y, sobre todo, fecundo, entre elaboraciones teóricas distantes en el tiempo y que se suponen circunscritas al mismo dominio teórico, un poco inducida por la consuetudinaria confusión entre concepto y palabra, implica, a su vez, la convicción de que la humanidad, siempre idéntica, estaría recorriendo, desde el comienzo de los tiempos, el mismo camino, esto es, dando vueltas en torno a las mismas preguntas.

Tal es el caso, para poner un ejemplo sin pretender desarrollarlo, de la física. El historiador de la ciencia cree que entre Newton y Einstein hay una estrecha e indiscutible relación de continuidad en lo que se refiere a la disciplina científica en la cual se inscriben sus trabajos, a los problemas teórico-prácticos que encararon, *solo* porque en las obras de uno y otro encuentra la presencia de un conjunto de palabras idénticas. Es decir, el historiador a partir de este signo equívoco concluye sin más que, para el caso de este ejemplo simplificado, estamos ante dos trechos andados ya, del mismo camino. Pero esta correspondencia terminológica no puede ser equiparada a una relación de continuidad según la cual el uno estaría recorriendo un trayecto del camino que el otro habría comenzado a andar antaño, pues “antes de poner en serie dos recorridos sobre un camino es conveniente cerciorarse de que efectivamente se trata del mismo camino.”<sup>13</sup> De tal modo que sí, “quizá sea posible que los conocimientos se engendren, las ideas se transformen y actúen mas sobre otras, pero ¿cómo?, hasta ahora los historiadores no nos lo han dicho.”<sup>14</sup>

---

<sup>13</sup> CANGUILHEM, Georges. Op. Cit. p. xiii

<sup>14</sup> FOUCAULT, Michel. *Las palabras y las cosas*. Op. Cit. p. 8

Se observa, que esta confusión también tiene efectos en otros ámbitos. No solo sobre la compostura de las historias de las ciencias que se han elaborado bajo su égida sino, también, en tanto que la legitima, sobre la concepción esencialista del hombre que, actuando en secreto pero no por esto con menos fuerza, parece animarla. Dicho de otro modo: además de legitimar el uso abusivo que los historiadores tradicionales de la ciencias hacen de preceptos como continuidad, transmisión, precursor y problema, entre otros, legitima la convicción de que el hombre, visto en cualquier momento de su devenir, es siempre el mismo, invariable en el tiempo y en el espacio.

Todo esto tiene además consecuencias extremadamente negativas en nuestra cultura académica. Tal es el caso del lector *desavisado* del cual habla Estanislao Zuleta. Un estudiante de economía, pongamos por caso, toma en sus manos, por ejemplo *El capital* de Karl Marx. Pronto, a pesar de que las dificultades pululan, decreta que está recorriendo un paisaje que le es familiar o que en todo caso plantea apenas estancamientos que de todos modos se pueden resolver con certezas de diccionario o de sentido común. 'La palabra mercancía, ¡ah claro, yo sé a qué remite! Se trata precisamente de eso que he visto cientos de veces en las vitrinas de los almacenes'. Y así, nuestro cándido *estudioso* recorre no solo una obra decisiva para comprender el capitalismo, algunos aspectos de la modernidad, un capítulo de la historia de las ideas económicas y vaya a saber cuántas cosas más, sino diez semestres en los cuales habrá de leer otras tantas obras decisivas para fundar en un sujeto un pensamiento económico o, cuando menos, una competencia disciplinaria, sin experimentar el más mínimo escozor, las más mínima aspereza, salvo las consabidas protestas porque este o aquel texto es muy enredado, aburridor o habla todo el tiempo de lo mismo. Y todo esto, habida cuenta de que el profesor, a su vez, lo instigará para que, en el *mejor* de los casos, al cabo de su lectura, haya recogido una colección de definiciones consignadas en fichas y, al mismo tiempo, sustraídos de las relaciones que entablan con otros segmentos teóricos de los textos y de las preguntas y los

problemas en relación con los cuales tales construcciones teórico-prácticas conocieron su aparición.

Pero suspendamos aquí este planteamiento epistemológico. Dejemos allanado apenas el escenario para posibles discusiones. Dejemos, también, en suspenso la posibilidad de atarearnos en el empeño de plantear otros efectos inmanentes a la confusión entre palabra y concepto. A cambio, cedamos el lugar al intento de ocuparnos, así sea precariamente, de una pregunta obligada: ¿En qué estriba la imposibilidad de tomar una palabra por un concepto o, a la inversa, la imposibilidad de tomar una definición de diccionario por un concepto? O incluso, ¿en qué se fundamenta esa insalvable distancia que existe entre palabra y concepto?

### 1.3.1 Palabra y opinión vs. Concepto y reestructuración de la mirada

Se sabe que las palabras conocen dominios de uso asociados a la vida doméstica de los hombres, a las diversas maneras de ser de la acción social y que remiten, sobre todo allí donde circulan como monedas corrientes y gastadas, a las certezas consolidadas y sancionadas como legítimas, las cuales a su vez, en tanto enquistadas, emplazan a los hombres en imaginarios de diversa índole.

De un lado, *imaginarios de sabiduría*, hasta un grado tan alarmante que nadie objetará la molesta situación en la cual un sujeto, tal como ya dijimos, emplazado en las significaciones dominantes, manifiesta saber de todo, y se aventura en la disputa dialógica sin límites ni restricciones de ningún tipo, más aún sin ninguna vergüenza. Fácil es prever que a este sujeto no le hace mella la magnífica afirmación de Wittgenstein: “De lo que no se puede hablar mejor es callarse”<sup>15</sup>, pues justo él, situado en la antípoda de esta consigna, dice: ‘como de todo puedo hablar entonces no me callo’. Ni mucho menos estará dispuesto a aceptar que en verdad la ignorancia no es otra cosa que un estado de llenura. Y que este exceso

---

<sup>15</sup> WITTGENSTEIN, Ludwig. *Tractatus logico-philosophicus*. Madrid, Alianza Universidad, 1984. p. 203

indigesta antes que situar en la serena aceptación de los propios límites. Se comprende, además, que semejante relación con la palabra corriente pone, a quien la tiene, en estado de alerta ante cualquier signo que amenace la aparente seguridad que suministra saber de todo.

Por esta razón, a los imaginarios de sabiduría hay que agregar *los imaginarios de poder*. En efecto, si nada estimula con más contundencia la convicción de seguridad que la creencia ciega en las representaciones y en las opiniones dominantes sobre el mundo, entonces de este sentimiento de tranquilidad se sigue un sentimiento de poder. Así, este sujeto, regodeado en sí mismo por la conciencia de saber que lo atraviesa, se tornará terco y obstinado, dogmático incluso, cuando se vea amenazado en sus concepciones y en sus certezas. Y no solo esto. Su sentimiento de poder se hace más fuerte en tanto movilice fuerzas de resistencia ante la presencia de lo que desestabiliza, socava, hace cambiar de lugar. “El reducir algo desconocido a algo conocido alivia, tranquiliza, satisface, proporciona además un sentimiento de poder. Con lo desconocido vienen dados el peligro, la inquietud, la preocupación.”<sup>16</sup>

Así la palabra cumple en los tejidos sociales, en torno a asuntos tan decisivos como la construcción de subjetividad y de cultura académica e investigativa, una función política de salvaguarda de las significaciones dominantes que la parasitan. También aquieta el espíritu en vez de ponerlo en estado de perpetua inquietud y zozobra; suministra un precario sentimiento de seguridad en vez de proveer una auténtica inestabilidad; y sobre todo, congela lo real a sabiendas de que este se desmultiplica y se mueve todo el tiempo. A Ireneo Funes “no solo le costaba comprender que el símbolo genérico perro abarcara tantos individuos dispares de diversos tamaños y diversa forma, le molestaba que el perro de las tres y catorce (visto de perfil) tuviera el mismo nombre que el perro de las tres y cuarto (visto de frente)”.<sup>17</sup>

---

<sup>16</sup> NIETZSCHE, Friedrich. *El crepúsculo de los ídolos*. Madrid, Alianza Editorial, 1984. p. 66

<sup>17</sup> BORGES, Jorge Luis. *Ficciones*. Madrid, Alianza Editorial, 1982. p. 130

Otra cosa muy diferente, hacen los conceptos. Un concepto es una especie de vibración, de sacudida que arranca bruscamente a la palabra de su pertenencia a esferas ordinarias y la hace entrar, ajena a sí misma, en una dimensión en la que oficia, junto con otros elementos, de herramienta para la formulación de un problema, así este esté en la fase de incubación, o para la solución, así sea provisional, de una pregunta previamente planteada.

Es muy importante esta relación entre un concepto o una serie de conceptos y una posición de problema. Primero hay que definir, inventar si se quiere, una posición de problema. En palabras de Gilles Deleuze “las preguntas, como cualquier otra cosa, se fabrican [...] con elementos tomados de aquí y de allí [...] El arte de construir un problema es muy importante: antes de encontrar una solución, se inventa un problema, una posición de problema.”<sup>18</sup>

Un concepto conoce, lo mismo que la palabra, dominios de uso, pero estos antes que remitir a la esfera de las opiniones sacralizadas, remiten a esos discursos cuyo estatuto puede ser considerado científico e incluso filosófico y, sobre todo a la contribución que allí hace cuando se trata de especializar un problema o de formular una pregunta con el mayor rigor posible.

Dicho así, se trata entonces de discursos a través de los cuales los hombres nos hacemos representaciones no solo, más profundas sino también más ajustadas a lo real, sobre diferentes aspectos que conciernen a nuestra existencia y, además, resistimos a la vergüenza de ser hombres; esa que según Deleuze “no solo experimentamos en las situaciones extremas de los campos de concentración nazis, sino en condiciones insignificantes, ante la vileza y la vulgaridad de la existencia que acecha a las democracias, ante la propagación de esos modos de

---

<sup>18</sup> DELEUZE, Gilles. *Diálogos*. Valencia, Pre-textos, 1980. p. 5

existencia y de pensamiento-para-el-mercado, ante los valores, los ideales y las opiniones de nuestra época.”<sup>19</sup>

Y es allí, en esos contextos de uso, en esos discursos enrarecidos como el de la ciencia o como el de la filosofía, donde los conceptos despliegan toda su potencia, toda su capacidad de poner en movimiento al pensamiento y de sacudir la docilidad y la parsimonia con la cual se aceptan, habitualmente, las palabras corrientes, las significaciones legitimadas y, sobre todo, los modos de ser en el mundo articulados a aquellas.

De modo que, así como la palabra en tanto lugar de asiento de toda una densa capa de opiniones y de significaciones dominantes, produce efectos que consideramos funestos, el concepto, tomado al nivel de su potencia, repercute en los tejidos sociales de muchas formas que consideramos fecundas.

Un concepto, una construcción científica o la reflexión de un verdadero filósofo agita la tranquila relación que habitualmente tenemos con las concepciones corrientes de una época. Pone en estado de inestabilidad, al denunciar su inconsistencia o su carácter trivial a los valores pontificados. Sacude la quietud con la cual se acepta a unas y a otros. Y, al mismo tiempo, justo porque ambos (concepciones corrientes y valores legitimados) circulan convirtiéndose en elementos capaces de construir rasgos de subjetividad en los sujetos, provoca una reestructuración de la mirada. Gaston Bachelard lo dice de un modo contundente al momento de aclarar que nunca estamos en un estado de *tábula rasa* ante los progresos del conocimiento científico: “Frente a lo real, lo que cree saberse claramente ofusca lo que debiera saberse. Cuando se presenta ante la cultura científica el espíritu jamás es joven. Hasta es muy viejo pues tiene la edad de sus prejuicios. Tener acceso a la ciencia es rejuvenecer espiritualmente, es aceptar una mutación brusca que ha de contradecir a un pasado.”<sup>20</sup>

---

<sup>19</sup> DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix. *¿Qué es la filosofía?* Barcelona, Anagrama, 1994. p. 109

<sup>20</sup> BACHELARD, Gaston. *La formación del espíritu científico*. México, Siglo XXI, 1979. p. 16

No quiere decir todo lo anterior que aquí afirmemos que los conceptos, las construcciones de la ciencia y las de la filosofía nos sustraigan lo real convirtiéndolo en una especie de imagen o representación trucada, ni mucho menos, que todos estos discursos lo sobrevuelen y apenas lo rocen sin llegar a ocuparse verdaderamente de aquel. No quiere decir, tampoco, que la ciencia y la filosofía pretendiendo hablarnos de la realidad nos lancen a esferas de irrealidad rayanas en el absurdo.

A pesar de que así se lo *entiende* en ciertos contextos académicos, pretender que los filósofos y los científicos no creen en el mundo exterior y que se divierten sustrayéndoselo a las personas corrientes no es más que una mascarada. Y como esto lo hacen no solo los enemigos de la ciencia y de la filosofía, sino además los falsos filósofos y los falsos científicos convencidos, como en efecto están, de que hacer semblantes de profundos y de misteriosos les suministra una ventaja subjetiva que no alcanzamos a saber muy bien cuál es, no sobra recordarles la bella indicación de Paul Veyne: si es cierto que “los filósofos creen que el mundo exterior no existe, ¿por qué toman el paraguas en los días de lluvia?”.<sup>21</sup>

Antes que sustracción de los universos de referencia habituales se trata de reconstrucción de la mirada, de acceso a un estado capaz de dudar de la pretendida obviedad de las cosas un poco a la manera de Maurice Merleau-Ponty: “Vemos las cosas mismas, el mundo es lo que vemos: fórmulas como estas expresan una fe que es común al hombre natural y al filósofo en cuanto uno y otro abren los ojos; *nos remiten a una base profunda de opiniones mudas implicadas en nuestra vida*. Pero lo extraño de esa fe es que, si tratamos de articularla en tesis o en enunciados, si nos preguntamos qué es *nosotros*, qué es *ver* y qué es *cosa* o *mundo* penetramos en un laberinto de dificultades y contradicciones.”<sup>22</sup>

---

<sup>21</sup> VEYNE, Paul. *Foucault y la superación (o remate) del nihilismo*. En *Michel Foucault, filósofo*. Barcelona, Gedisa, 1995

<sup>22</sup> MERLEAU-PONTY, Maurice. *Lo visible y lo invisible*. Barcelona, Seix Barral, 1970. p. 19

### 1.3.2. Carácter suelto de la palabra vs. Naturaleza viscosa del concepto

Nos parece importante plantear una oposición entre el carácter suelto de la palabra, para decirlo de algún modo, y la naturaleza viscosa del concepto. Con esta contraposición queremos indicar básicamente lo siguiente: la palabra remite, cuando más, a un campo semántico y éste, a su vez, remite a una enciclopedia, tal como dicen los analistas, en relación con la cual se definen los mundos posibles con los cuales cada hablante tendrá algo que ver y en relación con los cuales leerá o aprehenderá el mundo; recogida, en el mejor de los casos, por las certezas de diccionario. Así, por ejemplo, si uno invoca la palabra *león* en tanto referida a animal, en el uso corriente esta palabra nos remitirá a una serie de mundos posibles o ejes de referencia (selva, circo, zoológico) con sus correspondientes connotaciones (peligro, amaestramiento y cautiverio respectivamente). El eje de las connotaciones puede incluso ampliarse, pero seguiremos en el dominio de los significados oficiales sin producir ninguna perplejidad.

A cambio, el concepto envía a otras coordenadas de significación y, sobre todo, a una red de relaciones que en tanto asimilada o agenciada por un sujeto provoca, tal como hemos planteado, un extrañamiento, socava las seguridades definidas a propósito de la aprehensión del mundo. Así, un concepto, antes que remitir, de un modo directo, a un referente recortado con precisión en el mundo, individualizado en su singularidad, hace parte de una red conceptual, remite al trabajo del pensamiento científico y filosófico sobre unos problemas planteados previamente o unas preguntas ajustadas a las exigencias de formulación inmanentes a una episteme.

Dicho así, un concepto está siempre articulado a dos ejes que determinarían su densidad y harían inútil, al momento de aprehenderlo, la invocación de cualquier definición para referirse a aquel. Uno de esos ejes está constituido por las

preguntas, los problemas de investigación en relación con los cuales se crea, muchas veces, para aventurar hipótesis de respuesta o para proponer soluciones. Y el otro eje consiste en los conceptos con los cuales hace red en el cumplimiento de su tarea.

En este sentido, digámoslo aquí con mayor énfasis, para luego desarrollarlo un poco: la palabra circula sin asperezas y, al hacerlo, no hace otra cosa que favorecer la legitimidad endeble, pero, de todos modos, una y otra vez reafirmada, de las opiniones; el concepto, a cambio, remite todo el tiempo a los dos ejes enunciados y si no se lo aborda explicitando su profunda relación con este telón de fondo, no se comprende nada. Es por esto que hablamos del carácter líquido de la palabra en oposición a la densidad del concepto.

Conocemos varios trabajos importantes sobre la opinión y sobre su capacidad de obstaculizar la construcción de un espíritu científico, la asimilación de una teoría científica o el acceso a las elaboraciones de un auténtico filósofo.

De un lado, invocamos un estudio reciente de Fernando Savater, según el cual la búsqueda de la verdad tropieza en la práctica pedagógica con dos obstáculos nada desdeñables: la incapacidad de abstracción y la sacralización de las opiniones. Para Savater a las opiniones se las sacraliza allí donde se las considera como parte irrefutable de la personalidad del sujeto o se las convierte en parte intocable del universo simbólico del mismo; también allí donde en vez de asumirlas como *elaboraciones* carentes de rigor, limitadas precisamente por la aprehensión insuficiente de una verdad científica o la total ausencia de relación con el saber, se las asume como una especie de expresión singular de un sujeto, al punto que, como correlato de esto mismo, se considera un irrespeto flagrante cualquier intento de puesta en tela de juicio fundado en argumentos, como si lo fundamental de una opinión fuese quién la emite y no cuáles son sus bases, si es que las tiene, o como si al entronizarse, en una comunidad académica, pongamos por caso, la obligación beatífica de respetar las opiniones no se corriera el peligro

de dejar en suspenso cualquier gesto de pensamiento o de obstaculizar cualquier intento de puesta en circulación de las ideas. Este subjetivismo irracional, como lo llama Savater, se convierte de tal modo en componente dominante de la subjetividad que pronto niños y adolescentes están convencidos que es señal de personalidad definida obstinarse en la defensa de las propias opiniones y no dar el brazo a torcer ante argumentos de peso, incluso, que es manifestación de tiranía y de agresión física cualquier intento de convencer a otro con argumentos fundados.

Ahora bien, convencido de que lo absolutamente respetable son las personas consideradas en su singularidad y no sus opiniones, Savater opone a una educación dominada por la sacralización de las mismas, una cultura académica interesada en educar a los jóvenes para la convivencia democrática centrada en la capacidad, por parte de los ciudadanos, de *participar fructíferamente* en contiendas dialógicas dominadas por verdaderos actos de alteridad y por la voluntad de arriesgar las propias convicciones.

De otro lado, invocamos el famoso concepto de *obstáculo epistemológico* planteado por Gaston Bachelard en el primer capítulo de su libro "*La formación del espíritu científico*". Es bien importante el tratamiento que el epistemólogo francés le da a este concepto. Según él "puede ser estudiado en el desarrollo histórico del pensamiento científico y en la práctica de la educación"<sup>23</sup>, en la cual, según sus propias palabras, toma la forma de *obstáculo pedagógico*. De este planteamiento, lo que más importante nos parece es que, si se lee entre líneas, pues en ningún apartado del capítulo está dicho explícitamente, Bachelard termina por afirmar que el lugar de asiento o de anclaje del obstáculo epistemológico y por lo tanto del obstáculo pedagógico, es la opinión usual, es la palabra corriente, son los preconceptos amontonados por la vida cotidiana y por lo que Bachelard llama *espíritu conservativo*.

---

<sup>23</sup> BACHELARD, Gaston. Op. Cit. p. 19

Así cuando, a manera de ejemplo, analiza las dificultades de un profesor para hacer comprender el equilibrio de los cuerpos flotantes, dice que este fenómeno es *objeto de una intuición familiar que es una maraña de errores*. La opinión dominante atribuye movimiento, actividad al cuerpo que flota; esta opinión suele decir que el *cuerpo nada*. Y, de este modo, crea las condiciones que ofuscan cualquier posibilidad de comprensión científica, pues la resistencia que encuentra cualquier experimentador desavisado, al intentar hundir un trozo de madera en el agua, no es fácil, dada esta maraña de errores, este *conjunto impuro* de intuiciones básicas, vehiculizadas por el lenguaje dominante, atribuirle al agua. Justo por esto Bachelard afirma que “toda cultura científica debe comenzar por una catarsis intelectual y afectiva”<sup>24</sup>; es decir, por una puesta en suspenso, por lo menos, de las intuiciones básicas, por una puesta en duda de esa masa densa de opiniones en la cual nos reconocemos y en la cual afincamos nuestras más queridas certezas. Se comprende entonces, la contundencia de Bachelard cuando afirma que “la ciencia, tanto en su principio como en su necesidad de coronamiento, se opone en absoluto a la opinión.”<sup>25</sup>

Ahora bien, afirmar que para acceder al conocimiento científico hay que realizar un trabajo de catarsis intelectual y afectiva que consiste en desmontar el cúmulo de intuiciones básicas convertido en verdades enquistadas como si se tratase de un sedimento solidificado por la paciente laboriosidad de la costumbre y del aparente bienestar que nos suministraran tantas certezas acuñadas, no es algo que Bachelard realizó en solitario. Al contrario, estamos aquí ante un tema presente no sólo en los trabajos del epistemólogo francés sino en una gran cantidad de trabajos sobre la historia de las ciencias y de las ideas. Michel Foucault, por ejemplo, afirma que para poner en juego los conceptos de discontinuidad, de ruptura, de umbral, de límite, de transformación hay que realizar ante todo un trabajo negativo. Y este trabajo negativo consiste, entre otras cosas, en “liberarse de todo un juego de nociones que diversifican, cada una a su modo, el tema de la

---

<sup>24</sup> Idem. p.21

<sup>25</sup> Idem. p. 16

continuidad”<sup>26</sup> (tradición, influencias, desarrollo y evolución, mentalidad o espíritu). Y, justo por todo esto, se puede afirmar con Bachelard que ante el propósito de acceder al conocimiento científico, no se trata tanto de *adquirir* una cultura científica cuanto de cambiar una serie de hábitos de pensamiento. De aquí que, Bachelard advierta sobre la transformación síquica profunda que implica el acceso al saber; la puesta en riesgo del propio rostro, decimos nosotros.

### 1.3.3 Potencia del concepto

Hemos afirmado que la riqueza de un concepto, su potencia, todo lo que este nos pueda suministrar en aras de la especialización de una pregunta o del progreso en el planteamiento de los problemas, claro está, si nos anima una “voluntad fundamental de conocimiento que dicte sus órdenes desde lo profundo”<sup>27</sup>, como dice Nietzsche, queda como humillada cuando creemos que se puede circunscribir su alcance apelando a definiciones de aula de clase, a certezas de diccionario, o cuando recorriéndolo en las páginas de un texto, cerramos filas en torno a nuestras intuiciones básicas y nos replegamos, usándolo como pretexto -hábito consuetudinario de mal lector-, al umbral opaco en el cual nos sitúa la vulgaridad de las opiniones.

Hemos dicho, también, que un concepto hay que elaborarlo refiriéndolo siempre a los problemas en relación con los cuales se formula y a la red discursiva de la cual hace parte.

En el primer caso, afirmamos que los conceptos solo pueden ser valorados, tasados en su potencia, en relación con los problemas que ayudan a plantear y, en algunos casos, a resolver. Por esto, creemos que resulta vano, desde todo punto de vista, discutir sobre si este o aquel tiene o tenía razón al formular tal o cual concepto; y que, puestos frente a un concepto, se trata, más bien, de

---

<sup>26</sup> FOUCAULT, Michel. *La arqueología del saber*. Op. Cit. p. 33

<sup>27</sup> NIETZSCHE, Friedrich. *La genealogía de la moral*. Madrid, Alianza Editorial, 1983. p. 19

arqueologizarlo, poniéndolo, como hemos dicho, en relación con el modo como ha hecho moverse al pensamiento, “que uno sostenga una opinión; y piense más bien esto que aquello, ¿de qué sirve, mientras no se expongan los problemas que están en juego?”<sup>28</sup>

En el segundo caso afirmamos que un concepto es una multiplicidad. No se comprende nada en absoluto si no se lo pone en relación con una serie de *términos* con los cuales hace red, con una serie de prácticas *socialmente aceptadas* y con una serie de instituciones.

De aquí que para la construcción de un espíritu científico *ante todo es necesario saber plantear los problemas*, pues *estos no se plantean por sí mismos, de tal modo que es este sentido del problema el que indica el verdadero espíritu científico.*

De aquí, también, que al intentar restituir la potencia transformadora de un concepto sea inevitable ir todo el tiempo del concepto a la teoría y no a la inversa. Es decir, ir del concepto *insularizado* a la red conceptual en la que aquel no es más que un punto desde el cual se tienden líneas de relación con todos los demás puntos o nudos de la red. La construcción de un concepto, además de estar empalmada a una serie de preguntas previamente planteadas y solo posibles bajo unas condiciones epistemológicas particulares, es una miríada de relaciones que desbordan los linderos precisos de una ciencia específica. Michel Foucault al hacer la lista de los aportes decisivos, tal como hemos insistido aquí, de la epistemología de la primera mitad del siglo XX, dice que los análisis de Canguilhem sobre las transformaciones y desplazamientos de los conceptos “muestran que la historia de un concepto no es, en todo y por todo, la de su acendramiento progresivo, de su racionalidad sin cesar creciente, de su gradiente de abstracción, sino la de sus diversos campos de constitución y de validez, la de

---

<sup>28</sup> DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix. Op. Cit. p. 33

sus reglas sucesivas de uso, de los medios teóricos múltiples donde su elaboración se ha realizado y acabado.”<sup>29</sup>

#### **1.4 Un concepto nunca se suscribe de modo exclusivo en la esfera teórica**

A medida que formulamos algunas ideas concernientes a todo lo que está, desde el punto de vista epistemológico, en juego cada vez que nos ponemos a trabajar con conceptos, hemos ido señalando, cómo estas ideas en tanto ausentes de nuestro mundo académico ofuscan y, en el peor de los casos, extravían las perspectivas de trabajo que animan nuestros gestos de lectura, de investigación, de pensamiento y/o de enseñanza.

Otra convicción funesta de nuestro mundo académico consiste en afirmar, por todas las vías posibles, que *teoría* y *práctica* son dos actividades interrelacionadas pero, en todo caso, independientes. Hacemos esto, a tal grado, que la afirmación, según la cual, puede uno moverse a voluntad atendiendo las exigencias de la primera sin que, al punto, se le aparezcan exigencias provenientes de la segunda y viceversa, ni siquiera admite discusión; tal es el grado de verdad que le hemos atribuido a esta división académica. Así, tanto por razones de perspectiva pedagógica como por asuntos administrativos derivados de la convicción misma, en un currículo las asignaturas están tajantemente divididas en teóricas y prácticas.

Con frecuencia los estudiantes alegan como argumento contundente en favor de lo aburridora que puede llegar a ser una asignatura, o la manera de un profesor encararla, la afirmación: ‘*es muy teórica, no tiene nada de práctica*’. Como correlato de esto, tenemos un “ejército” de profesores esforzados, corriendo de un lado para otro, buscando aquí y allá los medios para hacer sus clases no solo amañadoras, divertidas –lo cual es otro matiz del problema-, sino además un poco prácticas.

---

<sup>29</sup> FOUCAULT, Michel. *La arqueología del saber*. Op. Cit. p. 6

Hay en estas dos frases equivalentes, redundantes incluso, una tontería tan grande que bien podría asegurársenos cuanta dosis de necedad manifiestan quienes se ocupan de recordarlas siquiera. Sin embargo, son tantos los efectos negativos que producen, aún hoy, en la práctica de la enseñanza, que más nos valdría ocuparnos de *su sentido*.

Sucede aquí que a *hablar* y a *escuchar* no se les concede ninguna dimensión práctica o, dicho de otro modo, han pasado a ser actos de discurso con un cartel desfavorable. Pero no en todos los contextos académicos. De hecho, hay análisis capaces de mostrar cuánta complejidad se le atribuye a hablar y cuántas tensiones y demandas se concentran allí donde alguien se aventura a tomar la palabra y se autoriza a sí mismo a hacerlo, a irrumpir en el escenario social elevando la voz, indicando con esto que hablar es un acto, una práctica codificada.

Demanda de investidura y, por ende, de legitimidad: tal vez la más importante de todas, a pesar de que los poderes a veces disponen algo diferente. Pero antes de recibir la autorización para hacerlo, hay que construirse capaz de hablar ante los otros, con los otros del grupo. ‘¿Cuáles son tus credenciales? ¿Con qué autorización te levantas ante nosotros y te pones a hablar como si se tratara de algo natural, espontáneo, sin restricciones? ¿Portas la investidura necesaria, exigida, para colarte en algún intersticio del diálogo y ponerte a hablar con la garantía de que vamos a recoger tu palabra?’ Pero además de esto ‘¿estás en capacidad de hacerlo? ¿Has pasado por la formación requerida para participar en los forcejeos que la interlocución implica? ¿Has construido en la contienda social la capacidad de hablar sin que por tu boca se deslicen palabras tontas, habladurías?’ De este modo tenemos, por un lado, una exigencia de capacidad, de competencia, y por otro, un requerimiento de investidura.

Sobre la primera Lyotard en “Los derechos del otro” llega a plantear que una manera de liberar la práctica de la enseñanza de su sordo favorecimiento de la

opinión y de las habladurías implicaría hacer pasar a los estudiantes por un largo período de silencio, durante el cual no hicieran otra cosa que leer con juicio, también con disciplina, los autores, los textos, la ciencia que desean conocer y oír las lecciones de los expertos o de los que previamente han hecho el trabajo requerido para *construirse y constituirse* capaces de hablar o, dicho de un modo breve, hacer pasar a los estudiantes por el tiempo de silencio necesario para adquirir el derecho a hablar.

Sobre la segunda, la pragmática nos ha enseñando con creces que la investidura vale, por lo menos entre nosotros, más que mil competencias. Sin embargo, *'hay que poner a buen recaudo las habladurías'* podría ser la consigna de un trabajo académico que le apueste a la importancia de esta práctica: aprehender una teoría, y recibir luego la investidura que autoriza a ponerla en circulación en el ejercicio de la enseñanza.

Según Michel Foucault *hablo* es, para la cultura occidental, en nuestros días, el lugar de un estremecimiento, de una prueba. “La verdad griega se estremeció, antiguamente, ante esta sola afirmación: ‘miento’. ‘Hablo’ pone a prueba toda la ficción moderna [...] Y las dos proposiciones que encierra ese único enunciado (*hablo y digo que hablo*) no se comprometen una a la otra en absoluto.”<sup>30</sup> Pero si *hablo*, agrega Foucault, tomado al nivel de su posición formal “no plantea ningún problema específico, su sentido, a pesar de su aparente claridad, abre un abanico de cuestiones quizá ilimitado.”<sup>31</sup>

No pretendemos desplegar aquí el desarrollo al cual somete el filósofo francés la complejidad del *hablo*. Solo queremos señalar que hablar es, en última instancia, una práctica. Y de este modo indicar que el modo de ser del quehacer investigativo, nos autoriza a recusar la separación ingenua que, tal como lo planteamos, el mundo académico nuestro ha establecido como verdad última,

---

<sup>30</sup> Ibid. *El pensamiento del afuera*. Valencia, Pre-textos, 1988. p. 7-8

<sup>31</sup> Idem. p. 9

ininterrogable, entre teoría y práctica. Que estamos convencidos de que concebir una teoría, construir unos conceptos, apropiarse un saber, es ya una práctica densa que solo tiene lugar si paralelamente se hace un trabajo de observación animado, regulado, mediado por el anclaje en el cuerpo del observador de un punto de vista, de una apuesta teórica. Que, a tono con lo anterior, teoría y práctica no constituyen compartimentos estancos, insularizada una en relación con la otra, sin relación de ninguna clase en momentos como la transmisión de los resultados de una investigación, por ejemplo. Y, finalmente, que teoría y práctica son como los dos espacios complejos de una cinta de Muebius, de tal modo que uno cualquiera de ambos presupone la existencia *indiferenciada* del otro o, mejor aún, de tal modo que cree uno que está recorriendo uno de los dos y, de pronto, sin registrar el cambio de plano, está avanzando sobre el otro. Lo cual plantea de modo palmario que en el trabajo de investigación, incluso el que más teórico parece ser, el investigador siempre está al mismo tiempo en los dos registros, el de la teoría y el de la práctica, bien sea que lo reconozca o no. Dicho así, en el trabajo de investigación, teoría y práctica mantienen una gran movilidad en la medida en que, bajo ritmos y densidades heterogéneas, sostienen una relación compleja, recursiva, dialógica, de doble dirección: la teoría se elabora, incluso se asimila, en el marco de un trabajo intelectual que exige la observación<sup>32</sup>, la cual a su vez interviene la compostura de la teoría provocándole, a veces, desplomes, reconfirmaciones, ajustes, los cuales a su vez, modifican la observación en particular y la constelación del quehacer investigativo, en general.

### **1.5 Un objeto de investigación es una construcción teórico-práctica**

A decir verdad, apelamos aquí, en este último apartado sobre los presupuestos epistemológicos de esta investigación, a la vieja noción de *objeto de investigación científica*, tan útil para profesores anclados en las maneras antiguas de responder a la pregunta *¿qué es una ciencia?*, no obstante parecemos más afortunado, más

---

<sup>32</sup> Se entiende que si invocamos aquí una noción de observación, esta invocación se ajusta a una concepción epistemológica de la misma: no se ve por el hecho de ponerse a mirar, es necesaria una pregunta, un pathos por el conocimiento; debe llevarse a cabo, además, desde un lugar, desde una perspectiva.

fecundo, más acotado, más alegre incluso, hablar de posición de problema o de sentido del problema, bajo una concepción que luego aclararemos. Tenemos el propósito de movernos aquí, otra vez, en un doble tablero.

De un lado continuamos esbozando, algunos de los trazos de la perspectiva de trabajo a la cual le apostamos, a la cual adherimos, con mil preguntas y otras tantas incertidumbres pero sin reticencias, y en el seno de la cual, no solo concebimos este texto sino, además, realizamos nuestros actos de lectura, de enseñanza, de investigación y de reflexión sobre la pregunta ¿Quiénes somos nosotros en este momento? que, según Michel Foucault, fue Kant el primero en formularse.

Y, de otro lado, nos ocupamos también de indicar cuál es la concepción de la cual habría que desembarazarse, a propósito de la cual habría que movilizar todas nuestras fuerzas y todas nuestras capacidades de transformación, para avanzar en el trabajo conjunto y, sobre todo, avanzar en la hechura de acuerdos de significación o, mejor, en la toma de decisiones teóricas, de tal modo que, sin quedar atrapados en la trampa letal de las discusiones o en la pesadez de las mesas redondas o en los insulsos alegatos entre los expertos, seamos capaces de pasar a otras instancias: investigar; poner a circular los conceptos y los resultados de nuestras investigaciones; enseñar; entre otras.

Decimos pues lo que decimos en este texto, sin perder de vista tanto algunos aspectos de las exigencias de científicidad como algunas de las implicaciones político-estéticas de las concepciones adoptadas y, en especial, convertidas en herramientas de trabajo.

De este modo, hacemos al tiempo varias cosas. En primer lugar, intentamos, por lo menos esto, sacudirnos la vergüenza de ser hombre. En segundo lugar y en relación con lo anterior, escapamos a la trivialización, casi siempre obscena, a la cual se someten hoy en día, las formas de la alteridad animal, vegetal, subjetiva,

cultural; paisajes, geografías, etc. Piénsese, por ejemplo, en el modo como pasan a través de los medios las *verdades* científicas, las singularidades culturales, la asombrosa diversidad animal, etc.

Finalmente, justo por las dos consideraciones anteriores atendemos a las exigencias de cientificidad propias de un trabajo de esta naturaleza, lo mismo que nos pertrechamos en una perspectiva ético-estética de la investigación, la cual, a pesar de gozar de un cartel tan desfavorable entre nosotros, remite todo el tiempo al cuidado de las responsabilidades políticas asociadas a nuestros actos.

Atendiendo a esta doble exigencia, no hacemos semblante de objetividad; mucho menos de neutralidad. Sabemos con creces cuan descarada e irresponsable es esta pose de investigador. A ella le debemos la imagen del científico encerrado en su laboratorio, alegando su despreocupación o desinterés por los asuntos del mundo e, incluso sordo a los efectos de su trabajo en un tejido social. Estamos convencidos, a cambio, de que todo acto, investigar, escribir, es, antes que cualquier otra cosa, un acto político.

Sobre este punto queremos todavía agregar lo siguiente. El criterio de cientificidad no es, en la actualidad, un criterio excluyente, ni mucho menos de argumentación suficiente. No obstante esto, se ha convertido en un instrumento de poder a partir del cual, se desestiman los discursos que parecen no ajustarse a este criterio. Nos referimos aquí a discursos que, a pesar de no poder contestar las exigencias de cientificidad, han mostrado su importancia y se han ganado sin discusión el derecho de ser atendidos, dada su vinculación a unas condiciones de posibilidad, a una serie de problemas de lo humano y a una episteme. En todo caso, las disciplinas, las ciencias constituidas, los saberes legitimados no son ya, si se trata de objetivarnos en el mundo y de responder, tal como ya dijimos, a la pregunta, ¿Quiénes somos nosotros en este momento?, finalidades sino mediaciones. En este sentido hasta es posible tomar segmentos, pedazos de ellos, antes que la totalidad de sus construcciones, para convertirlos en

herramientas. De este modo, nos sentimos en posición de alinear al experto junto al erudito y al pretendido sabio neutral, en la fila de las lamentables excrecencias del mundo académico. Conocemos, cuando menos, cuatro posturas sobre este particular. Citamos algunas de memoria: Marcel Proust decía que *En busca del tiempo perdido* es unas gafas para ver y acto seguido exhortaba al lector diciéndole: *si os vienen bien usadlas, sino buscad las que os convengan*. Michel Foucault, invocando la elaboración de Proust, dice en varios lugares de su obra: *un libro es una caja de herramientas*. De igual modo no cesa de insistirle a sus oyentes en los seminarios que impartió en el College de France: “los considero enteramente libres de hacer lo que quieran con lo que yo digo. Se trata de pistas de investigación, ideas, esquemas, líneas de puntos, instrumentos: hagan con ellos lo que quieran.”<sup>33</sup> Gilles Deleuze, a su vez, desarrollando su teoría de posición *de problema* dice: “Una buena manera de leer, hoy en día, sería tratar un libro de la misma manera que se escucha un disco, que se ve una película o un programa de televisión, de la misma manera que se acoge una canción: *cualquier tratamiento del libro que reclame para él un respeto, una atención especial, corresponde a otra época y condena definitivamente al libro*. Las cuestiones de dificultad o de comprensión no existen. Los conceptos son exactamente como los sonidos, los colores o las imágenes: intensidades que os convienen o no, que pasan o no pasan.”<sup>34</sup> Finalmente, Momy Elkaïm, terapeuta de familia, importante por el carácter absolutamente revolucionario de sus concepciones insiste a lo largo de su libro “*Si me amas no me ames*” en el carácter contingente de los presupuestos teóricos con base en los cuales lleva a cabo sus intervenciones, instando al lector todo el tiempo a que las abandone si no le sirven como herramientas de trabajo.

Pero volvamos a tomar el hilo de nuestra elaboración. Queremos mostrar que un objeto de investigación científica o una posición de problema es una construcción hecha con elementos tomados de diferentes lugares y que no es propiedad

---

<sup>33</sup> FOUCAULT, Michel. *Defender la sociedad*. Buenos Aires, FCE, 2001. p. 15

<sup>34</sup> DELEUZE, Gilles. *Diálogos*. Op. Cit. p. 8

exclusiva de un saber. Para esto hemos dicho que nos vamos a mover en un doble tablero: continuar circunscribiendo nuestras decisiones teóricas e indicar cuales son las concepciones que estas desestabilizan hasta hacerles perder pie. No sobra reiterarlo: de este modo nos alineamos en el punto de vista definido por los trabajos de una serie de epistemólogos, especialmente franceses del siglo pasado. Más aún, a sabiendas que no son pocos, todos o casi todos de una importancia capital, no ponemos bajo la advocación de Gastón Bachelard y de Michel Foucault cuando hablan de que para avanzar en la asimilación de las verdades propias de una determinada ciencia en un momento específico de su historia o en la asimilación de los elementos necesarios para la puesta en perspectiva epistemológica de un corpus de enunciados o de unas prácticas socialmente legítimas o, incluso, para avanzar en la comprensión de las condiciones de posibilidad que favorecen el apareamiento de una institución, de unos problemas de investigación, de unas preguntas, de unas metodologías, es condición necesaria, según Bachelard, realizar antes una *catarsis intelectual* que consiste en desmontar o deconstruir todo lo que el hábito ha amontonado en la forma de una densa masa de opiniones, certezas o preconcepciones mudas, implicadas en nuestra manera de percibir lo real. Hay que realizar antes, según Foucault, un *trabajo negativo* que consiste en deshacernos, desembarazarnos de una serie de nociones que sostienen, cada una a su modo, nuestra aprehensión metafísica o esencialista de lo real y, que, de igual modo, obstaculizan la posibilidad de comprender las verdades científicas tanto al nivel de los elementos que suministran para entender el mundo tal como es en un determinado momento del tiempo, como al nivel de su inquietante relatividad, de su exasperante contingencia.

Muy pocos ignoran que la concepción tradicional, todavía imperante hoy para muchos, quizá demasiados, sobre ¿qué es una ciencia? no solo se afinca en varias creencias enquistadas, sino que, alojada visceralmente en nuestro cuerpo campea a sus anchas en el mundo académico, pues se exterioriza en los discursos que ponemos a circular en las aulas de clase, se cuela en los intersticios

de la palabra desatada, llega incluso a retornarnos por la ventana cuando creíamos haberla sacado a empujones por la puerta.

Creencia de que un saber, una disciplina, para poder aspirar a sus credenciales de cientificidad, debe merodear en torno a un objeto sobre el cual tendría que no solo pretender sino básicamente demostrar títulos de propiedad imposibles de recusar. Este objeto, a su vez, habría sido puesto en el cosmos, en la naturaleza, en el mundo, en la realidad, de una vez y para siempre, consolidado ya en su compostura metafísica, por la mano providencial de un dios y en ese momento sin tiempo (el origen) imposible de situar, pues al intentar hacerlo, remontaríamos indefinidamente y a contracorriente, el inmenso río del tiempo sin poder restituir con certeza el instante fulgurante en el cual habría tenido lugar el primer amanecer: “el origen siempre está antes que la caída, antes que el cuerpo, antes que el mundo y el tiempo; está del lado de los dioses y al narrarlo siempre se canta una teogonía.”<sup>35</sup>

Visto de esta manera un objeto es algo cuya existencia material no se discute; dado en la naturaleza desde antes del comienzo de los tiempos culturales y humanos, no conoce ningún efecto de corrosión, nada lo arruina; cuando más, permanece *invisible*, se sustrae a la mirada de los hombres, y espera pacientemente el momento de su develamiento.

La naturaleza sería, por lo tanto el gran objeto por conocer, solo que vaya a saber por qué, este objeto se sustraería, en un juego de luces y de sombras, a la mirada avara de los seres humanos, en general, y de los investigadores, en particular. En torno a ella nos habríamos puesto a dar vueltas, nos habríamos afanado desde el primer instante de los tiempos humanos, inquietos ya ante tanto misterio, ante tanta opacidad, movidos por una sed esencial de conocimiento, movidos por una necesidad esencial de respuestas. Así, emparentados con la divinidad, usurpando poderes, jugando a ser demiurgos, habríamos inventado artefactos, medios de

---

<sup>35</sup> FOUCAULT, Michel. *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia, Pre-textos, 1992. p. 20

exploración que amplían con creces las facultades humanas de ver, oír, etc. Y lo que explica la existencia de tantos saberes no es otra cosa que la molecularización o la fragmentación en mil pedazos de ese gran objeto, de esa gran entidad molar: la naturaleza. Cada ciencia, a su vez, habría hincado sus dientes en uno u otro momento, sobre uno de estos pedazos, contribuyendo así no solo a la fragmentación de la cual hablamos, sino al aislamiento oficial de aquello en torno a lo cual se afanarán los investigadores elaborando hipótesis unas veces, fabricando artefactos de observación otras: un objeto.

Las convicciones teóricas subordinadas a esta ingenua manera de pensar, son muchas. De un lado tenemos la oposición entre apariencia y esencia. Según esta oposición, el objeto se manifiesta siempre de un modo opaco; no es en principio transparente. Juega a escamotearse de un modo tal que lo que a simple vista se ve no es otra cosa que apariencia. La esencia se sustrae a sí misma a la mirada y exige al investigador paciencia, obstinación pero, sobre todo, astucia y expansión de las potencias perceptivas de su cuerpo. De aquí esa convicción que consiste en pensar que ciertos artefactos han venido a auxiliar al hombre, provocando una ampliación de las capacidades perceptivas de sus órganos de observación. Y, no obstante, ser cierto que no basta con ponerse a mirar para ver, no es precisamente *porque* el objeto se encierre sobre sí mismo ocultándose, escamoteándose a la mirada aplicada del observador, ni mucho menos porque, de entrada, la supuesta imperfección de nuestros sentidos nos imponga límites. Es precisamente porque el objeto o, mejor, la posición de problema, es una construcción hecha en un momento específico y no en otro, lo cual es, para empezar muy importante en la consideración de las condiciones de posibilidad en relación con los cuales puede explicarse su emergencia, pues esta construcción, nunca es caprichosa, ni mucho menos voluntaria, es una construcción básicamente epistemológica.

De todo lo anterior se sigue: no hay objetos dados en la naturaleza, lo cual no excluye el hecho inquietante de que un objeto o una posición de problema una vez

*inventado* o *inventada* existen como un referente que no se discute, es decir, tienen una existencia objetiva incuestionable. Desde esta perspectiva lo menos natural de cualquier ciencia, incluidas las ciencias naturales es su objeto de investigación.

De igual modo todo esto hace posible decir, para poner un ejemplo; hay un tiempo en el cual la tierra fue plana. Muchos aspectos de la vida doméstica de los hombres, todos los que atañen a la navegación por ejemplo, se organizaron con base en esta verdad. Y había argumentos para sustentarla y para demostrarla. Luego, por efectos de una transformación epistemológica, la tierra dejó de ser plana y pasó a ser redonda. Y no es que se tratara de una cualidad del objeto escondida o mantenida en la sombra y, por lo tanto, oculta. Tampoco es que se hubiera superado un error que mantenía presos a los hombres en el lugar del equívoco. No, de ninguna manera. Tampoco es que la racionalidad científica progresó otro poco en el conocimiento del mundo. *Simplemente* la tierra pasó a ser redonda, según una nueva disposición epistemológica, con todo lo que esto implica, y conoció una nueva manera de ser, tan contingente como la anterior.

Hay quienes hablan a propósito de hechos como este, de una reestructuración del objeto. Si se siguen los trazos de sus afirmaciones son incluso más radicales que los nuestros. Pues le asignan también, a lo que ellos llaman objetos de conciencia cotidiana esta falta de ser y los hacen entrar en una inestabilidad de los despoja de su compostura metafísica. “Es evidente que cualquier nueva etapa del pensamiento teórico, cualquier progreso decisivo de la investigación y de los métodos de investigación comportan casi siempre una reestructuración del objeto; no hay que olvidar que no solo el objeto del pensamiento científico, sino igualmente el objeto de la conciencia cotidiana, no son simples datos objetivos y exteriores que llegan al conocimiento o a la percepción del hombre de forma pasiva. Las investigaciones psicológicas y epistemológicas contemporáneas han demostrado que el simple objeto inmediatamente percibido –un encendedor, un libro, una silla- es una construcción relacionada con la praxis de los hombres y con

el grado de conocimiento que poseen de la realidad ambiente en un momento dado, conocimiento que es en sí mismo un elemento decisivo de su praxis.”<sup>36</sup>

Se ve la implicación más inmediata de todo esto: no se trata de una verdad abriéndose paso después de haber estado oculta. Se trata de una nueva disposición que cambia el mundo en su totalidad. A partir de ella las cosas no son las mismas. Todo lo cual tiene efectos importantes: en adelante más que buscar la verdad en los discursos (como si se tratara de un rompecabezas disperso y como si a cada momento de la historia de una ciencia se le pudiera reconocer un pequeño progreso a veces en medio de muchas equivocaciones o una pequeña contribución en la tarea de armar dicho rompecabezas), más que interrogar cualquier saber al nivel de si dice o no la verdad, hay que buscar la verdad de cada discurso, el grado de conocimiento que suministró en su momento y sobre todo, su manera de determinar una serie de prácticas cotidianas, y de construir unos universos de referencias.

De otro lado, y para concluir este capítulo dedicado a los presupuestos epistemológicos de nuestra indagación, se entiende sin dificultad el estatuto que cobran en esta constelación conceptual las nociones de verdad, transmisión, influencia, precursor, progreso, continuidad, entre otras. No es otro que el de una pérdida de potencia teórica, para pasar ellas mismas a la condición de construcciones hechas en un momento específico de la cultura occidental, interrogables al nivel de sus condiciones de posibilidad, de lo que en su momento aportaron al conocimiento y de la forma como determinaron algunos aspectos de la vida cotidiana de las sociedades. Este efecto de puesta en tela de juicio no permite, aunque se lo haga tantas veces, aplicarles categorías del presente para invalidarlas incluso a propósito de lo que significaron en su momento; más bien plantea que hubo un tiempo en el cual gozaron de esplendor y fuerza.

---

<sup>36</sup> GOLDMANN, Lucien y otros. *La teoría*. Barcelona, Anagrama, 1971. p. 45

Así por ejemplo, un día fue posible pensar que los conocimientos se engendran, que las transmisiones remiten a un dispositivo de relevos puesto al servicio del progreso científico para evitar costosas repeticiones y para asegurarse una continuidad sin retrocesos. Un día en el cual fue posible abordar los discursos del pasado preguntándoles por su contribución en la edificación de la verdad. Un día en el cual los investigadores aceptaron sin reticencias que somos los mismos desde siempre y hasta siempre, esto es, seres esenciales dando vueltas todo el tiempo en torno a las mismas preguntas, los mismos problemas “como si, las palabras hubiesen guardado su sentido, los deseos su dirección, las ideas su lógica; como si este mundo de cosas dichas y queridas no hubiese conocido invasiones, luchas, rapiñas, disfraces, astucias.”<sup>37</sup>

En la actualidad todo esto se encuentra ya en estado de interrogación, ha devenido un capítulo importante de la historia de las ideas, y el tiempo o, mejor, la disposición epistemológica en cuyo seno estas construcciones conocieron su esplendor, no es más que un montón de escombros.

---

<sup>37</sup> FOUCAULT, Michel. *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Op. Cit. p. 11

## 2. SOCIEDADES

*Pido disculpas a los historiadores de la filosofía por esta afirmación pero creo que Bentham es más importante para nuestra sociedad y para la comprensión de nuestro presente que Kant o Hegel.*

*Michel Foucault.*

### 2.1 ¿Qué es, pues, una sociedad?

A lo largo de la formulación de los presupuestos epistemológicos de esta investigación hicimos varias afirmaciones. Planteamos que la pregunta ¿qué es una sociedad? no se responde tomando como suficientes las indicaciones suministradas por los glosarios de ciencias sociales especializadas en el tema ni mucho menos, echando mano de las definiciones del diccionario. A lo sumo obtendríamos, en el primer caso, pistas, ideas en estado larvario, indicaciones incompletas. Pueden llegar incluso a estimular excelentes elaboraciones. Pero en el segundo caso, estamos convencidos, obtendríamos certezas de diccionario sin ninguna o casi ninguna importancia. De todos modos, en ambos casos corremos el peligro de tomar por profundas y dinámicas elaboraciones superficiales y estancadas.

Planteamos también, invocando algunos fragmentos de las construcciones teóricas de la epistemología del siglo XX, que para evitar la trivialización en la cual caeríamos, sin escapatoria posible, si nos parecieran satisfactorias las certezas del diccionario, se nos impone como acción obligatoria poner el término sociedad en su constelación terminológica, en la red de la cual no es más que un punto, lo mismo que situarlo en el momento de su emergencia teniendo algunas precauciones; elaborarlo sin perder de vista la diferencia tajante que aquellos

epistemólogos establecieron entre palabra y concepto, es decir ajustando su planteamiento a las exigencias de rigor propias de un trabajo de esta naturaleza.

Del mismo modo, avanzando a contracorriente de la idea dominante, pusimos el trabajo teórico en los goznes de la esfera práctica y viceversa, y lo hicimos sin aceptar desde ningún punto de vista la división hecha en el mundo académico entre una y otra. No ignoramos que esta división tajante es correlato de otra mucho más dominante y, de igual modo, mucho más funesta en tanto más profunda: la que consiste en inscribir en dos esferas completamente diferentes los productos de la labor de la mano y los productos de la labor del cerebro o de la inteligencia, o, dicho de otro modo, la división lamentable entre homo faber y homo sapiens, entre técnica y lenguaje. Como no se trata de desarrollar al detalle las ideas de Leroi-Gourhan para, por lo menos, intentar deshacer aquí este equívoco baste con afirmar, siguiendo los trabajo de dicho autor, que la mano es el primer órgano neocortical.

De hecho, si se atiende al proceso que, según este autor, va de los antrópodos al homo sapiens y se acepta la afirmación según la cual el acontecimiento capital de este proceso no es el aumento del volumen del cerebro sino la liberación de los miembros anteriores durante la locomoción y la liberación del hocico en la búsqueda del alimento, todo lo cual va a implicar la disposición de la mano para la fabricación de la herramienta y la búsqueda de alimento, la retracción de una serie de órganos del rostro y por tanto la disposición para el lenguaje, y la definición de las condiciones para la adquisición de la posición bípeda, entonces sería posible entender que “no hay dos hechos típicamente humanos de los cuales uno sería la técnica y otro el lenguaje, sino un único fenómeno mental, fundado neurológicamente en territorios conexos y expresado conjuntamente por el cuerpo y los sonidos.”<sup>38</sup>

---

<sup>38</sup> LEROI-GOURHAN, Andre. *El gesto y la palabra*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1971. p. 389

Finalmente, intentamos elaborar la afirmación según la cual, un objeto de investigación o una posición de problema es una construcción regulada por las disposiciones de una episteme y articulada de muchos modos a una serie de aspectos prácticos de la vida doméstica de las sociedades.

Ahora se trata de tomar una decisión, de hacer una apuesta: desarrollar, circunscribir el concepto de sociedad que subyace como telón de fondo a este trabajo; telón de fondo que sin estar oculto, siendo evidente todo el tiempo si se quiere, no es de todos modos obvio. Y lo debemos hacer sin olvidarnos ahora de los presupuestos epistemológicos antes dichos, es decir, mostrando que es, a partir de los mismos, aplicándolos, que hacemos la formulación de dicho concepto.

En efecto, si en el tercer capítulo de este trabajo vamos a ocuparnos de estudiar un poco las formas de trabajo, sus implicaciones teórico-prácticas y político-estéticas, en las nuevas formas de sociedad de la cultura occidental, apenas es coherente y pertinente con este propósito que nos ocupemos de plantear el concepto de sociedad que *subyace* a nuestros análisis.

De igual modo, dado que se nos convirtió en una exigencia respondernos a las preguntas ¿qué es una sociedad? y ¿qué es el trabajo? el único sentido atribuible al primer capítulo consiste en que define el marco epistemológico para comenzar a responder dichas preguntas. Encaremos pues de modo frontal la primera de estas dos preguntas.

La palabra sociedad aparece reiteradamente en varios contextos. En primer lugar es muy habitual encontrarla asociada a las palabras cultura, civilización y a ligeras variaciones de estas dos últimas como, por ejemplo, formación cultural. Con bastante frecuencia se las junta en una sola frase sin hacer ningún esfuerzo por deslindarlas, sin sentir siquiera la necesidad de hacer la más mínima acotación. Antes, al contrario, usando una y otras como si fueran equivalentes, por lo menos, en lo relacionado con el estado de cosas al cual se refieren. Bien sea porque los

estudiosos exigen del lector el manejo de una enciclopedia previa sobre el asunto con base en la cual hacer las discriminaciones pertinentes; o porque eligen, para desarrollar sus trabajos, un punto de partida que no se interesan en hacer explícito pues lo consideran declarado entre líneas en sus textos y, por lo tanto, exigen del lector una inteligente lectura capaz de restituirlo; o porque estas precisiones les parecen absolutamente prescindibles; o por la razón que sea, lo cierto es que muchos etnólogos, antropólogos sociales, sociólogos, también terapeutas de familia, suelen poner la palabra sociedad a orbitar junto con las palabras o expresiones civilización, cultura, formación cultural, sistema social, grupo étnico, como si unas pudieran sustituir a otras sin problemas. Este tal vez sea un hecho sin ninguna relevancia, sin embargo, nos parece importante subrayarlo pues corrobora dos cosas: de un lado, que la formulación de los problemas puede ser hecha a veces en el marco de cierta torpeza con las palabras, de lo cual no se sigue, necesariamente, un descuido similar con los conceptos o una sospechosa ausencia de rigor, y de otro lado, que, precisamente por lo anterior, tal como lo plantea Gilles Deleuze, “las palabras limpias no existen, tampoco las metáforas. Lo único que existe son palabras inexactas para designar algo exactamente.”<sup>39</sup>

En segundo lugar, la palabra sociedad es caballo de batalla de antropólogos sociales, sociólogos, etnólogos, sicólogos, lingüistas, estudiosos de la interacción comunicativa, teóricos de la administración e, incluso, paleontólogos. Dado que esta palabra hace parte precisamente, del corpus de palabras que fueron inventadas o que adquirieron su estatuto conceptual en la episteme moderna, no solo está presente de un modo dominante en la formulación de los problemas de las ciencias sociales sino que, pasa por una serie de sustituciones léxicas y de motivaciones verbales decisivas al momento de seguir las pistas de esos mismos problemas. Así los expertos hablan de sociedades, estructuras sociales, organizaciones sociales, sistemas sociales, campos sociales, tejidos sociales, socius, pueblos, grupos, culturas y formaciones culturales básicamente.

---

<sup>39</sup> DELEUZE, Gilles. *Diálogos*. Op. Cit. p. 7

No obstante hacerse evidente, en esta diáspora de designaciones, la presencia de una serie de términos (estructura, organización, sistema, tejido) que remiten ellos mismos al carácter articulado de todo grupo humano o animal al cual se le atribuya estatuto de social, no parece ser este el rasgo decisivo una vez se lo establezca sin duda en una comunidad o, en un agrupamiento, para aceptar sin más la existencia de una sociedad o de un tejido social pues, como veremos unas pocas páginas más adelante, hay una razón contundente para trazar una línea divisoria ente sociedades humanas y agrupamientos animales. No sobra agregarlo, esta razón además, se inscribe en el mismo orden en el cual está el argumento esgrimido por los lingüistas, hace unas cuantas décadas, para hablar de comunicación animal y lenguaje humano, reconociendo así la existencia de unas comunidades animales que se comunican no obstante no estar en el lenguaje y dejando al lenguaje como un rasgo exclusivo de las comunidades humanas. Del mismo modo, repetimos, hay sobre todo un argumento palmario para, así, sea reconociendo la existencia de agrupamientos animales organizados, reservar la capacidad de agruparse en sociedades solo a los seres humanos, al homo sapiens digamos, pues aquel argumento nos lo suministra justamente un paleontólogo.

En tercer lugar, es también muy frecuente encontrar la palabra sociedad al servicio de elaboraciones en torno a una serie de dicotomías, importantes al interior de disciplinas como la etnología, la antropología social y la sociología, básicamente. Y, ya sea para cerrar filas en torno a la supuesta pertinencia para hacer un intento de puesta en interrogación de los prejuicios y las opiniones dominantes que animan su existencia o para señalar el carácter político y, por lo tanto, las complejas implicaciones éticas comprometidas en el mantenimiento de tales dicotomías, lo cierto es que, buena parte de una serie de textos procedentes de los saberes antes indicados, está consagrada a la puesta en palabra de una serie de consideraciones relativas a aquellas divisiones teóricas.

Tenemos así que los expertos no cesan de referirse a sociedades antiguas y sociedades modernas; sociedades primitivas y sociedades civilizadas; sociedades con estado y sociedades sin estado; sociedades con historia y sociedades sin historia; sociedades occidentales y sociedades orientales; sociedades desarrolladas y sociedades subdesarrolladas; etc.

En cuarto lugar, la palabra sociedad no solo es una palabra importantísima, tal como ya lo hemos indicado, del corpus de términos que definen los contornos de la modernidad, sino de una serie de prácticas discursivas, la encontramos presente y en acción de un modo contundente en expresiones literarias, en reflexiones filosóficas, en decisiones de carácter político o estatal, en conversaciones o frases cotidianas, lo mismo que en los desarrollos teóricos de una serie de *ciencias*, las Ciencias Sociales, quizá dudosas por la inestabilidad de sus objetos, quizá enrarecidas por tanta opinión dominante arrogándose la capacidad argumentativa para deslegitimarlas, quizá destinadas a mantenerse siempre en una especie de inestabilidad en lo que a sus pretensiones de científicidad se refiere, quizá puestas en una especie de limbo por los poderes dominantes dada su vocación revolucionaria, pero en todo caso existentes. Esas ciencias no son otras que la Sociología, la Antropología, la Etnología, la Pragmática y todas las llamadas Ciencias del Lenguaje. Hagamos sobre este particular una aclaración.

Michel Foucault mostró que las Ciencias Sociales o Humanas aparecen, de un lado, en la episteme moderna y definen entre ellas, de otro, lo que él mismo llamó un sistema de simultaneidad. Ahora bien, ¿qué quiere decir sistema de simultaneidad en la obra de Michel Foucault? En primer término solo una cosa: que si un saber está relacionado arqueológicamente con algo que no sea el mismo, no lo está necesariamente con los saberes que supuestamente lo anteceden y los cualesificarían como sus precursores, ni con los saberes que supuestamente lo suceden y a los cuales este no haría sino anunciar, sino con aquellos que le son contemporáneos epistemológicamente hablando, pues las

condiciones de posibilidad de unos y otros serían los mismos. Así cuando Michel Foucault analiza la relación de la Historia Natural, un saber que conoce su existencia y su legitimidad a lo largo de la episteme clásica, con la biología, ciencia que aparece con la episteme moderna y que según los análisis tradicionales sería un progreso de la historia natural en una línea de continuidad, dice: "si la historia natural está relacionada con algo que no sea ella misma, no lo está con la biología, sino con la gramática general y con el análisis de la moneda y de la riqueza"<sup>40</sup>, es decir, con saberes que a pesar de parecer ajenos a aquel, le son contemporáneos. En segundo término, sistema de simultaneidad quiere decir otra cosa, complementaria de la primera: que a su vez lo que dicen todos esos saberes que constituyen un sistema de simultaneidad, está estrechamente relacionado de diferentes formas con lo que se dice en otros escenarios de discurso como, ya lo dijimos, las elaboraciones filosóficas, las expresiones literarias, las decisiones estatales, la conversación, etc., pues sucede a veces que en el habla corriente, la escritura literaria o el trazo filosófico arrastra a sus engranajes una serie de palabras que conocen en sus disciplinas de procedencia alcances diferentes que los que adquieren en estos nuevos universos.

Se entiende que el famoso problema de la interdisciplinariedad es, sino un falso problema, por lo menos un problema sin mucha importancia. Se trata más bien de situar las posiciones de problema en dos ejes simultáneos: el de sus condiciones de posibilidad y el de los sistemas de simultaneidad que se conforman en un momento dado. Así las cosas, es en la episteme moderna donde se definen las condiciones que hacen posible la emergencia de todas esas ciencias al interior de las cuales encontramos por doquiera la palabra sociedad, lo mismo que la constitución de un inmenso universo de enunciados salpicados en uno y otro lugar por la presencia de dicha palabra. Y ya sea que las mismas disciplinas nos aporten las herramientas para señalar como hablaría lo que en esos otros escenarios se dice o que entre las hablas desplegadas en unos y otros contextos se definan vecindades importantes, lo que importa es que todos esos enunciados

---

<sup>40</sup> FOUCAULT, Michel. *Las palabras y las cosas*. Op. Cit. p. 8

dichos, escritos, afirmados con vehemencia y con convicción constituyen una formación discursiva a la cual es necesario consultar si está en juego la toma de una decisión. Dicho así, lo que una formación discursiva plantea es la coexistencia, a muchos niveles, de las ciencias o las disciplinas constituidas y de esa otra masa enorme de enunciados, talvez fáciles de recusar por su inconsistencia, difíciles de recoger en una palabra única por su dispersión exasperante, sobre todo en los discursos de los políticos, en la palabrería de los mass media e, incluso en las conversaciones cotidianas.

Todo lo cual nos permite avanzar un poco al aclarar que los problemas de investigación concernientes a la existencia incuestionable de sociedades humanas no son propiedad de una disciplina específica. Cualquier alegato en este sentido es una insulsa pérdida de tiempo. Son, si se quiere, problemas interdisciplinarios, problemas que, en tanto circunscritos a una episteme, remiten de una u otra forma a todos los saberes, a todas las formaciones discursivas inmanentes a dicha episteme.

En quinto lugar, la palabra sociedad remite, en lo que concierne a su disciplina referencial, a una serie de hechos, de fenómenos al hilo de los cuales se va perfilando su complejidad y, sobre todo, el carácter múltiple o molecular de todo agrupamiento humano. Así, por ejemplo, si nos ponemos a hablar de los dispositivos de socialización, de los mecanismos de emisión, recepción y transmisión de los códigos instituidos en un tejido social, de la distribución de los sujetos que conforman una sociedad en clases sociales, de las diferentes maneras como cada uno de estos segmentos atraviesa su vida doméstica, se pliega a unas formas de alimentación, de uso del tiempo, de relación con los otros, si nos ponemos a hablar de estos aspectos u otros, se hará fácil aceptar que cuando intentamos definir el estado de cosas al cual nos referimos con la expresión sociedad o tejido social no se trata de un estado de cosas homogéneo, unidimensional sino antes, al contrario, se trata de un estado de cosas complejo, molecular, abierto a una inmensa cantidad de líneas de reflexión y de indagación.

Dicho así, hablar de sociedad es definir una especie de telón de fondo o de fondo de permanencia contra el cual prolifera la diferencia, la definición de una serie de segmentos o de moléculas que, de todos modos, encuentran sus articulaciones y su coherencia vistas en relación con esa especie de plano desde el cual se definen, aspecto este sobre el cual volveremos más adelante.

En este sentido, tal como lo hemos dicho bajo la advocación de una serie de epistemólogos, el universo referencial de la palabra sociedad no está dado de antemano. Más bien se define según la perspectiva en la cual nos situemos. Lo anterior quiere decir que no es otra cosa que una construcción antes que caprichosa, ajustada a los requerimientos de la época. Ferdinand de Saussure lo indicó en su único libro. De hecho al ocuparse de delimitar el objeto de la lingüística no tiene la más mínima reticencia en afirmar que “lejos de preceder el objeto al punto de vista, se diría que es el punto de vista quien crea el objeto.”<sup>41</sup>

Finalmente, si se tiene en cuenta el carácter molar que, con frecuencia, está implícito en el uso de la palabra sociedad, se entenderá porque se habla sin sobresaltos de sociedad colombiana, argentina, española, alemana, etc. Hay aquí un último aspecto importante. Si optamos por llevar al extremo nuestras afirmaciones, decimos que en rigor tales sociedades no existen. Si bien hay agrupamientos humanos homogenizados por la referencia a un estado nación del cual son miembros, si bien entre los integrantes de estas masas, casi siempre enormes, se definen unos lazos de connivencia sólidos al punto que, en circunstancias específicas, hacen una fuerza compuesta y reifican los lazos que los vinculan, estos grupos son altamente heterogéneos, segmentarizados, disímiles e, incluso, conocen muchísimas formas de rivalidad y no pocos dispositivos de afirmación de las diferencias. Vistas las cosas de este modo, un país no es nunca un país, sino muchos. En su interior se definen agrupamientos disímiles. Unos y otros lo atraviesan, lo marcan, haciendo de éste muchos países.

---

<sup>41</sup> DE SAUSSURE, Ferdinand. *Curso de Lingüística General*. Madrid, Akal, 1980. p. 33

O dicho de otro modo: un territorio recogido sobre sí mismo en la conformación de una unidad engañosa llamada país o nación no es el asiento de una sociedad homogénea. Para empezar está molecularizado en culturas regionales. Y estas a su vez en tanto enclavadas en ciudades y poblaciones, se molecularizan en culturas locales según variables como la clase social, la profesión, los gustos musicales, las prácticas religiosas, la edad, etc. Y si a esto le agregamos la coexistencia en las ciudades actuales por razones tan obvias como que, por efecto de la revolución de los transportes y de los procesos de globalización, la circulación por el planeta es cada vez más fácil desde el punto de vista de su costo y del tiempo necesario para hacerlo, de grupos de procedencia cultural diversa, el cuadro pasa a ser un poco más complejo. Pues ya no solo tenemos una cultura nacional estallada en culturas regionales y en culturas locales sino, además, el enclavamiento de individuos o grupos con una cultura nacional también molecularizada en culturas regionales y locales, lo cual hace de las ciudades actuales escenarios transnacionales.

Estamos aquí ante uno de los problemas centrales de los dos últimos siglos y, con matices nuevos, del siglo que apenas inicia. En relación con el mismo tenemos los sincretismos culturales como expresión de desestabilización de las identidades culturales vueltas sobre los supuestos valores nacionales; el problema de la regulación de las relaciones de todo tipo entre individuos tan dispares, tan ajenos unos a otros, lo cual exige intervenciones estatales; el problema de la relación entre unas sociedades dominantes y otras que bien pueden plegarse o resistir por diferentes vías a la dominación como en efecto ha sucedido; la confrontación no solo por intereses económicos, entre grandes bloques, como las sociedades occidentales y el mundo musulmán; el peligro en fin, de juzgar ciertas formas de vida social o cultural anteponiendo como modelo aquellas formas que nos son propias lo cual de todos modos hacemos todo el tiempo; Pierre Clastres analizó en profundidad todo lo que se ha puesto en juego a partir del descubrimiento de América y, sobre todo, del acendramiento del modo de producción capitalista en este amargo capítulo de la historia de las sociedades

occidentales: un vasto movimiento de exterminio de la alteridad vegetal, animal y cultural en función de la liberación de tierras y de la explotación sin trabas de los recursos naturales, expresado en genocidios de calibre mayúsculo lo mismo que en etnocidios no menos contundentes, como condición necesaria para el ingreso en una economía de producción basada en la explotación de dichos recursos naturales y en la destinación de la tierra para algunas actividades altamente productivas. El asunto es que no ha concluido. Desde 1992 con la guerra del golfo pérsico y más recientemente con el ataque a las torres gemelas de Nueva York, el consiguiente intento de caza de Osama Bin Laden y los integrantes de Al Qaeda y la reciente guerra con Irak, asistimos a un nuevo capítulo de la misma con efectos a nivel local como la situación azarosa de todos los individuos procedentes del mundo musulmán.

Hasta el momento nos ocupó el intento de hacer explícita la compostura de esa dispersión exasperante en la cual se encuentra presa como en una tela de araña la palabra sociedad y todo cuanto le concierne desde una perspectiva teórico-práctica. No son pocas las dificultades que hemos tenido, los atascamientos por los cuales hemos pasado, ni las torpezas que hemos cometido. Mucho menos, son pocas las objeciones que podrían dirigírsenos. Sin embargo, estamos convencidos de que hemos allanado un camino. Nos sentimos puestos ya, por el hilado anterior, en un umbral: estamos ahora en condiciones de poner en palabra nuestra apuesta teórico-práctica.

Pero necesitamos, para continuar, pedirles a nuestros lectores que lean las páginas que vienen a continuación sin olvidar las seis consideraciones precedentes hechas en torno a los contextos en los cuales, según el alcance de nuestra indagación, se encuentra por doquiera la palabra sociedad.

Para empezar queremos, siguiendo los sorprendentes planteamientos de Leroi-Gourhan, fijar un polo biológico de las sociedades humanas o, mejor, de los fenómenos de agrupamiento humano. Luego nos proponemos formular en qué

sentido se nos ha impuesto, mientras nos consagramos a la realización de este trabajo, la convicción según la cual es posible concebir la existencia de sociedades como un fenómeno exclusivamente humano. Procederemos en relación con este punto del mismo modo que, en su momento, los lingüistas establecieron el lenguaje como un fenómeno específico del homo sapiens aún a sabiendas de la existencia de comunidades animales que se comunican a pesar de no estar o de no ser en el lenguaje. Acto seguido nos ocuparemos de exponer cómo, sobre el telón de fondo constituido por los dos puntos anteriores, se recorta con precisión el carácter social de los agrupamientos humanos y, por lo tanto, la constitución de sociedades humanas que se desmultiplican en grupos étnicos o formaciones culturales en constante devenir, muy diferentes unas de otras y, sin embargo, tan iguales, tan idénticas en tanto presas en un dispositivo tecno económico, casi idéntico en todas, en tanto situadas en el lenguaje, en tanto empalmadas a ese telón de fondo en relación con el cual definimos una connivencia ya no de grupo cultural sino de especie, lo cual explica que al lado de las experiencias genocidas y etnocidas, abundan también los sincretismos, las coexistencias culturales afortunadas; lo cual explica, además, por qué es posible la inserción profunda de un sujeto en una formación cultural diferente de la formación cultural de la cual procede atestiguada por relatos de antropólogos y de viajeros con una alta capacidad de alteridad. De este modo, sentimos posible, hacer una especie de “zoom in” que nos deje situados en la civilización occidental para, finalmente, ocuparnos de algunas de las formas de sociedad por las que ha pasado esta civilización, especialmente las dos últimas: las sociedades contemporáneas del modo de producción capitalista y las sociedades postindustriales o de control; las cuales nos interesan por sernos contemporáneas y porque en sus goznes se definió y se está definiendo que fuésemos esto que somos, que estamos siendo. y no otra cosa.

Puestos en la dirección de fijarle un polo biológico a los fenómenos de agrupamiento propios de la especie zoológica humana ¿cómo abordar el paso, según los paleontólogos, de una evolución cultural dominada aún por los ritmos

biológicos a una evolución cultural dominada por los fenómenos sociales?, pues como indica Leroi-Gourhan “hablar del predominio de los fenómenos sociales equivale a postular la cohesión de los hombres en grupos con afinidades culturales y no según formas que admiten todavía el paralelismo con la sociedades que existen entre los vertebrados más evolucionados.”<sup>42</sup>

Parece que, en efecto, esto fue lo que sucedió a lo largo de millones de años: una serie de individuos colectivos, los antrópodos, evolucionaron de una vida en grupo por los imperativos del cuerpo biológico a una vida cultural regulada por las codificaciones sociales. En esta dirección, es indiscutible que los paleontólogos de las últimas 6 ó 7 décadas han descrito con precisión al hombre como filum, esto es “como sucesión de individuos colectivos relevándose en el tiempo y culminando en el homo sapiens”<sup>43</sup>. Es indiscutible también, que estos individuos colectivos, los antrópodos distribuidos en el austranlantropo, el arcantropo y el paleantropo, según los nombres adoptados por la paleontología “han acompañado el desarrollo de la técnica y del lenguaje hasta el punto de afloramiento del homo sapiens”<sup>44</sup>.

Pero, ¿cómo explicar la abigarrada fragmentación en etnias de la especie zoológica humana correlativa del paso decisivo antes indicado? Si bien es cierto que esta pregunta ha obsesionado a los prehistoriadores y a los paleontólogos también pasa que “a pesar de ser mediocres testimonios de la diversidad étnica, los útiles son el único medio para sugerir su existencia”<sup>45</sup>.

Pero comencemos por donde es debido, poniendo a buen recaudo los excesos, es decir, restituyendo apenas los descubrimientos paleontológicos necesarios para avanzar en el cumplimiento de nuestro propósito. Leroi-Gourhan sostiene que para comprender algunas de las propiedades de las instituciones sociales, en las

---

<sup>42</sup> LEROI-GOURHAN, Andre. Op. Cit. p. 142

<sup>43</sup> Idem, p. 145

<sup>44</sup> Idem, p. 145

<sup>45</sup> Idem, p. 143

diferentes etapas de la evolución, es importante definir las estructuras tecno económicas en relación directa con las cuales se consolida primero y varía después, no ya el hombre estudiado como filum sino en su relación con el entorno social. No obstante haber pasado por diferentes enfoques, a veces bastante disímiles unos de otros, “decir que las instituciones sociales están estrechamente solidarizadas con el dispositivo tecno económico es una afirmación constantemente confirmada por los hechos”<sup>46</sup>. Sin embargo, tanto vida material o dispositivo tecno-económico como vida social o fenómenos sociales son dos bocetos que se complementan y constituyen el punto de partida para demostrar el aspecto específicamente humano de las formaciones culturales y, al mismo tiempo, “las condiciones biológicas generales, gracias a las cuales el grupo humano se inserta en lo viviente, base de la humanización de los fenómenos sociales”<sup>47</sup>.

En efecto en un hermoso capítulo dedicado a este asunto, Leroi-Gourhan muestra que cualquier estudio sobre los fenómenos de agrupamiento humano debe ser adelantado poniéndolo en relación con el dispositivo de supervivencia alimentaria del cual dependen los aspectos concernientes a la economía humana. Ahora bien, este dispositivo de supervivencia alimentaria consiste en la “posesión de una dentadura corta, con molares triturantes, y un tubo digestivo con estómago simple e intestino de mediana longitud en el cual las fermentaciones asimiladoras de las celulosas desempeñan un papel notable”<sup>48</sup>. Este dispositivo liga primero a los antrópodos y después al homo sapiens al consumo de alimentos carnosos que van desde una serie de alimentos vegetales hasta la carne animal pasando por insectos y larvas.

Habida cuenta del hecho según el cual los alimentos carnosos, vegetales y animales, están esparcidos en la naturaleza y su abundancia o escasez depende de variaciones climáticas importantes en el curso del año, esta forma de

---

<sup>46</sup> Idem, p. 147

<sup>47</sup> Idem, p. 148

<sup>48</sup> Idem, p. 149

alimentación define, por fuera de cualquier teleología, una primera estructura tecno económica soportada por la ecuación alimento-territorio-densidad humana. Es *fácil* reconstruir las determinaciones de este dispositivo biológico: los agrupamientos se dan en territorios capaces de proveer una alimentación tan específica y son lo suficientemente numerosos cuanta sea la capacidad del territorio de alimentar a la totalidad de los integrantes de los diferentes grupos constituidos.

Esta situación así reconstruida va aparejada por una serie de características relevantes: en primer lugar, un conocimiento profundo del territorio, lo cual hace decir a Leroi-Gourhan “que la vieja imagen de la ‘horda’ primitiva errante es indudablemente falsa”<sup>49</sup>, con la definición de unos trayectos periódicamente recorridos, con el apareamiento de una primera división social altamente especializada entre recolectores de frutas y cazadores, y con un nomadismo, antes que loco y sin sentido, ritmado por el agotamiento efectivo de los recursos y por la existencia de ciclos estacionales.

Cabe destacar una segunda característica de esta ecuación: la relación entre densidad poblacional y superficie del territorio *explotado*. Si se tiene en cuenta la indudable existencia de recursos constantes y de recursos periódicos, se entenderá que la capacidad protectora de un territorio y el sentimiento de seguridad que provee varía según ciertas épocas del año, lo cual repercute en una variabilidad permanente de la población, produciéndose en unos períodos una concentración determinada de grupos y en otros la disminución de los mismos, lo cual obliga que “la trama de las relaciones sociales resulta en su origen, por consiguiente estrictamente determinada por la relación territorio-alimento”<sup>50</sup>.

En tercer lugar, otro aspecto importante de esta ecuación estriba en que “el régimen alimentario humano implica dos órdenes de operaciones muy diferentes:

---

<sup>49</sup> Idem, p. 150

<sup>50</sup> Idem, p. 151

la adquisición violenta de la carne de los grandes animales y la adquisición más apacible de los pequeños animales, de los invertebrados y de los vegetales”<sup>51</sup>.

Este hecho provoca, en consecuencia, una división social entre la mujer básicamente buscadora y recolectora de frutos y el hombre cazador de los grandes animales. Leroi-Gourhan ve al carácter orgánico, fisiológico, estrictamente biológico de esta separación, más allá de que luego se le agreguen motivaciones mágico-religiosas o simbólicas, en varios hechos innegables. Uno: los estudiosos han revelado que en todos los grupos primitivos vivientes la recolección de alimentos vegetales recae sobre la mujer y la búsqueda de animales que provean carne recae en general sobre el hombre. Dos: la naturaleza más agresiva de los machos, carácter frecuente en el mundo animal explica la repartición de un macho cazador y una hembra fijada a la casa, menos móvil en el territorio, tanto por sus periodos de embarazo como por la necesidad de acompañar a los niños en su lento crecimiento y, por ende, encargada de recolectar los frutos silvestres y en algunos casos de cazar los animales pequeños.

Un último aspecto de este dispositivo tecno económico debe ser tenido en cuenta para poder realizar un doble movimiento: entender el polo biológico de la conformación de las sociedades humanas, su dispersión en una variedad abigarrada de etnias y, al mismo tiempo, desprendernos del zócalo biológico para quedarnos con el hombre dispuesto sobre la tierra en agrupamientos sociales avanzando ya hacia la inclusión en los universos de dispositivos simbólicos cada vez más complejos.

Se trata de una serie de hechos correlativos a este *primer* momento de los agrupamientos humanos y de sus condiciones de posibilidad. Un poco para no alargar más de lo necesario este texto; otro poco porque no este el lugar para desarrollarlos en profundidad, apenas lo enunciamos. La imagen de un grupo

---

<sup>51</sup> Idem, p. 151

primitivo constituido por un número restringido de hombres y mujeres, orgánicamente distribuido según una especialización de las tareas asociadas a la búsqueda y obtención de alimento, poseedor de los conocimientos necesarios para la supervivencia, es totalmente plausible solo si, además, se lo pone en adyacencia así sea periódica con otros grupos, pues este grupo primitivo elemental “en aislamiento permanente, a nivel del homo sapiens, no puede ser imaginado sino haciendo una abstracción que aislara a una colectividad primordial que a su vez diera nacimiento por fragmentación a varias unidades elementales”<sup>52</sup>.

Y ya sea por el recurso a esta abstracción o porque se considere igualmente plausible, la hipótesis de una obligada coexistencia o vecindad de varios grupos en un territorio, este hecho implica una serie de fenómenos agregados que acaban por definir el cuadro de la conformación de las sociedades humanas. Se trata básicamente entonces, de la definición de unas redes de comunicación y de discordia que pasan por una red compleja de intercambio de esposas y de productos, y por forcejeos y disputas relacionadas con diferentes aspectos del alimento, el territorio y los intercambios mismos.

Después de afirmar que una sociedad está compuesta por individuos y grupos que se comunican entre sí, Claude Levi-Strauss agrega que “en toda sociedad, la comunicación opera en tres niveles diferentes por lo menos: una comunicación de mujeres; una comunicación de bienes y servicios; comunicación de mensajes”<sup>53</sup>.

Todo esto quiere decir que procreación y alimentación, son inseparables en la obligada configuración de los grupos humanos. Son dos móviles, por así decirlo, de la propensión biológica a la constitución de sociedades. De tal modo que “la idea de una población primitiva constituida por pequeñas hordas errando en interminables recorridos, sin contactos organizados entre si, es contraria a las reglas más elementales de la biología”<sup>54</sup>.

---

<sup>52</sup> Idem, p. 153

<sup>53</sup> LÉVI-STRAUSS, Claude. *Antropología estructural*. Buenos Aires, EUDEBA, 1968. p. 268

<sup>54</sup> LEROI-GOURHAN, Andre. Op. Cit. p. 155

En tal sentido, tal como queda planteado en este capítulo entendemos por sociedad a una colectividad humana emplazada en un territorio homogéneo desmultiplicada en grupos distribuidos jerárquicamente según puntos de referencia específicos (sexo, edad, oficio, clase social) y de todos modos a pesar de lo anterior, colectividad articulada en torno a una serie de solidaridades y de lazos de connivencia, pero, sobre todo, compuesta por una serie de individuos que, de uno y otro modo, comparten los mismos imaginarios y los mismos códigos de interacción social así, dicho conglomerado humano, a su vez, se molecularice, no solo en grupos distribuidos jerárquicamente como afirmamos, sino también, en segmentos que bien pueden responder, sin perder su empalme a un eje común, a formaciones de cultura nacional, de cultura regional e incluso, de cultura local.

Sabemos que todas estas afirmaciones tendrían que ser relativizadas de una u otra manera. Así, por ejemplo, en esta época de globalización, de sincretismos, de confluencia en un territorio de grupos humanos con diferente procedencia y de deslocalización de la cultura, de la economía, del tiempo, etc., entre otras cosas, tendríamos que acotar eso de “territorio homogéneo”. De igual modo, atendiendo a la forma como los códigos de interacción social y los imaginarios se singularizan en cada sujeto, tendríamos que relativizar eso de “comparten los mismos imaginarios y los mismo códigos de interacción social”. Sin embargo, a riesgo de parecer obstinados o apresurados, esta concepción de sociedad nos parece sostenible y nos permite trabajar en el propósito de sacar adelante nuestro proyecto sin ocuparnos a fondo de las acotaciones que de todos modos reconocemos pertinentes.

Ahora bien, se entiende que desde esta perspectiva es posible hablar de sociedades occidentales, lo mismo que de sociedad oriental, como de grandes formaciones molares que se molecularizan en distintas formaciones culturales.

Definimos así, de igual modo, a pesar de que con frecuencia utilizamos la palabra sociedad en este contexto, la posibilidad de hablar de cultura europea,

latinoamericana, asiática o, incluso, de cultura alemana, peruana, china, a condición de que no se pierda de vista que también aquí nos encontramos ante entidades molares que se fragmentan en formaciones culturales de carácter regional y local, hasta llegar incluso al establecimiento de especies de subculturas constituidas por lo que en la actualidad se ha dado en llamar *tribus urbanas*.

Agreguemos, en aras de completar un poco el punto de vista que subyace a esta investigación y de acabar de circunscribir el concepto de sociedad con el cual trabajamos, los rasgos que, a nuestro juicio, caracterizan a cualquier colectividad que, bajo los lineamiento anteriores, se puede reconocer como una sociedad. Queremos ocuparnos básicamente de dos.

#### 2.1.1. Carácter fático de los lazos de connivencia

Roman Jakobson en su famoso estudio sobre las funciones del lenguaje reconoce, por fuera de una concepción instrumental, la presencia de seis elementos en toda interacción comunicativa (emisor, receptor, código, mensaje, referente y canal). Así mismo plantea para cada uno de estos elementos la ocurrencia de una función cuando en la interacción es el elemento en cuestión el que adquiere mayor relieve. De este modo habla de una función expresiva o emotiva para los casos en que el emisor en tanto elemento del circuito cobra mayor importancia. De función apelativa cuando es el receptor el que cobra mayor prestancia. De función metalingüística cuando el código se vuelve sobre sí mismo. De función poética cuando el acento recae sobre el modo como se construye el mensaje. De función referencial cuando en la interacción se privilegia o cobra mayor importancia los referentes o los estados de cosas del mundo. Y de función fática, en fin, cuando se privilegia el canal en términos del necesario sostenimiento del contacto para que la interacción no se suspenda.

Nos parece muy importante el contacto en tanto elemento del circuito comunicativo y su correspondiente función, la fática. Creemos que el

planteamiento de Jakobson se especializa mucho más si diferenciamos entre canal y contacto, pues una simple observación permitiría reconocer que en muchas situaciones el canal funciona perfectamente sin que el contacto esté establecido y, por tanto, sin que esté dada la condición obligada para que la interacción tenga lugar y se sostenga.

En este orden de ideas, pensamos que los elementos y las funciones del circuito de la comunicación son siete y no seis. Llamamos a la función correspondiente al canal función mediática, pues atañe al perfecto funcionamiento del medio (aire, línea telefónica, señal vía satélite, fibra óptica) a través del cual se lleva a cabo la interacción. Y, finalmente, reservamos el nombre de fática para la función que atañe al establecimiento, mantenimiento y suspensión del contacto. “Existen claves no verbales únicamente para regular el intercambio verbal, de la misma manera que las luces regulan el tráfico de las calles. [...] Antes de que dos personas puedan empezar a hablar, ambas deberán indicar que están prestando atención; deberán estar ubicadas a una distancia razonable, dirigir sus cabezas o cuerpos una hacia la otra e intercambiar miradas de tanto en tanto. Cada uno necesita también del otro un feedback no verbal mientras habla: una mirada relativamente fija y ciertas pautas de comportamiento: movimientos de asentamiento con la cabeza, reacciones faciales adecuadas y talvez ciertos murmullos de aprobación [...] *En ausencia total de estos ingredientes, la conversación no tardaría en cortarse*”.<sup>55</sup>

Ahora bien, situados en una perspectiva más amplia, la función fática reviste alcances teóricos y prácticos más profundos que los que logra si se la mantiene confinada en el exclusivo registro de la conversación o de la interacción, así esta esté mediatizada de modos más complejos. De hecho, pensemos que la faticidad concierne y se la puede encontrar en el centro de la más acendrada connivencia, desde la connivencia de especie hasta la connivencia de tribu urbana, pasando por las sabidas connivencias de cultura nacional, regional y local, nos

---

<sup>55</sup> DAVIS, Flora. *La comunicación no verbal*. Madrid, Alianza Editorial, 1994. p. 239.240

encontramos siempre con el carácter fático de la pertenencia. Se trata aquí de un acontecimiento palmario. La faticidad estriba básicamente en que como individuos de la especie humana o como integrantes de una determinada tribu urbana, nunca tenemos que recomenzar afirmando lo que ya es un presupuesto que nunca está en duda ni en discusión.

Esta connivencia de especie y de tribu urbana es propia también de las sociedades. En el seno de las sociedades sucede exactamente lo mismo. Participamos de solidaridades y de los lazos de connivencia según los cuales somos partes de un grupo que se reconoce, por diferentes vías, homogéneo y cohesionado, nos atraviesan y constituyen rasgos de nuestra subjetividad por el hecho de pertenecer a dicho grupo. Estos lazos nos invisten como sujetos pertenecientes a la sociedad y nos reconocen capacidad de participar en la esfera de lo público sin necesidad de cada vez, volver a explicitarlos, definirlos e incluso, construirlos. Según esto siempre reconocemos al otro como miembro de nuestro grupo. Una vez constituidos son un presupuesto a partir del cual se dan nuestras actuaciones sociales.

Del mismo modo, nunca están en duda, salvo en experiencias límite como el caso de los campos de concentración nazi. Alain Finkielkraut en "La humanidad perdida" mostró, a través del análisis de algunas notas del Diario de Primo Levi, un judío notable, los efectos funestos en los casos en que dichos lazos de connivencia se rompen o no son consentidos por una de las partes. Así, a propósito de un examen que el químico Primo Levi tuvo que presentar ante el Doctor Ingenieur Panwitz para formar parte del Kommando 98 de Auschwitz, Finkielkraut después de leer una serie de apuntes del diario del primero, anota: "El preso que está delante del Doctor Pannwitz no es, para este, un hombre asustado y miserable. Tampoco es un hombre peligroso, un hombre inferior, un hombre infame. Ni es un hombre al que hay que reformar, ni un hombre al que hay que encerrar, ni un hombre al que hay que torturar, ni un hombre al que hay

que castigar. Ni siquiera es un hombre al que hay que aniquilar. *Es un no hombre*".<sup>56</sup>

2.1.2 Una sociedad se define más por sus transformaciones o sus devenires que por sus contradicciones o por su quietud

Al definir sociedad como una formación molar, lo cual debe entenderse como excesivamente codificada, con unos rasgos específicos en lo que concierne a ocupación de un territorio, definición de una serie de códigos de interacción social, configuración de una serie de imaginarios y establecimiento de una serie de lazos de connivencia que mantienen cohesionados a los integrantes de la misma, no queremos dejar de lado, después de hablar del profundo carácter fáptico de los lazos de connivencia que se actualizan en cada actuación social, cualquiera que esta sea, una segunda característica, talvez la más importante de dicha entidad molar. Consiste en que una colectividad humana a la cual se le reconoce el estatuto de sociedad, no cesa de transformarse, de dejar de ser, a través de un proceso a veces difícil de percibir, lo que era para convertirse en otra cosa. Los historiadores hablan de las lentas transformaciones y de los procesos de larga duración al hilo de los cuales las sociedades conocen verdaderos devenires en los que confluyen factores de toda índole. Se trata de un hecho evidente, difícil de discutir, más difícil aún de formular y capaz de definir incluso ciertas formas de sociedad.

Sobre este aspecto Gilles Deleuze llega a decir, a propósito de una de las orientaciones que él y Félix Guattari siguieron en su libro "Mil Mestas", que una sociedad no se define tanto por sus contradicciones como por sus líneas de fuga, que una sociedad se fuga por todas partes y que es muy interesante intentar seguir las líneas de fuga que se dibujan en diferentes momentos de su historia.

---

<sup>56</sup> Las notas del diario de Primo Levi dicen en sus apartes más importantes para los efectos de este planteamiento: "Cuando hubo terminado de escribir levantó los ojos y me miró. [...] Aquella mirada no se cruzó entre dos hombres". Citado por FINKIELKRAUT, Alain. *La humanidad perdida*. Barcelona, Anagrama, 1998. p. 8

¿Por qué afirmamos que al señalar que una sociedad se define más por sus devenires que por su estancamiento se trata de una característica evidente? Para comenzar a respondernos esta pregunta basta con que nos remontemos desde este presente abigarrado, tomando por ejemplo en su referencialidad más palmaria una metrópoli contemporánea, a través de una serie de representaciones suministradas por tanta investigación llevada a cabo, hasta los ritmos, las prácticas sociales, las instituciones de una ciudad europea a mediados del siglo XIX o del XVII, si es que para dicho momento se puede hablar de ciudades. Salta a la vista sin el mayor esfuerzo e, incluso, sin necesidad de una enciclopedia precisa y ajustada a los hechos sobre una y otras, que estando en el seno de la sociedad occidental, reconociendo que se trata de momentos distintos de la historia de dicha sociedad, la compostura de uno y otro momento, al nivel de los saberes legítimos, de las prácticas cotidianas y codificadas, de las instituciones existentes, entre otras cosas, es bien diferente. Se trata de tres formas distintas de la sociedad occidental. Así, será posible decir que, en lo que atañe a este hecho, podemos experimentar en relación con los clásicos y con los modernos, suponiendo que seamos realmente post-industriales, una doble sensación. De un lado, podemos sentirnos cercanos a ellos en tanto individuos de la cultura occidental. Y, de otro lado, tendríamos que sentirnos profundamente ajenos y distintos pues en lo que les concierne y en los que nos concierne, se trata de tres formas de ser de las sociedades occidentales completamente distintas.

En primer lugar, se trata de las que Michel Foucault llama a lo largo de la primera parte de *Vigilar y Castigar* sociedades de soberanía. En segundo lugar, se trata de las formaciones sociales que en el caso de la historia occidental, conocen su emergencia, desarrollo y esplendor entre comienzos del siglo XVIII y mediados del siglo XX, llamadas sociedades capitalistas, modernas, industriales, disciplinarias o, incluso, panópticas. Finalmente, se trata de las sociedades que están abatiéndose ya no solamente sobre occidente sino sobre el planeta en su totalidad desde el fin de la segunda guerra mundial y que algunos investigadores llaman

postmodernas y otros postindustriales o sociedades de control. El modelo implantado por las sociedades disciplinarias fue el sucesor de las *sociedades de soberanía* cuya compostura epistemológica y cuyos fines y funciones socioeconómicas eran completamente distintos.

Así mismo el declive de las sociedades disciplinarias tiene que ver con la instalación de “nuevas fuerzas que ya están llamando a nuestras puertas. Se trata de las sociedades de control que está sustituyendo a las disciplinarias”.<sup>57</sup>

Pero si bien la comparación tosca entre un tipo y otro de sociedad nos obliga a reconocer diferencias indiscutibles, la formulación acotada de las mismas se torna tarea difícil. Pues se trata de asignar con precisión el acontecimiento a partir de la idea de que este no puede ser confundido con el suceso. Es decir, si aceptamos que el acontecimiento no es lo que sucede sino un encadenamiento de hechos más complejos, entre los cuales el suceso es apenas la punta del iceberg, reconoceremos que no basta con invocar una serie de sucesos para dejar formulado un acontecimiento transformador. Se hace necesario además, entre otras cosas, circunscribir las condiciones de posibilidad del acontecimiento. Así, podemos reconocer la diferencia entre dos formas de sociedad, pero mientras no vinculemos la transformación a aquello que la hizo posible nuestra comprensión no deja de ser muy superficial.

Por este motivo, y dado que de las diferentes formas de sociedad por las que hemos pasado los occidentales, las disciplinarias y las de control o postindustriales son las que definen nuestra manera de ser en el mundo, nos ocuparemos en las páginas siguientes de plantearlas.

---

<sup>57</sup> DELEUZE, Gilles. Conversaciones. Valencia, Pre-textos, 1996. p. 278

## 2.2 Sociedades disciplinarias

Saber que a finales del siglo XVIII tuvo lugar la revolución francesa y que esta plantea la destitución del antiguo régimen, la declaración de los derechos universales del hombre lo mismo que el acendramiento de nuevas fuerzas políticas; no ignorar que al mismo tiempo que esta revolución acontece se están dando en Inglaterra las condiciones para el advenimiento de la revolución industrial la cual, a su vez, le imprime a las sociedades occidentales una deriva fundamental en su compostura socioeconómica y en su manea de ser; saber, en fin, que ambas revoluciones suspenden las sociedades de soberanía “cuyos fines y funciones eran completamente distintos (gravar la producción más que organizarla, decidir la muerte más que administrar la vida)”<sup>58</sup> hace parte de la mínima enciclopedia que, en el estado actual de cosas, es necesaria para entender quiénes somos nosotros los occidentales en este momento, para objetivarnos al nivel de cómo estamos contruidos subjetivamente sin apelar a categorías trascendentales o metafísicas.

Estamos aquí ante lo que Eric Hobsbawn llama la doble revolución. Ahora bien, son muchos los lugares donde se analiza en profundidad la transformación que experimentan las sociedades occidentales entre finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, transformación esta que marca el advenimiento de la modernidad o de la episteme moderna. En un lapso de 50 años, más o menos, se abaten sobre las sociedades europeas, primera, y sobre las demás sociedades occidentales, después, una serie de fuerzas cuyo efecto principal consiste en que, al cabo de un lapso relativamente exiguo, estas sociedades no son ya las mismas, no pueden reconocerse como idénticas a sí mismas si en un ejercicio de ponderación tratan de verse tal como eran 50 años antes tomando como punto de referencia lo que son ahora.

---

<sup>58</sup> Idem. p. 278

Perplejidad de Michel Foucault frente a esta *incomprensible y enigmática* movilidad. En *Las palabras y las cosas* no cesa de expresarla, al punto que se convierte en una especie de leitmotiv de la obra: “Los últimos años del siglo XVIII quedan rotos por una discontinuidad [...] Discontinuidad tan enigmática en su principio, en su desciframiento primitivo [...] ¿De dónde proviene esta movilidad imprevista de las disposiciones epistemológicas [...]? ¿A qué acontecimiento o a qué ley obedecen estas mutaciones que hacen que, de súbito, las cosas ya no sean percibidas, descritas, enunciadas, caracterizadas, clasificadas y fatigadas de la misma manera [...]?”<sup>59</sup>

Y ya sea que, en unos u otros análisis se hable de sociedades capitalistas, modernas, industriales, disciplinarias o panópticas se trata, en todo caso, de diferentes nombres para designar un vasto movimiento de transformación estrechamente relacionado con nuestro presente y con la posibilidad de entender de donde provienen las fuerzas políticas, económicas que definen la manera de ser de las sociedades actuales lo mismo que los dispositivos puestos en marcha en dichas sociedades para la constitución de la subjetividad moderna, la cual en tanto heterogénea y polifónica debe ser considerada desde el ángulo de “los diferentes registros semióticos que concurren a engendrarla”<sup>60</sup>

De tal modo que, bien sea que se adopte un nombre u otro, lo importante aquí es la delimitación de los aspectos en los cuales se desmultiplica esta nueva forma de sociedad constituyéndola y formando un todo coherente, no obstante reconocer que en unos y otros análisis lo que se hace es privilegiar este o aquel componente, lo cual incluso, parece justificar la elección de este o aquel nombre.

Así, si el aspecto que se quiere resaltar es la conformación de los estados naciones a partir del siglo XIX, lo mismo que el consecuente acendramiento de los relatos emancipadores (libertad, justicia, progreso, igualdad), el apareamiento de

---

<sup>59</sup> FOUCAULT, Michel. *Las palabras y las cosas*. Op. Cit. p. 213

<sup>60</sup> GUATTARI, Felix. *Caosmosis*. Buenos Aires, Manantial, 1996. p. 11

la unidad territorial llamada país, la elaboración de las instituciones modernas y el apareamiento de los tres poderes (ejecutivo, legislativo y judicial), el nombre a utilizar sería el de sociedades modernas.

Pero si se trata de centrar el análisis en las nuevas formas de producción, desde la constitución de una clase obrera y una clase burguesa hasta la producción de una serie de bienes de consumo pasando por la revolución de los transportes, por la revolución de las transmisiones y por el establecimiento por parte de los países del llamado primer mundo, de una serie de colonias en función del saqueo desmesurado de materias primas con que alimentar esa desmesurada máquina de producción, lo cual va aparejado con el exterminio de poblaciones autóctonas y con la encarnación visceral del etnocidio, en tanto gesto o acto diferente del genocidio y del etnocentrismo, tal como lo plantea Pierre Clastres, en la subjetividad moderna, entonces el nombre más apropiado sería el de sociedades industriales.

Ahora bien, si en consonancia con lo anterior, se centra el análisis en las nuevas formas de riqueza ya no como tenencia de vastas extensiones de tierra sino de medios de producción y grandes stocks de mercancías, en la definición de una serie de mercados que pongan en circulación las mercancías y en las nuevas formas de esclavitud como el endeudamiento infinito en tanto condición inmanente de sostenimiento del capital y como la conversión del trabajo en razón de ser de la existencia humana, entonces será posible hablar de sociedades capitalistas.

No obstante avanzar tomando un poco de cada uno de estos análisis, pues es imposible hacerlo poniéndoles a buen recaudo, nosotros nos situamos en la senda de las investigaciones de Michel Foucault, nos ponemos bajo su advocación y tomamos como eje de este trabajo la definición misma de estas nuevas formas de sociedad que se ciernen sobre las sociedades occidentales a todo lo largo del siglo XIX y hasta la segunda mitad del siglo XX, momento en el cual comienza su declive; sus condiciones de posibilidad y las razones por las cuales además de

admitir las denominaciones anteriores también pueden ser llamadas disciplinarias o panópticas.

Y lo hacemos porque consideramos que restituir este proceso de constitución de las sociedades disciplinarias nos permite de un lado, levantar la cartografía de un escenario en el cual, tal como Foucault lo demuestra, se van a definir los rasgos propios del trabajo tal como lo conocemos, a pesar de que ahora asistimos a su declive, durante los dos últimos siglos y nos permite de otro lado, la posibilidad de formular poniendo en perspectiva epistemológica, el aspecto central de esta investigación: las nuevas formas de trabajo que desde finales de la segunda guerra mundial se están definiendo a lo largo y ancho del planeta y, sobre todo, de las sociedades occidentales.

Veamos pues los trazos fundamentales de la teoría de las sociedades disciplinarias.

Además de dedicarles una obra monumental, *Vigilar y Castigar*, Michel Foucault expone de modo sintético esta teoría en las conferencias cuarta y quinta de *La verdad y las formas jurídicas*. Se trata de una serie de intervenciones que el filósofo francés hizo en la Universidad Católica de Río de Janeiro en 1973. Nosotros, por nuestra parte, no hacemos aquí nada diferente que reproducir los elementos útiles para avanzar en nuestra reflexión sobre el trabajo en las sociedades industriales y en las sociedades postindustriales, claro está, haciendo nuestro mejor intento por levantar una cartografía general acerca de ambos tipos de sociedad.

### 2.2.1 Condiciones de posibilidad de las sociedades disciplinarias

En la conferencia cuarta del libro mencionado, Foucault sitúa las condiciones de posibilidad o los acontecimientos que hicieron posible la emergencia de dichas sociedades en una serie de elementos que, vistos en conjunto, articulados en una

relación de estrecha coherencia, y puestos en vínculo con la naciente necesidad de suministrarle fuerza de trabajo humano a las fábricas que apenas comienzan a despuntar en las ciudades europeas, proporcionan una atmósfera en el marco de la cual podemos por un lado representarnos el estado de cosas existente a finales del siglo XVIII, justo en el umbral de la revolución industrial, y por otro lado, explican en qué medida las características que adopta el sistema judicial y penal después de la reforma y reorganización de que fue objeto en los diferentes países de Europa y del mundo, en ese mismo momento, tiene también mucho que ver con la aparición de las sociedades disciplinarias.

Esos elementos son básicamente tres.

En primer lugar tenemos la formación en Inglaterra, en niveles relativamente bajos de la escala social, desde finales del siglo XVII y a todo lo largo del siglo XVIII, de una serie de agrupaciones que Foucault llama sociedades de moralidad. Se trataba de “grupos espontáneos de personas que se atribuyen, sin ninguna delegación por parte de un poder superior, la tarea de mantener el orden y crear, para ellos mismos, nuevos instrumentos para asegurarlos”.<sup>61</sup>

En unas pocas páginas de la conferencia citada dichas agrupaciones son analizadas en relación con las funciones específicas que cumplieron y agrupadas en cuatro categorías. Así hubo agrupaciones de carácter religioso (las sociedades de amigos de inspiración); hubo también al lado de las anteriores que eran propiamente religiosas, “unas sociedades relacionadas con ellas aunque se situaban a una cierta distancia” (sociedad para la reforma de las maneras, sociedad de la proclamación que pasados unos años pasa a llamarse sociedad para la supresión del vicio), grupos de autodefensa de carácter militar que conformadas por los sectores más acomodados, “surgieron como respuesta a las primeras grandes agitaciones sociales que no son aun proletarias pero que sí

---

<sup>61</sup> FOUCAULT, Michel. *La verdad y las formas jurídicas*. Op. Cit. p. 101

configuran grandes movimientos políticos y sociales”<sup>62</sup> (la infantería militar de hombres, la compañía de artillería) y, finalmente, policías privados para que organizaran las compañías comerciales “para defender su patrimonio, sus stocks, sus mercancías y barcos anclados en el puerto de Londres contra los amotinadores, el vandalismo y el pillaje cotidiano de los pequeños ladrones”<sup>63</sup>

Ahora bien, no obstante provenir en general de sectores populares y conformarse por fuera de cualquier asignación oficial, estas agrupaciones espontáneas en su evolución experimentaron un desplazamiento; desplazamiento importante para entender cómo contribuyeron a la formación de las sociedades disciplinarias.

Empezaron organizándose para “intentar suprimir vicios, reformar las maneras [...], hacer que reine el orden entre ellos y a su alrededor lo cual era en realidad una forma de escapar al poder político, pues este contaba con un instrumento formidable, temible y sanguinario: su legislación penal”<sup>64</sup>

En efecto, en el viejo sistema punitivo de las sociedades anteriores a las sociedades disciplinarias, las sociedades de soberanía, había tipificados más de 300 delitos por los cuales se podría condenar a un delincuente a la horca “lo cual significa que era muy fácil que la aristocracia o quienes detentaban el aparato judicial ejercieran terribles presiones sobre las capas populares”<sup>65</sup>. Luego en esos grupos cambió la base popular hasta que “quedaron compuestos y/o alentados por personajes de la aristocracia, obispos, duques y miembros de las clases acomodadas que les darán un nuevo contenido”<sup>66</sup>.

Y ese contenido no será otro que el de convertirse en instrumento de refuerzo del poder judicial ya en sí mismo terrible y sanguinario, con lo cual puede decirse que pierden su función inicial de instrumento de autocontrol y de autorregulación de los

---

<sup>62</sup> Idem. 103

<sup>63</sup> Idem. 104

<sup>64</sup> Idem. 104

<sup>65</sup> Idem. 105

<sup>66</sup> Idem. 105

sectores pobres para escapar al peso del aparato judicial reinante y se convierten en dispositivo adicional de ejercicio del poder sobre los sectores populares por parte de los detentadores del poder.

En segundo lugar, tenemos como elemento que hizo posible la emergencia de las sociedades disciplinarias, las *lettres-de-cachet*, en tanto aparato institucional de la policía francesa del siglo XVIII. Estas “no eran una ley o un decreto sino una orden del rey referida a una persona a título individual, por la que se obligaba a hacer alguna cosa”<sup>67</sup>.

La importancia de la existencia de este instrumento y de la práctica asociada a el, estriba en que eran una respuesta del rey a solicitudes emanadas de diversos individuos o grupos quienes después de realizar una labor de vigilancia podían solicitar “una *lettre-de-cachet* para arrestar a una mujer que engaña a su marido, un hijo que es muy gastador, una hija que se ha prostituido o al cura de la ciudad que no muestra buena conducta ante los feligreses”.<sup>68</sup>

Ahora bien, los motivos que ponían a estos individuos o grupos en situación de solicitar una *lettre-de-cachet* eran, según Foucault, conductas de inmoralidad como la sodomía, el alcoholismo, el adulterio y el libertinaje; comportamientos religiosos considerados peligrosos y disidentes y conflictos laborales.

Y con todo esto lo que queda demostrado es que ya antes del siglo XIX existían en Francia lo mismo que en Inglaterra, una serie de dispositivos de vigilancia cuya función principal era detectar el punto social donde salta el acto sedicioso, el comportamiento obsceno, en fin, el gesto que perturba la tranquila marcha del grupo; aspectos estos fundamentales para la aparición de las sociedades disciplinarias.

---

<sup>67</sup> Idem. 107

<sup>68</sup> Idem. 109

Finalmente, último elemento que hace parte de las condiciones de posibilidad de la formación de las sociedades disciplinarias: las formas de riqueza propias de las sociedades industriales. En efecto, si bien a lo largo de las sociedades de soberanía, la riqueza estaba representada en la tenencia de fortuna, de letras de cambio negociables y, sobre todo, de tierras al servicio de la producción agrícola, lo cual hace decir a Deleuze que una de las funciones de las sociedades de soberanía era “gravar la producción más que organizarla”<sup>69</sup>, ya en el umbral de las sociedades capitalistas y, sobre todo, a lo largo del siglo XIX, la forma de la riqueza va a cambiar. En adelante esta estará representada en mercancías en tránsito producidas en serie y acumuladas en grandes bodegas o en barcos, en materias primas de las colonias, en medios de producción-máquinas, oficinas, objetos importados, etc., expuestos todo el tiempo a la depredación, pues, como dice Foucault, “los sectores pobres de la población, gentes sin trabajo, tienen ahora una especie de contacto directo, físico, con la riqueza”.<sup>70</sup> Así, también por esta vía, por la existencia de una forma de riqueza susceptible de ser hurtada se plantea la absoluta necesidad de instaurar mecanismos, dispositivos de vigilancia contra fuerzas que mantengan a ralla a los sectores pobres de la población y a la amenaza de robo que encarnan dichos sectores.

Dijimos que estos tres elementos deben ser sopesados en conjunto, deben ser vistos en estrecha coherencia, para poder entender su papel en la emergencia de las sociedades disciplinarias. Hay no obstante, un cuarto elemento, al cual le hemos reservado un lugar aparte por considerar que es el fundamental, que es el que nos permite dejar planteadas las condiciones para definir las sociedades disciplinarias y, por que es uno de los aspectos centrales para comprender el paso de un sistema punitivo basado en la administración de la muerte (sociedades de soberanía) a uno basado en la ortopedia social o en la corrección de las anormalidades (sociedades disciplinarias): se trata de la aparición de lo que Foucault llama centros de encierros y, entre estos, de la aparición de la fábrica en

---

<sup>69</sup> DELEUZE, Gilles. *Diálogos*. Op. Cit. p. 278

<sup>70</sup> FOUCAULT, Michel. *La verdad y las formas jurídicas*. Op. Cit. p. 133

tanto lugar privilegiado del trabajo asalariado del nuevo modo de producción y ajustada al proyecto central, en lo que al trabajo se refiere, de fijar en el espacio, prescribir un empleo del tiempo en función de la producción y, sobre todo, componer en el espacio tiempo una fuerza productiva que sea superior a la sumatoria de las fuerzas individuales que la integran, lo cual se observa con claridad en el famoso ejemplo de la producción de alfileres: si un obrero dedicaba su jornada de trabajo a fabricar alfileres realizando él solo las 18 operaciones implicadas en la producción de los mismos, al final del día tenía a lo sumo un total de 20. Con la entronización del modo de producción capitalista y, más específicamente, con la división social del trabajo, se compone una fuerza integrada por 10 obreros, cada uno de ellos dedicado a la realización de máximo dos operaciones de las 18. De este modo al final de la jornada la producción era de 48.000 alfileres, hecho este que obliga a asignarle a cada obrero en tanto décima parte de la fuerza compuesta el 10% de la producción total, es decir 4.800 alfileres.

Este hecho capital, sumado a la proliferación de máquinas basadas en un funcionamiento mecánico que van a permitir realizar los procesos a mayor velocidad, con una mayor precisión y con un menor esfuerzo, y a la elaboración de una serie de artefactos y métodos de corrección para aplicar a los obreros propensos al desorden, incapaces de mantener una fijación al espacio y, por tanto, reacios a integrarse en la cadena de montaje de un modo tal que su torpeza, su pereza o su propensión a la charla, afectaran la marcha sincronizada de la producción; es la base de la formación del modo de producción capitalista. Ciertamente que va a tener implicaciones negativas. Adam Smith en "*La riqueza de las naciones*" advierte sobre los peligros que, como una promesa negativa, están necesariamente implicados en semejante nivel de especialización.

De todos, cabe destacar uno que luego, cuando en la fábrica se instauran los principios de administración científica del trabajo, va a ser llevado hasta sus últimas consecuencias, se trata del *embrutecimiento* producido por la realización

de una operación n-veces al día y, sobre todo, de cómo el grado de automatización correlativo se convierte en una especie de referente o de modelo que se extrapola a otras dimensiones de la existencia, tal como lo mostró Chaplin de un modo genial en *Tiempos modernos*.

Ahora bien, dados todos estos hechos ¿qué es lo que ha pasado? Las sociedades de soberanía han declinado. Nos encontramos ya en otra atmósfera: las sociedades occidentales han modificado su compostura. Nuevas fuerzas se han instalado. Estamos a comienzos del siglo XIX y las sociedades disciplinarias despuntan y le hacen el relevo al antiguo régimen.

Se trata de una ruptura sin precedentes en la historia y la arqueología de las sociedades occidentales. Se trata también de la constitución del terreno propicio para que lo disciplinario prospere.

### 2.2.2 Sociedades disciplinarias propiamente dichas

Representémonos, como en una especie de novela, la situación de los obreros en las nacientes fábricas. Primero, tal como muestra Foucault en *Vigilar y Castigar*, su presencia está estrechamente vinculada a la obligación de hacer un específico empleo del tiempo. De aquí la determinación de reglamentos al interior de las fábricas. En segundo lugar, debe convertirse en una pieza mecánicamente perfecta e integrada con la menor capacidad posible de perjuicio al funcionamiento sincrónico de la fuerza compuesta o a la cadena de montaje.

Es de suponer que pronto se hacen visibles los obreros, tal como ya dijimos, perezosos, propensos a la charla, al juego, al ausentismo, a la bebida, etc. En torno a ellos pululan las miradas de los vigilantes que ahora no se van a remitir a los castigos propios de las sociedades de soberanía sino que los van a convertir en objeto de observación. Tenemos así, trazada muy esquemáticamente la situación en el marco de la cual se irá constituyendo un saber-poder sobre la

*anormalidad* y, en el cual, el hecho absolutamente nuevo es que el ser humano deviene él mismo objeto de conocimiento. Así la pregunta ¿qué es lo que en este o aquel sujeto determina su imposibilidad de fijarse a un espacio, de atender a un empleo de tiempo sobrecodificado en los reglamentos e insertarse sin sabotaje a la cadena de montaje, qué minúscula arteria de su cerebro se ha roto al punto de hacerlo tan reactivo al encajamiento en este modelo de funcionamiento? Esta es la base de la conformación de las sociedades disciplinarias y del apareamiento de las ciencias humanas.

¿Qué son pues estas sociedades? Respondamos de una buena vez la pregunta.

No obstante dejar de lado algunos aspectos importantes, pensamos que se puede definir al hilo de cuatro elementos. Son aquellas sociedades que preceden a la conformación de centro de encierro (familia, escuela, fábrica, cuarte, hospital, prisión) de los cuales la fábrica se convirtió en el centro donde se pueden visibilizar con mayor precisión los rasgos constitutivos de estas.

Son también aquellas sociedades en las cuales se determina un modelo sobrecodificado de normalidad asociado a la manufacturación de tres tipos de dispositivos interrelacionados entre sí: los dispositivos de inscripción del sujeto al modelo de normalidad, los dispositivos de vigilancia para establecer la inscripción efectiva de los sujetos en dicho modelo y los dispositivos de corrección o de ortopedia social, puestos en marcha con los sujetos a los cuales se les diagnostica resistencia o incapacidad a la adopción de códigos legitimados y, por lo tanto, dominantes.

Son además, aquellas sociedades en las cuales el modelo sobrecodificado de normalidad se desmultiplica o desagrega en segmentos que a su vez constituyen ejes de modelización como la segmentarización binaria, la segmentación lineal y la segmentación concéntrica; “estamos segmentarizados por todas partes y en todas direcciones. El hombre es un animal segmentario; [...] Estamos segmentarizados

*binariamente*, según grandes oposiciones duales; las clases sociales, pero también, los hombres y las mujeres, los adultos y los niños. Estamos segmentarizados circularmente, en círculos cada vez más amplios [...]; mis asuntos, los asuntos de mi barrio, de mi ciudad, de mi país, del mundo. Estamos segmentarizados linealmente, en una línea recta [...] en la que cada segmento representa un episodio o un proceso”.<sup>71</sup>

Finalmente, son aquellas sociedades en las que se define lo que, atendiendo las precisiones hechas por Pierre Clastres entre etnocidio, genocidio y etnocentrismo, nosotros llamaríamos una subjetividad etnocida-genocida, esto es, capaz de arrasar con todo lo que haya culturas, fauna, flora, que ofusque el avance del capital.

En efecto, Pierre Clastres en un artículo titulado “Sobre el etnocidio” muestra que las únicas sociedades genocidas y etnocidas son las occidentales, pues las otras no obstante ser etnocentristas, pues en todas encontramos palabras a través de las cuales los individuos que las constituyen se autodenominan “los hombres”, no tienen un modo de producción, el capitalista, “para el que nada es imposible, sino el tenerse a sí mismo como su propio fin”<sup>72</sup> Pues si nos atenemos a la prodigiosa máquina de producción que se pone en marcha desde el siglo XIX consentiremos con Clastres que “las sociedades industriales, las más formidables máquinas de producir, son por esto mismo, las más terribles máquinas de destruir. Razas, sociedades, individuos, espacio, naturaleza, mares, buques, subsuelo: todo es útil, todo debe ser utilizado, todo debe ser productivo, ganado para una productividad llevada a su máxima intensidad”.<sup>73</sup> Así los ejemplos agregados por Clastres, históricamente documentados, no pueden ser más contundentes: “A finales del siglo XIX los indígenas de la pampa argentina fueron totalmente exterminados para permitir la crianza extensiva de ovejas y vacas que hicieron la riqueza del capitalismo argentino. A principios del siglo XX cientos de miles de indios

---

<sup>71</sup> DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix. *Mil mesetas*. Valencia, Pre-textos, 1994. p. 214

<sup>72</sup> CLASTRES, Pierre. *Investigaciones en antropología política*. Barcelona, Gedisa, 1996. p. 63

<sup>73</sup> *Idem.*, 63

amazónicos murieron bajo los golpes de los buscadores de caucho [...] Las rutas transcontinentales cuya construcción se acelera constituyen ejes de colonización de los territorios atravesados: ¡pobres de los indios que encuentre la ruta! ¿Qué peso pueden tener unos pocos millones de salvajes improductivos a la vista de la riqueza en oro, minerales raros, petróleo, criaderos de bovinos y plantaciones de café?<sup>74</sup>

### 2.3. Sociedades de control

En varios apartados de este trabajo nos hemos referido al hecho de que según algunos estudiosos del asunto, desde finales de segunda guerra mundial, se han cernido sobre las sociedades del planeta nuevas fuerzas capaces de provocar el declive de las sociedades disciplinarias y de instaurar una nueva forma de sociedad. Se trata, por lo tanto, de una mutación epistemológica profunda. De hecho, aún hoy, medio siglo después, el proceso de transformación apenas comienza a ser registrado. Aún sin estar concluido, pues se trata de una mutación de larga duración y de largo alcance, numerosas investigaciones así lo atestiguan.

Cabe destacar la crisis generalizada de los centros de encierro como primer signo de esta transformación en marcha. En todos los países occidentales se asiste al desplome paulatino de la familia, la escuela e incluso la cárcel, la prisión, la fábrica y el hospital. Como dice Deleuze, “los ministros *competentes* anuncian constantemente las supuestamente necesarias reformas [...] pero todos saben que, a un plazo más o menos largo, estas instituciones están acabadas”.<sup>75</sup>

En efecto, acciones llevadas a cabo a veces bajo la iniciativa estatal, a veces bajo la iniciativa de comunidades religiosas o colectividades privadas, son el testimonio de esta crisis generalizada. Mencionaremos algunas. Hace apenas unos años, en diferentes países, se reunieron grupos de sabios encargados por instancias

---

<sup>74</sup> Idem. 64

<sup>75</sup> DELEUZE, Gilles. *Conversaciones*. Op. Cit. p. 278

gubernamentales de proponer un plan de salvamento de la escuela. Los amotinamientos, casi siempre sangrientos de miles de presos de diferentes países hacinados en las cárceles y abandonados a una existencia miserable, reivindicando apenas lo mínimo que el Estado debe suministrarles (condiciones demográficas, alimenticias y sanitarias adecuadas). La aceptación del divorcio y la práctica cada vez más generalizada del mismo, al igual que la proliferación de matrimonios constituidos como tales por la apelación a la unión libre. El nacimiento de entidades que ofrecen servicios de asistencia médica en el lugar donde el suscrito a tales servicios lo requiera y el retorno de la asistencia domiciliaria, disminuyendo así el flujo de pacientes que pasa por los hospitales; todo lo cual modifica cualitativamente los servicios que estos ofrecen al tiempo que determina la inserción de una constelación de prácticas y conceptos completamente nuevos en relación con los que existían en las sociedades disciplinarias.

El agotamiento de los relatos emancipadores es otro signo importante del desplome de las sociedades modernas. No es del todo ajena, incluso para los más desatentos, la paulatina definición de una especie de atmósfera adversa para todos esos discursos que prometen la libertad, la justicia, la igualdad, el progreso o el lento ascenso de la humanidad hacia un estado de vida ideal. Un poco a la manera de Sísifo, las grandes masas humanas que cada día atraviesan las ciudades hacia sus lugares de trabajo, saben que, al cabo de la jornada, la pesada piedra que han subido por la pendiente rodará otra vez hasta el valle y permanecerá allí hasta el día siguiente, cuando se la subirá otra vez en un rito desesperanzado al cual se le ha sustraído la experiencia de lo sagrado. No ignoran, que, en la mayoría de los casos, han contribuido con su trabajo a la producción de una serie de bienes de consumo a los cuales no acceden dada la precaria capacidad adquisitiva de sus salarios. El exacerbado repliegue de capas enteras de la población mundial sobre arcaísmos del tipo *los valores ancestrales de mi familia, la idiosincrasia de mi cultura regional*, la temible proliferación de

sectas o de fenómenos de integrismo religiosos, son otros de los signos de estos nuevos tiempos.

Pero también, habría que mencionar el aparecimiento, primero, y la inserción después, de las tecnologías computacionales en todas las esferas de la actividad social; los pretendidos progresos militar-industriales; la reorganización geopolítica del planeta; la globalización de la economía, de la política, de la cultura; la instauración del terrorismo y del narcotráfico en tanto problemas transnacionales; la consolidación de la aldea-mundo de la que habló Marshall McLuhan; el acendramiento de los efectos de las investigaciones genéticas; la ubicación primero en espacios abiertos de las ciudades como avenidas, aeropuertos o zonas de circulación masiva y después en lugares cerrados como entidades financieras, teatros, grandes centros comerciales, de equipamientos de control al aire libre -cámaras- conectadas a bases de datos y a softwares capaces de detectar entre millones de rostros a unos cuantos; la construcción de micro artefactos “que partirán en misión exploratoria en el organismo humano”<sup>76</sup>; el teletrabajo; la constitución de esa modalidad de trabajo inaudita, completamente nueva, que bien puede llamarse trabajo maquínico, entre otros.

Así pues, desde hace algunas décadas las sociedades occidentales vienen experimentando intensas transformaciones técnico-científicas, político-económicas y sociales, que están implicando desestabilizaciones profundas a todos los niveles, lo mismo que el aparecimiento de las sociedades de control, postmodernas o postindustriales y de nuevas maneras de ser y de estar en el mundo, como efecto en parte de la inserción de las tecnologías computacionales en diferentes instancias de los tejidos sociales y también como efecto del aparecimiento, a lo largo del siglo XX, de una serie de saberes (física cuántica, termodinámica, teoría del caos) que han, expresado en términos generales, sacudido el paradigma mecanicista con base en el cual se definía nuestra manera de concebir el mundo, la vida.

---

<sup>76</sup> VIRILIO, Paul. *La velocidad de liberación*. Buenos Aires, Manantial, 1997. p. 69

Este inusitado movimiento de desplome de las sociedades industriales y de constitución de las sociedades postindustriales se ha ido convirtiendo prácticamente, cada vez con más fuerza, en el centro de las actividades humanas y la única posibilidad de funcionalidad social: operaciones domésticas de toda índole, consumo en todas las dimensiones posibles, trabajo deslocalizado, encuentros con otros sin presencia efectiva del cuerpo, agrupamientos según hobbies o intereses intelectuales o adhesión a alguna figura del star system, sexualidad en la red, son entre otras, operaciones o actos humanos que, en adelante, se realizarán o pasarán necesariamente por la mediación de los equipamientos computacionales y de los dispositivos de acción que los mismos están construyendo.

Para algunos, este periodo de intensas e indiscutibles transformaciones reviste una especie de momento apocalíptico y no cesan de manifestar, por diferentes canales, el estado de terror que experimentan y de clamar desesperadamente por el retorno a las viejas certezas.

Para otros, menos interesados talvez en intentar salvaguardar lo que de todos modos parece condenado a la disolución, la cuestión es muy diferente: nos encontramos en una abigarrada, compleja e interesante fase del lento proceso de hominización que acarrea desplomes, fracturas en los tejidos sociales y en aspectos como la organización geopolítica del planeta, pero afortunada, pues a pesar de que se reconocen cambios rápidos y desestabilizantes en las técnicas, en la economía y en las costumbres, estas “evoluciones culturales en marcha en este giro hacia el tercer milenio –y a pesar de sus irreparables aspectos sombríos y terribles- expresan una continuación de la hominización”.<sup>77</sup>

Para otros, en fin, este vasto movimiento de transformación no admite el pánico, ni la aceptación acomodada de los acontecimientos. Preconizan más bien, la

---

<sup>77</sup> LÉVI, Pierre. *¿Qué es lo virtual?* Barcelona, Paidós, 1998. p. 13

necesidad de crear focos de resistencia capaces de asimilar estos cambios reconvirtiéndolos a favor de una existencia digna, animada por la divisa que, al parecer, mantuvo el aliento de Félix Guattari hasta el final de sus días: “el principio de ética fundamental es: el proceso vale más que la inercia”<sup>78</sup>

¿Qué ha hecho posible este acontecimiento?

Este proceso de transformación capaz de socavar hasta sus cimientos las formas de vida tradicionales y de cambiar completamente la compostura de la sociedad, tiene que ser referido a dos transformaciones técnico-científicas que, desde la segunda mitad del siglo XIX, se han producido en la cultura occidental, a saber: revolución de los transportes y la revolución de las transmisiones.

Es importante hacer notar el doble papel que, por lo menos la revolución de los transportes y la revolución de las transmisiones, jugaron. Al tiempo que fueron decisivas en todo el proceso de consolidación de las sociedades capitalistas han sido determinantes en la constitución de las condiciones que igualmente vienen provocando su declive y el relevo por parte de las sociedades de control o postindustriales.

Es sabido que a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX, se construyen y se perfeccionan la locomotora, el automóvil, el avión y el sistema ferroviario. Con la invención de la locomotora, en unos pocos años, se tienden, en los países europeos y en EEUU, miles de kilómetros de vías férreas. Con la construcción de la torre Eiffel el hierro queda consagrado como el metal por excelencia de la revolución industrial. De este modo, la revolución de los transportes está en marcha. Apenas unos pocos años después las naciones empiezan a convertir los caminos de carruajes en intrincadas redes viales que favorecerán la especialización del automóvil y su deriva hacia artefactos capaces de transportar considerables cantidades de bienes de consumo. Es curioso

---

<sup>78</sup> GUATTARI, Félix. *Recrear lo social*. En, Archipiélago, número 21, 1995, p. 86-90

constatar que, sobre todo, la locomotora y el avión, son concebidos en un comienzo para el transporte de materias primas y mercancías. Comenzaron a ser utilizados para el transporte de pasajeros pasadas unas décadas después de su invención.

Así, si bien se puede afirmar la estrecha relación entre la revolución industrial y la revolución de los transportes “ambas contemporáneas y producidas la una por la otra”<sup>79</sup> pues la segunda suministró el dispositivo necesario para el transporte de productos manufacturados y de materias primas imprescindibles para la constitución de los mercados y para los procesos de producción, también es posible constatar como la revolución de los transportes, en tanto se convierte en la condición de posibilidad de circulación, a lo largo y ancho del planeta, de enormes flujos de seres humanos, ya fuese por motivos de trabajo, de turismo o de búsqueda de alteridad cultural, aporta ya el germen para algunos procesos de globalización y de puesta en relación de individuos o grupos humanos con diferente procedencia cultural, propios de las sociedades postindustriales. Y aporta además, uno de los componentes fundamentales de las sociedades de control: la velocidad.

Es sabido también que algo parecido sucedió con la revolución de las transmisiones. En efecto, a pesar de que la grandiosa invención de la imprenta data del siglo XV y de que el periódico precede a los demás medios masivos de comunicación, desde finales del siglo XIX y a lo largo de la primera mitad del siglo XX se inventan el teléfono, el telégrafo, la radio, el cine y la televisión. Hay que incluir en esta revolución las nuevas tecnologías computacionales que proveen dispositivos altamente cualificados para la puesta en red, a velocidades inauditas, de las relaciones y de la información, para la construcción de equipamientos de control al aire libre y para el apareamiento del trabajo maquínico y del teletrabajo. Y del mismo modo que la revolución de los transportes puede ser comprendida en relación con el doble movimiento de consolidación de las sociedades capitalistas y

---

<sup>79</sup> VIRILIO, Paul. *El ciber mundo, la política de lo peor*. Madrid, Cátedra, 1997. p.20

de aporte de una serie de elementos para el advenimiento de las sociedades de control, la revolución de las transmisiones cumple el mismo papel incluso de un modo más contundente, pues además de contribuir a la implantación de una nueva velocidad, aporta un segundo un tercer y un cuarto elemento, fundamentales para la comprensión del nuevo orden mundial: el apareamiento de un tiempo global en detrimento de los tiempos locales, la deslocalización de una serie de aspectos de la existencia humana y la virtualización de los mismos.

Velocidad, tiempo global en el sentido de Paul Virilio, deslocalización y virtualización son pues cuatro categorías a partir de las cuales es posible comprender las sociedades de control. Todas afectan la vida humana en todos sus niveles.

Ahora bien, ¿cómo abordar este proceso de virtualización estableciendo los hilos que lo constituyen? ¿En qué este nuevo tipo de sociedad marca una ruptura con las sociedades disciplinarias, dicho de otro modo, en qué se diferencia el control de la vigilancia?

La respuesta a estas preguntas no es fácil. La primera exige desmultiplicar o desagregar el proceso de virtualización en microprocesos o, mejor, en componentes diferenciados a condición de que no se pierda de vista que se la insulariza con propósitos académicos y sin olvidar la profunda conexión que mantienen en el plano de lo real.

Hemos aislado tres.

*Los equipamientos de control al aire libre* que instauran, no ya una vigilancia tal como se la practicaba en las sociedades disciplinarias, siempre por referencia a un modelo de normalidad y preocupada por la ortopedia social, sino una serie de dispositivos de control preocupados por obligar un uso del espacio público, un empleo del tiempo por fuera de cualquier consideración de anormalidad. Cámaras

ubicadas en las bocacalles con más tráfico de las metrópolis contemporáneas no para vigilar sino para controlar como ya dijimos, el uso del espacio público, la velocidad a la cual se recorren las avenidas y el estado en el cual se maneja. Cámaras ubicadas en puntos estratégicos de los aeropuertos, es decir, en puntos de obligada circulación por parte de los viajeros, registran miles de rostros por segundo y los cotejan con bases de datos donde se encuentran los rostros de delincuentes más buscados a nivel internacional. Cámaras ubicadas en la entrada de los centros de negocios, acumulan en bases de datos los rostros de los visitantes. No nos equivoquemos. Todas esas cámaras no están al servicio de la representación. Constituyen más bien, según la sorprendente elaboración de Paul Virilio, una luz indirecta. Están ahí para iluminar y hacer visibles zonas opacas en tanto no es necesaria ya la presencia de un vigilante humano. “Como la óptica es la parte de la física que trata de las propiedades de la luz y, por tanto, de los fenómenos de la visualización, al desdoblamiento de la visión se añade el desdoblamiento de la propia luz, no solo como antes, en luz *natural* (el sol) y luz *artificial* (la electricidad), sino aún en luz *directa* (sol y electricidad) y luz *indirecta* (video vigilancia) que resulta de la interacción del tiempo real de los fenómenos ópticos y de la electrónica”<sup>80</sup> Pero, ¿por qué se trata todo esto de control y no de vigilancia? Lo diremos al responder la segunda pregunta.

*El trabajo maquínico* que consiste en la inserción de robots, brazos mecánicos, cadenas de montaje computarizadas en el proceso de producción. Se observa que este proceso implica la sustracción de fuerza de trabajo humano a los procesos de producción y, de igual modo, la producción en serie a una mayor velocidad y con un mayor grado de perfección. Pero también implica que la fuerza de trabajo humana se desplaza hacia el sector servicios pues como dice Deleuze, el nuevo capitalismo “ya no compra materias primas ni vende productos terminados o procede al montaje de piezas sueltas. Lo que intenta vender son servicios, lo que quiere comprar son acciones. No es un capitalismo de

---

<sup>80</sup> Ibid. *Velocidad de liberación*. Op. Cit. p. 54

producción sino de productos, es decir, de ventas o de mercados”.<sup>81</sup> Finalmente implica que aquella fuerza de trabajo que ha sido expulsada de la cadena de montaje sin posibilidad de retorno al circuito de la producción y del trabajo asalariado, ya no constituye un porcentaje de desempleados sino de parados, lo cual dota de pertinencia la siguiente pregunta: si el desarrollo de las nuevas fuerzas de trabajo productivo, fuerzas no humanas como se acaba de indicar, van a liberar una cantidad cada vez mayor del tiempo de actividad humana potencial ¿cuál va a ser la destinación, el uso de ese tiempo de vida humana liberado? ¿la angustia, el resentimiento, el consumo televisivo, el desasosiego, la marginalidad opresiva, la soledad, la ociosidad, la neurosis?

Y *el teletrabajo* con su consecuente deslocalización del trabajador, sus efectos evidentes en la considerable disminución de los territorios laborales o el llamado adelgazamiento institucional, la supresión de la división tajante entre tiempo de trabajo y tiempo de ocio o de vida familiar o social, dotando igualmente al trabajador de ubicuidad a través del teléfono celular, todo lo cual permite comprender la afirmación de Deleuze: “en una sociedad de control, la fábrica es sustituida por la empresa, y la empresa es un alma, es etérea”.<sup>82</sup>

La segunda pregunta, en cambio, nos ha puesto más dificultades. ¿En qué las nuevas sociedades de control se diferencian de las viejas sociedades disciplinarias? La hemos sobrevolado durante meses sin encontrar hilos de respuesta. Nos hemos agitado, obstinado en torno a ella hasta que al fin los hemos vislumbrado.

Respondámosla, por lo tanto, muy tímidamente, aunque con paso firme. Tomemos, en primer lugar, un aspecto, el que nos ha parecido más contundente, hasta que otros se nos revelen con mayor nitidez. Nos referimos a la diferencia que necesariamente tenemos que plantear entre vigilancia y control.

---

<sup>81</sup> DELEUZE, Gilles. *Conversaciones*. Op. Cit. p. 283

<sup>82</sup> Idem. p. 280

Al hablar de sociedades disciplinarias establecimos la constitución de un modelo de normalidad como eje de las mismas. Modelo de normalidad, a su vez, relacionado con la puesta en marcha, al interior de los centros de encierro, de una serie de dispositivos de inscripción de los sujetos en los códigos dominantes, pero además de ortopedia social, desplegados por sacerdotes, sicólogos, siquiátras, sicoanalistas, sociólogos, profesores, en los casos en que se prescribe la presencia de sujetos reacios a la adopción de dicho modelo. Al servicio del nuevo modo de producción, estos dispositivos de normalización y de corrección de las anormalidades consistió en fijar a los obreros a un espacio y en prescribirles un empleo del tiempo con miras a garantizar la contribución de su fuerza de trabajo a la conformación de una fuerza compuesta, en tanto fundamento, junto con las máquinas que se fueron elaborando para la especialización de los procesos, de la producción de bienes de consumo en serie. De ahí la valoración negativa de la pereza y el ocio. De ahí el odio a todas las actividades u ocupaciones improductivas. De ahí también el desprecio a los niños, a los ancianos y a todos los seres cuya existencia transcurre por fuera de la inserción a la productividad, en tanto focos de gasto, pero no de producción. De ahí, además “la razón por la que no se podía dar tregua a las sociedades que abandonan el mundo a su tranquila improductividad originaria y por lo que era intolerable a los ojos de occidente el derroche representado en la falta de explotación de inmensos recursos”.<sup>83</sup>

Fue allí, en la fábrica, por lo tanto, donde más visibilidad cobró. Sin embargo, pronto, este propósito de normalizar a los individuos, se convirtió en el proyecto, por así decirlo, de los demás centros de encierro. El edificio panóptico ideado por Jeremías Bentham es, como dice Foucault, *la figura arquitectónica* de este proyecto. “Conocido en su principio: en la periferia, una construcción en forma de anillo; en el centro, una torre, esta, con anchas ventanas que se abren en la cara interior del anillo. La construcción periférica está dividida en celdas, cada una de las cuales atraviesa toda la anchura de la construcción. Tienen dos ventanas, una

---

<sup>83</sup> CLASTRES, Pierre. Op. Cit. p. 63

que da al interior, correspondiente a las ventanas de la torre, y la otra, que da al exterior, permite que la luz atraviese la celda de una parte a otra. Basta entonces situar un vigilante en la torre central y encerrar en cada celda a un loco, un enfermo, un condenado, un obrero o un escolar. Por el efecto de la contraluz, se pueden percibir desde la torre, recortándose perfectamente sobre la luz, las pequeñas siluetas cautivas en las celdas de la periferia”.<sup>84</sup>

Pero esto no es todo. Varias son las garantías que ofrece esta ingeniosa construcción. Ubica a cada anormal en un emplazamiento totalmente iluminado sin que tenga posibilidad de contacto con otros, ni siquiera con el vigilante probablemente emplazado, a su vez, en la torre central. Así, “cada cual en su lugar, está bien encerrado en una celda en la que es visto de frente por el vigilante, pero los muros laterales le impiden entrar en contacto con sus compañeros. Es visto pero él no ve; objeto de una información, jamás sujeto en una comunicación”<sup>85</sup> Y todo esto es garantía de orden. “Si los detenidos son más condenados, no hay peligro de que exista complot, tentativa de evasión colectiva, proyectos de nuevos delitos para el futuro, malas influencias recíprocas; si son enfermos no hay peligro de contagio; si locos, no hay peligro de violencias recíprocas; si niños, ausencia de disipación; si son obreros, ausencias de riñas, de robos, de contubernio, de esas distracciones que retrasan el trabajo, lo hacen menos perfecto o provocan accidentes”.<sup>86</sup>

Pero la garantía más importante estriba en que el panóptico fue concebido para lograr la internalización del modelo de normalidad, la detección de las propias anomalías incluso por fuera de la vigilancia realizada por algún miembro del ejército de ortopedia social.

¿Cómo se logró esto?

---

<sup>84</sup> FOUCAULT, Michel. *Vigilar y Castigar*. México, Siglo XXI, 1989. p. 203

<sup>85</sup> Idem. 204

<sup>86</sup> Idem. 204

Al inducir, en el sujeto emplazado en alguna de las celdas del anillo lateral, la convicción imposible de verificar, de que en la torre central habrá siempre la presencia de un vigilante se lo abocaba a reconocerse siempre vigilado, se lograba “que la vigilancia sea permanente en sus efectos, incluso si es discontinua en su acción”<sup>87</sup> Se logra, de este modo convertir la vigilancia en un poder incorporal capaz de insertar a los anormales, en particular, y a todos los individuos, en general, “en una situación de poder de la que ellos mismos son los portadores”.<sup>88</sup> Así, este poder debía encarnar el doble rasgo de ser, visible e inverificable: “Visible: el detenido tendrá sin cesar ante los ojos la elevada silueta de la torre central de donde es espiado. Inverificable: el detenido no debe saber jamás si en aquel momento se le mira; pero debe estar seguro de que siempre puede ser mirado”<sup>89</sup> Bentham previó, incluso, los aspectos arquitectónicos necesarios del edificio panóptico para que esta condición de saberse vigilado en todo momento, aún en los momentos en que no lo fuera, tan decisiva para la internalización del modelo de normalidad, se cumpliera a cabalidad. “Colocación de unas persianas en las ventanas de la sala central de vigilancia, de unos tabiques en el interior que la cortan en ángulo recto y para pasar de un pabellón a otro, en vez de puertas unos pasos en zigzag; porque el menor golpeo de un batiente, una luz entrevista, un resplandor en una rendija traicionarían la presencia del guardián”.<sup>90</sup>

Así, policía de sus acciones, de sus pensamientos, de sus deseos, el sujeto moderno construye su subjetividad más por la internalización del modelo de normalidad que por su enganche a los relatos pretendidamente emancipadores o por el ejercicio de las pretendidas libertades.

En este sentido, podemos afirmar que “*Crimen y Castigo*” es una de las grandes novelas de las sociedades disciplinarias. Raskolnikov es el hombre atormentado

---

<sup>87</sup> Idem. 204

<sup>88</sup> Idem. 204

<sup>89</sup> Idem. 205

<sup>90</sup> Idem. 205

por la conciencia de su crimen, de su acto ilegítimo, anormal. Nada lo sosiega. Trata de menguar su culpabilidad apelando a racionalizaciones altruistas (he liberado al mundo de dos viejas mezquinas y repugnantes); no lo logra. No basta tampoco con que él sea el único que sabe de su acto para escapar al castigo. Más aún, su castigo estriba en que lo sabe. Y esto, más que el paso por el castigo previsto para su crimen en los códigos de justicia penal, es lo que no lo deja tener vida, al punto que lo obliga a delatarse para así poder descansar.

En la actualidad, normalizar a los individuos o corregirlos ya sea al nivel de sus virtualidades (profilaxis), ya sea al nivel de sus anormalidades efectivas (crimen, patología síquica, disfuncionalidad social, pereza, ausencia de ideales) está extinguiéndose. No son únicamente los centros de encierro los que están acabados sino todo el corpus de métodos de intervención creados para corregir el desvío por los profesionales de la ortopedia social y, sobre todo, la dominancia misma de un modelo de normalidad. En la actualidad en lugar de vigilar teniendo todo el tiempo como telón de fondo una concepción sobrecodificada de normalidad y un arsenal de métodos de intervención para corregir el desvío, estamos pasando a un tipo de sociedad basada en el control. Es cierto que todavía quedan remanentes, sobre todo en nuestros países, de las sociedades disciplinarias y que apenas comenzamos a visibilizar el modo de ser del nuevo tipo de sociedad, pero esto no obliga a desconocer el hecho de que todas las esferas de vida social van siendo, paulatinamente, desatribuidas de cualquier consideración que las haga entrar en valoraciones de naturaleza patológica. Tomemos el caso de la segmentarización lineal de la cual dijimos algunas cosas unas páginas atrás. Según esta la existencia de los individuos está referida al atravesamiento sobrecodificado de los segmentos. Primero la familia de procedencia, después la escuela y, finalmente, la constitución de la propia familia. Para cada segmento una edad, un momento específico y unas condiciones precisas. Cualquier gesto de existencia por fuera de esta sobrecodificación y sobre el sujeto recae la sospecha, la presión social. Tiene 30 y no te has casado, algo *raro* pasa contigo. Estás pensando en volver a la institución académica ahora que tienes 45, algo

*raro* pasa contigo. No se te ve agitarte en torno a mujeres, algo *raro* pasa contigo. Declaras abiertamente tu resuelta decisión de no tener hijos, algo *raro* pasa contigo. No tienes aspiraciones de riqueza, ascenso social y prestigio, algo *raro* pasa contigo. Eres perezoso, negligente para el trabajo, algo *raro* pasa contigo. Y así, hasta el cansancio, la cantinela, aparentemente inocente y bien intencionada, de los guardianes de la normalidad.

Es todo esto lo que se encuentra en sus últimas. Así cuando analizamos lo que sucede en la empresa nos damos cuenta que esta se ha despojado de su preocupación por vigilar y corregir las supuestas anomalías o de velar por la normalidad. Es decir ha dejado de ser un centro de encierro, se ha virtualizado, se ha adelgazado, para convertirse en el exclusivo lugar de venta de servicios. Admite incluso al perezoso, al negligente. Al esforzarse por “imponer una modulación de cada salario, en estados siempre metaestables que admiten confrontaciones, concursos y premios extremadamente cómicos”<sup>91</sup> sitúa la relación con los trabajadores en el lugar del control, define un sistema mediante el cual el sujeto trabajador, puede abandonarse al gesto negligente, puede incluso no hacer nada; su salario dependerá de lo que haga. Y si le apuesta al rendimiento no es ya por referencia a ninguna preocupación disciplinaria sino por adopción de una codificación en la cual su salario, siempre metaestable, será alto o bajo según el tope establecido cada mes por el campeón de turno. Se entiende por qué Deleuze afirma que este modelo instituye “entre los individuos una rivalidad interminable a modo de sana competición, como una motivación excelente que contrapone unos individuos a otros y atraviesa a cada uno de ellos dividiéndolo interiormente”.<sup>92</sup>

Presencia, entonces, en las nuevas empresas, de carteleras en las cuales se lleva el registro del record alcanzado por unos y otros. Carácter móvil del tope a alcanzar pues cada vez conocerá un aplazamiento en ascenso. Visibilización del

---

<sup>91</sup> DELELUZE, Gilles. *Conversaciones*. Op. Cit. p. 280

<sup>92</sup> Idem. 280

empleado estrella cada año, cada mes, cada semana, cada día, premiado con implementos de vida doméstica, viajes y bonificaciones. Y así mismo modelización sobre la base de un referente que ha alcanzado niveles de rendimiento reservados para unos pocos, pero no normalización.

Y no se crea que algunas instituciones escapan a este principio modulador y modelizador. También en el mundo académico se comenzó ya a disponer las cosas para que el salario se corresponda con los méritos.

### 3. EL TRABAJO EN LAS SOCIEDADES POSTINDUSTRIALES

*La evolución de la especie quizá no esta aún terminada; las formas de la producción y del trabajo no dejan de modificarse y quizá llegará el día en el que el hombre no encontrará ya en su trabajo el principio de su enajenación, ni en sus necesidades el recuerdo constante de su límite.*

*Michel Foucault*

#### 3.1. Acotación preliminar

Hasta este momento nos hemos preocupado por definir el punto de vista, la apuesta teórica desde la cual debe leerse este trabajo. Si algo explica la presencia de los dos capítulos anteriores como preámbulo a este último, es nuestro propósito de dejar dichas, muy claramente, las ideas o las concepciones que subyacen a la formulación que haremos a continuación.

Al emprender una investigación de esta naturaleza es ineludible poner a buen recaudo las obviedades. No pensamos que haya un zócalo conceptual o un corpus de presupuestos sabido y entendido por todos, a partir del cual nos ponemos a trabajar. Sentimos la necesidad de circunscribir el concepto de sociedad no sin antes desestabilizar la quietud con la cual se acepta la idea generalizada de que investigar hace parte de nuestras más seguras concepciones.

Por esto, sentimos también la necesidad de ocuparnos de una serie de presupuestos epistemológicos, talvez los más importantes, para así definir un escenario propicio para el desarrollo de este tercer capítulo.

Ahora estamos ante la tarea de desarrollar aquello para lo cual lo anterior no es más que, tal como lo anotamos, el escenario propicio, presupuesto necesario, fundamento si se quiere. También aquí es necesario hacer algunas acotaciones que nos permitan explicitar algunos matices de la concepción sobre el trabajo que anima nuestra manera de abordarlo.

Hay lo que nos gustaría llamar una concepción esencialista sobre el trabajo. Consiste en la convicción de que este es una significación primordial, dada por Dios a los hombres, en el comienzo de los tiempos, en unas tablas de la ley. Según esta concepción el trabajo se sitúa en el corazón mismo de las acciones humanas que le dan sentido a la existencia. Muchos teóricos así lo afirman. No cesan de hablar sobre el trabajo como la actividad humana por excelencia. No cesan de remitirlo a la posibilidad esencial de transformar la naturaleza o de aligerar su dureza a partir de la fabricación de bienes, especies de extensiones del cuerpo que paulatinamente, a medida que cumplen su promesa de bienestar y confort, salvaguardan al hombre de la fatiga, del sufrimiento, de la catástrofe, incluso.

Estos teóricos, en general, entienden el advenimiento de la cultura como producto de la esencial actitud de trabajo de muchos agrupamientos de homínidos. De este modo, esta concepción del trabajo legitima la división maniquea, tan cara a la modernidad, entre naturaleza y cultura. Sin embargo no hay que desestimar la afortunada indicación de Felix Guattari: “Hoy menos que nunca puede separarse la naturaleza de la cultura, y hay que aprender a pensar transversalmente las interacciones entre ecosistemas, mecosfera y universos de referencia sociales e individuales.”<sup>93</sup>

Entendido así, el trabajo es el acto por excelencia. Dador de sentido, especie de principio superior explica, asociado a sus correlatos, el ocio y la pereza, muchos de los avatares de la existencia de las colectividades humanas. El infortunio hay

---

<sup>93</sup> GUATTARI, Felix. *Las tres ecologías*. Valencia, Pre-textos, 2.000. p. 34

que abonárselo, el lento ascenso hacia el confort hay que abonárselo. Francois Chatelet en relación con este aspecto dice: “a un principio planteado a la vez como fuente de toda explicación y como realidad superior, lo llamamos trascendencia [...] Los fatuos, pequeños o grandes, desde el líder de un grupúsculo hasta el presidente de los Estados Unidos, desde el siquiatra hasta el director general, funcionan a golpes de trascendencias, de la misma manera que el clochard funciona a golpe de vino tinto”.<sup>94</sup>

Pero esto no es todo. Estas trascendencias, entre las cuales consideramos como central el trabajo vuelto una esencia humana, son para Chatelet las figuras en las que se ha desagregado o desmultiplicado el Dios medieval.

Así, en esta concepción esencialista del trabajo anima una religiosidad traslapada y el trabajo pasa a hacer parte de un corpus de trascendencias aparentemente laicas. “El Dios medieval se ha dispersado, sin perder por ello nada de su fuerza y de su unidad formal profunda: la Ciencia, la Clase Obrera, la Patria, el Progreso, la Salud, la Seguridad, la Democracia, el Socialismo –la lista sería demasiado larga– son otros tantos avatares de Él. Esas trascendencias lo han sustituido (ni que decir tiene que todavía está ahí, omnipresente), y ejercen con más ferocidad creciente sus tareas de organización y exterminio”.<sup>95</sup>

Hay otra concepción sobre el trabajo también enormemente nociva para el pensamiento. No se diferencia tajantemente de la anterior. Por esto talvez no sea otra cosa que un matiz de la misma. Hemos querido darle un lugar aparte dada su poderosa capacidad de introducir o suscitar equívocos y porque es el preámbulo de un planteamiento sobre el trabajo en las sociedades de control que estimamos importante.

---

<sup>94</sup> Citado por DELEUZE, Gilles. *Pericles y Verdi*. Valencia, Pre-textos, 1989. p. 6

<sup>95</sup> Idem. 6

Se trata de una concepción según la cual lo más humano o lo específicamente humano de la especie homo sapiens es su disposición natural al trabajo. Esta concepción humanista del trabajo arrastra consigo la idea de la libertad. El hombre, cualquiera que sean las coordenadas temporo-espaciales en que lo concibamos, podría acceder a un estado ideal de libertad por la fuerza liberadora que se le reconoce a su capacidad de trabajar. Sin embargo, esto está por verse. En las sociedades capitalistas por ejemplo, a lo largo de sus casi dos siglos, el trabajo no ha dejado de ser la vía más expedita para el más pavoroso estado de enajenación de millones de seres humanos. Desde los dueños de los medios de producción hasta el obrero raso pasando por la clase dirigente, no ha habido progresos en el supuesto avance de la especie hacia la prometida libertad. Por todas partes seres presos en las codificaciones capitalistas. En todos lados se yergue la paradoja lancinante del capitalismo: de un lado la consolidación de unos medios y una fuerza productiva capaz de proveer a las comunidades humanas de la infraestructura adecuada o de los medios técnico-científicos pertinentes para la asistencia óptima de las necesidades básicas y, de otro lado, como correlato de esto, el hecho incuestionable de que millones de seres humanos que, incluso han contribuido a la fabricación de estos medios, no acceden a los mismos y son, al contrario, condenados a hacer parte de la instauración de grandes zonas de miseria. Un poco a la manera como lo dice Samuel Butler, según el análisis que hacen Deleuze y Guattari: “Butler no se contenta con decir que las máquinas prolongan el organismo, sino que son realmente miembros y órganos yaciendo sobre el cuerpo sin órganos de la sociedad, *que los hombres se apropian según su poder y su riqueza*, y de los que la pobreza les priva como si fuesen organismos mutilados”.<sup>96</sup> Pero también los efectos catastróficos sobre la subjetividad, el cuerpo y la dignidad, de la famosa administración científica del trabajo promulgada por Taylor, Fayol y Ford, entre otros. Aquellas mediciones, reloj en mano, para establecer el tiempo que un obrero tarda, inserto en la cadena de montaje, en realizar una operación específica del proceso de producción para

---

<sup>96</sup> DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix. *El antiedipo*. Barcelona, Paidós, 1985. p. 294 (El subrayado es nuestro)

luego, con este dato, calcular el rendimiento exigible en una jornada de trabajo, es posible que hayan mostrado su importancia en los registros contables de las empresas, pero al precio de cuanta automatización del gesto, de cuantas enfermedades profesionales y vaya a saber de cuantas miserias más.

Hay que aclarar, no obstante todo lo anterior, que una cierta manera de hacer la historia del capitalismo también hace parte de esta concepción humanista del trabajo o cuando menos la valida. Nos la encontramos con frecuencia en una serie de relatos centrados en la oposición amo-esclavo, clase burguesa-clase obrera, y encargados de legitimarla. Según estos, la historia del capitalismo ha sido la de un largo período de dominación, de explotación y de segregación de la clase obrera. No decimos así, de buenas a primeras, que esto no sea cierto. Tampoco afirmamos que lo es. Solo queremos señalar que la historia de los sistemas de dominación es más compleja que lo que aquellas historias dicen. Para hacerla es necesario, en primer lugar atender a los intrincados resortes de esa relación. Es necesario, además atender a lo que cada componente de la misma aporta en términos de fuerza, al modo como cada uno forcejea, pues como dice Deleuze “evidentemente se puede hacer la historia de los sistemas de dominación en la que siempre se ejerce la actividad de los amos; pero esta nada sería sin el apetito de aquellos que en nombre de los golpes que reciben, aspiran a darlos. Luchan por su servidumbre como si se tratase de su libertad”.<sup>97</sup>

Nosotros decimos: el trabajo no es una significación primordial. Cualquier investigación sobre el mismo que se pretenda llevar a cabo sin convertir lo anterior en presupuesto ineludible está amenazada de fracaso aún desde antes de iniciar. Conduciría necesariamente al reconocimiento de una dispersión sin transformaciones, sin devenires, es decir conduciría no al reconocimiento de las diferencias, sino de los mismo desmultiplicado en figuras aparentemente, pero solo aparentemente, distintas.

---

<sup>97</sup> Citado por DELEUZE, Gilles. *Pericles y Verdi*. Op. Cit. p. 10

Cualquier investigación sobre el trabajo exige antes la realización de una operación negativa que consiste en despojarlo de toda consideración esencialista, para así allanar la posibilidad de ponerlo en un campo de inmanencia. ¿Qué quiere decir poner el trabajo en un campo de inmanencia? Quiere decir sobre todo, dejar de concebirlo como un trascendente y, a cambio, interrogarlo al nivel de la densidad epistemológica que lo ha caracterizado en los diferentes tipos de sociedad; esto es, restituir la dimensión simbólica y las atribuciones imaginarias de que ha sido objeto en un momento dado y en un tipo de sociedad específica; descomponerlo en los hilos que lo constituyen; analizarlo en términos de la resonancia que tiene a distintos niveles, tanto en las existencias individuales como colectivas; verlo en relación con un sistema de producción en el cual antes que estar insularizado, hace red con otros elementos, a veces aparentemente ajenos a su especificidad misma; objetivar la forma como ha contribuido a la distribución de los individuos en grupos jerarquizados; abordarlo, en fin, en relación con los rasgos de subjetividad que contribuye a forjar, con el cuerpo y con las virtualizaciones que implica, pues como dice Pierre Levi: “La virtualización [...] no va forzosamente acompañada de una desaparición. Por el contrario, a menudo acarrea un proceso de materialización. Esto se distingue con facilidad en el caso de una virtualización técnica [...] Para utilizar una herramienta hay que aprender gestos, adquirir reflejos, recomponer una identidad mental y física. El herrero, el esquiador, el conductor de automóvil, la segadora, la tejedora o el ciclista han modificado sus músculos y sus sistemas nerviosos para integrar los instrumentos en una especie de cuerpo ampliado, modificado, virtualizado. Y como la exterioridad técnica es pública o compartible, contribuye, a cambio, a forjar una subjetividad colectiva”.<sup>98</sup>

Se entiende que todas las variables enumeradas en el párrafo anterior, son precisamente la apertura sobre un exterior, llámese tejido social o sociedad pero en un momento dado. Es por esto que a lo largo de este trabajo no hemos dejado de señalar la importancia que en relación con este exterior tienen las

---

<sup>98</sup> LÉVI, Pierre. Op. Cit. p. 69-70

transformaciones epistemológicas. Así en las páginas anteriores se encontrarán escasas referencias al trabajo en las sociedades de soberanía y un desarrollo, talvez incompleto, pero más acotado sobre el trabajo en las sociedades disciplinarias. Se entiende también que concibamos esta investigación como la posibilidad de formular el sustrato teórico a partir del cual emprender futuras investigaciones sobre los aspectos puntuales en que se desmultiplica el trabajo.

Por todo lo anterior, sentimos que los alcances prometidos quedarán satisfechos una vez, en las páginas que siguen a continuación, formulemos la compostura que ha ido adoptando el trabajo en las sociedades de control. Y aunque no vamos ha hablar de nada diferente, no nos preocupa ahora tomar punto por punto los aspectos señalados al responder la pregunta ¿qué quiere decir poner el trabajo en un campo de inmanencia?

Hay cuatro aspectos relevantes a partir de los cuales podemos comprender la compostura epistemológica que viene adoptando la concepción sobre el trabajo, desde hace 40 ó 50 años, en las sociedades de control: el trabajo maquínico, el teletrabajo y la ductilidad que en la actualidad cada trabajador debe ofrecer como garantía de muchas cosas.

De cada uno de estos aspectos se derivan también aspectos puntuales susceptibles de dar lugar a futuras investigaciones ya no *exclusivamente* teóricas sino en el campo y, lo que es más importante, probablemente referidas a la realidad colombiana y a la realidad latinoamericana.

### **3.2. El trabajo maquínico**

En aras de trazar los contornos del trabajo maquínico, pongamos un *acertijo* fácil de resolver. En la fábrica de automóviles italiana Fiat, la mano de obra asalariada pasó en una decena de años, de 140.000 a 60.000 obreros mientras que la

productividad se incrementó en un 75%.<sup>99</sup> ¿Qué ha pasado? ¿Cómo entender este doble suceso de reducción de la mano de obra asalariada en un 57.14% y de aumento de la producción a casi el doble? La respuesta es muy simple, aunque compleja en sus repercusiones: inserción en el proceso de producción de robots, brazos mecánicos, máquinas informáticas, en una palabra, inserción en la cadena de montaje del trabajo maquínico.

No obstante ser este acontecimiento la señal de una transformación profunda en todas las sociedades de la cultura occidental, las modificaciones que el mismo produce saltan a la vista.

1. Sustracción de la fuerza de trabajo humano al proceso de producción con sus correlatos: garantía de un funcionamiento taylorista, por así decirlo, de la cadena de montaje; perfección generalizada en la manufacturación de los bienes de consumo; solución a los cientos de problemas que la máquina corporal humana le puso al proceso de producción a lo largo de las sociedades industriales (enfermedad, pereza, propensión a la charla, sabotaje del proceso de producción, desplome de carácter psicológico, etc.).
2. Liberación de una cantidad enorme de tiempo potencial humano. También con sus correlatos. ¿Para qué este tiempo de vida humano liberado? ¿Para la postración, la miseria, el desespero, el desaliento, la quietud, el abandono? En principio está claro que cada día es mayor el ejército de seres humanos que, por efecto de diferentes corrientes administrativas preocupadas por estar a la vanguardia de las nuevas fuerzas, son expulsados de sus trabajos y enviados, más que al desempleo, al paro. Subrayando el hecho de que hace unos pocos años, por lo menos en algunos países, se habla de paro y no de desempleo, nos parece bien importante esta sustitución terminológica. En efecto, en las sociedades

---

<sup>99</sup> Ejemplo citado por Félix Guattari. Aunque Guattari no lo especifique esta decena de años tiene que haber sido la década del 70 o la del 80.

disciplinarias era posible hablar de desempleados pues, con mucha posibilidad un sujeto expulsado o retirado voluntariamente de un empleo, podía mantener la expectativa de reinsertarse en calidad de asalariado al proceso de producción.

El rol del desempleado pasaba por ser provisional. En la actualidad se habla de parados. Y la palabra esta, repetimos, nos parece bien ilustrativa. Habla de haber sido detenido en seco. Remite al hecho contundente de que una vez sustraído al proceso de producción un sujeto, miles de sujetos, pueden olvidarse del asunto: las posibilidades de reinsertión al proceso de producción como fuerza de trabajo humano está, por así decirlo, cancelada. Han sido parados.

Este suceso no es poca cosa desde el punto de vista social. Pues si el número de parados fuese exiguo, el problema no trascendería, quizá, los límites de la burbuja personal o familiar, pero cuando son tantos y su número se incrementa cada día nos encontramos frente a un verdadero problema social. Y si además los parados provienen de una historia laboral precaria nucleada por la exclusiva preocupación por la supervivencia, dada la precariedad de los salarios y, por esto mismo, la imposibilidad de consolidar unas pocas seguridades, tal como sucede en países latinoamericanos, por ejemplo, el problema se convierte en realmente importante. Tal vez sea esto lo que le hace prever a Jeremy Rifkin en "El fin del trabajo" el advenimiento de un período de incremento de la violencia: "en un número cada vez mayor de nuevas naciones industrializadas, la sustitución producida por la tecnología y el creciente desempleo conducen hacia un aumento espectacular del crimen y de la violencia, definiendo un claro augurio de lo que podrá ocurrir en el futuro inmediato. Recientes estudios han mostrado una clara correlación entre el crecimiento del desempleo y el aumento de los crímenes violentos".<sup>100</sup>

---

<sup>100</sup> RIFKIN, Jeremy. *El fin del trabajo*. Barcelona, Paidós, 1997. p. 249

Por esto preguntamos hace un momento convencidos de que la pregunta es urgente y nos concierne a todos: ¿para qué esta enorme cantidad de tiempo potencial de vida humana *liberado*, inútil ya para el proceso de producción de bienes de consumo? Piénsese no más en el efecto que produce en el andamiaje subjetivo de un ser humano la pérdida de determinado rol o de una determinada investidura en el tejido social: “la completa sustitución del trabajo humano por máquinas deja a los trabajadores sin autodefinición válida o función social”.<sup>101</sup>

3. Desplazamiento ya no de la fuerza de trabajo, por las acotaciones hechas anteriormente y por otras que haremos unas páginas más adelante, sino de la capacidad de trabajo humano (traducida en un conjunto de gestos virtualizados susceptibles de ser requeridos y por lo tanto usados en situaciones diversas y, sobre todo, gestos relacionados con unas competencias móviles siempre en estado inacabado en tanto “hoy en día la información y el conocimiento son la principal fuente de producción de riquezas”<sup>102</sup>) desde el sector de la producción hacia el sector de servicios. En efecto, de los tres sectores en los que se ha recogido la actividad económica tradicional (agricultura, industria y servicios), el primero es inmanente a la sociedades de soberanía; las sociedades panópticas ponen en auge la industria o la producción en serie de bienes de consumo en tanto hacen entrar la producción agrícola en la era de la industrialización y el tercero, el sector de servicios, se ha convertido prácticamente en la única posibilidad de empleo en las sociedades de control. Sin embargo, incluso esto, parece no ser tan seguro. Pues, a las palabras de Yoneji Masuda, uno de los encargados de convertir al Japón en la primera sociedad basada en una información totalmente computarizada “en el futuro inmediato la completa automatización de todos los departamentos será un hecho y

---

<sup>101</sup> Idem. 277

<sup>102</sup> LÉVI, Pierre. Op. Cit. p. 52

durante los próximos veinte años probablemente se podrán observar fábricas que no requerirán ningún tipo de trabajo manual”<sup>103</sup>, Jeremy Rifkin agrega: “Mientras el trabajador industrial queda marginado del proceso económico, muchos economistas y políticos electos siguen manteniendo esperanzas en que el sector de servicios [...] sea capaz de absorber los millones de trabajadores desempleados en busca de trabajo. *Sus esperanzas tienen muchas probabilidades de no llegar a cumplirse.* La automatización y la reingeniería ya están empezando a sustituir el trabajo humano en un amplio espectro de campos relacionados con el sector de servicios. Las nuevas máquinas presentes son ya capaces de realizar muchas de las tareas mentales actualmente realizadas por seres humanos y ello a grandes velocidades”.<sup>104</sup> Se trata de un proceso en marcha con varias características. Imposible de detener, invocando una preocupación humanista, no deja de alarmar y, más aún, si se lo piensa en relación con el progresivo crecimiento demográfico de la población humana. Cada vez más y más individuos, un planeta más y más poblado. Y, al mismo tiempo, menos y menos emplazamientos de trabajo. Pero, también, proceso caracterizado por un incremento exponencial de su velocidad; velocidad que se materializa en todos los proyectos adelantados tanto en empresas del sector privado como del público, de modernización, adelgazamiento institucional, en fin, de reingeniería.<sup>105</sup>

Así alarmarse por lo menos un poco es, talvez inevitable. Pues como venimos insistiendo “mientras que las primeras tecnologías reemplazaban la capacidad física del trabajo humano sustituyendo cuerpos y brazos por máquinas, las nuevas tecnologías basadas en los ordenadores prometen la sustitución de la propia mente humana, poniendo máquinas pensantes allí donde existían seres humanos, en cualquiera de los muchos ámbitos

---

<sup>103</sup> Citado por RIFKIN, Jeremy. Op. Cit. p. 29

<sup>104</sup> Idem. 29-30

<sup>105</sup> En relación con este punto Jeremy Rifkin en el libro citado ofrece una enorme cantidad de referencias sobre estos procesos en diferentes empresas de Europa y Estados Unidos. Falta por investigar lo que ha pasado en los países latinoamericanos.

existentes en la actividad económica. Las implicaciones son profundas y de largo y preocupante alcance. Ante todo, es necesario recordar que más del 75% de la masa laboral de los países más industrializados está comprometida en trabajos que no son más que meras tareas repetitivas. La maquinaria automatizada, los robots y los ordenadores cada vez más sofisticados pueden realizar la mayor parte, o talvez la totalidad, de estas tareas. Esto significa, que tan solo en los Estados Unidos, en los años venideros más de 90 millones de puestos de trabajo de los mas de 124 existentes son potencialmente susceptibles de ser sustituidos por máquinas”.<sup>106</sup>

Todo lo cual hace del capitalismo actual un capitalismo no de producción, sino de productos, un capitalismo de mercados es decir un capitalismo que ha dejado la producción en *manos* de dispositivos informáticos o que la ha relegado a la periferia tercermundista y que a cambio ha vuelto su atención sobre la conquista de mercados y por ende la prestación de servicios.

Ahora bien, el trabajo maquínico al igual que los tres aspectos correlativos del mismo, que acabamos de formular, podrían ser el caballo de batalla para los defensores de una concepción humanista del trabajo en aras de alegar la realización, por fin, del sueño emancipador de la libertad.

En efecto, si al hacer una retrospectiva sobre las formas de ser del trabajo durante todo el período industrial asistimos a una galería de cuadros de horror, “creí ver a unos condenados” exclama la heroína de *Europa 51*, película importante del director neorrealista Roberto Rosellini, cuando ve a los obreros<sup>107</sup>; si hasta es posible, en la actualidad, preguntarse por la cantidad de muertos que habría que abonarle a la fábrica, esperar incluso alguna declaración de arrepentimiento por parte de algún industrial representativo por su responsabilidad compartida en la

---

<sup>106</sup> RIFKIN, Jeremy. Op. Cit. p. 25-26

<sup>107</sup> Citado por DELEUZE, Gilles. Conversaciones. Op. Cit. p. 277

labor de exterminio silencioso cometida por las complejas tensiones de la producción<sup>108</sup>, un poco a la manera como hace algunos años estuvieron de moda los arrepentimientos y la televisión transmitió a escala mundial mensajes de figuras emblemáticas haciendo actos de contrición, entre las cuales cabe destacar la del Papa que pidió perdón al mundo en nombre de la Iglesia, por los muertos y por las tierras teñidas de sangre a causa de las cruzadas; si es posible mostrar que incluso cuando “el señor del capital cree de buena fe que trabaja por el bienestar de sus hijos, de su familia, en el mejor de los casos del socius”<sup>109</sup> está decididamente equivocado y es posible calificar su convicción como un “equivoco ingenuo que escamotea la dimensión política de su gesto mandado”<sup>110</sup> pues, este, el flamante señor del capital también está preso en los goznes de la máquina capitalista y “trabaja sin saberlo para el sostenimiento, la legitimación de su axiomática”<sup>111</sup>; si es posible invocar, una y otra vez, la lúcida advertencia de Smith sobre los efectos catastróficos que habría de tener en las subjetividades colectivas, la especialización automatizada de los obreros al dedicarse a la realización de una operación en el proceso de producción; si hoy en día leemos con escozor en qué consistió la administración científica del trabajo, pues, repitámoslo, invocando unas palabras de Rifkin: “mediante el uso del cronómetro Taylor dividió la tarea de todo trabajador en las partes visibles más pequeñas que se pudieran identificar, para, a continuación, medir cada una de ellas para averiguar el mejor tiempo posible bajo las condiciones óptimas de sus prestaciones. Sus estudios permitían calibrar los resultados obtenidos por los trabajadores hasta en fracciones de segundo. Mediante el cálculo de los tiempos medios y de los mejores tiempos a emplear podía definir las cargas de trabajo que correspondían a cada puesto.”<sup>112</sup>; si, aceptamos que los ciento cincuenta años de fábrica tienen como correlato la inserción en el proceso de producción de millones de seres humanos condenados a la realización de trabajos poco enaltecidos de

---

<sup>108</sup> Paul Virilio cita investigaciones según las cuales el promedio de vida de un obrero a lo largo del siglo XIX era de 45 años.

<sup>109</sup> VELEZ, Mauricio y otros. *Acerca de la producción de la subjetividad en las sociedades disciplinarias y de control*. Informe de investigación. 2000. p. 90

<sup>110</sup> Idem. 90

<sup>111</sup> Idem 90

<sup>112</sup> RIFKIN, Jeremy. Op. Cit. p. 75

la inteligencia y de las potencias del cuerpo, en jornadas excesivas y, en la mayoría de los casos, por salarios exiguos; y si, en fin, convenimos que en la actualidad, en caso de que las tecnologías informáticas no colonicen todos los emplazamientos de desempeño laboral hasta hacer completamente innecesario cualquier gesto de trabajo por parte del hombre, vamos en camino de definir un paisaje todavía más desolador “dado que las máquinas-herramienta de comando numérico imponen un ritmo vertiginoso de automatización postindustrial atestiguado por una obrera de una fábrica textil del oeste de Francia al decir ‘hago seiscientos veces por hora el mismo gesto. Con las viejas máquinas, uno conseguía parar un poco. Ahora, la que controla la línea y fija las cadencias es una computadora’”<sup>113</sup>; entonces es posible preguntarse ¿por qué la alarma actual ante el hecho de que en adelante cada vez será menos necesaria la presencia humana en cualquiera de los tres sectores de la actividad económica de las sociedades?

Es cierto que la cultura occidental ha atravesado varios episodios relativos al apareamiento de dispositivos tecnológicos que suspenden una serie de trabajos y hacen aparecer otros. La imprenta, por ejemplo, transformó en algo la estructura laboral del siglo XV al cancelar la necesidad de escribanos y, al mismo tiempo, estimular la conformación de un gremio alrededor de la publicación de materiales impresos integrado por impresores, correctores de pruebas, libreros, bibliotecarios, fabricantes de tipos móviles, etc. Necesariamente los escribanos se resistieron por esta transformación. De igual modo, la revolución industrial dejó sin piso firme y sin capacidad competitiva a una cantidad considerable de artesanos dedicados a la manufacturación de productos. Seguramente, en su momento, los escribanos de la edad media y los artesanos del siglo XVIII no vieron en las transformaciones del dispositivo económico-laboral de la sociedad, nada que celebrar. Del mismo modo, ahora, los millones de obreros enviados al paro y los millones de trabajadores del sector servicios que cada día son retirados de las empresas por la puesta en marcha de procesos de reingeniería o de cualquier otro modelo

---

<sup>113</sup> VIRILIO, Paul. *El arte del motor*. Buenos Aires, Manantial, 1996. p. 144

administrativo, con seguridad no ven tampoco en semejante acontecimiento nada que celebrar. Pues si es cierto que el trabajo tiene que ser, antes que cualquier otra cosa, una actividad dadora de sentido, un acto que nos inviste de dignidad, entonces los miles de trabajos monótonos, repetitivos, automatizantes, que ya no se le asignarán a seres humanos tendrían que ponernos en estado de verdadera alegría. Al hacer el planteamiento anterior no pretendemos soslayar el asunto de la supervivencia ni mucho menos el de la distribución de la riqueza. Nos parece que, llevando esta reflexión hasta un extremo aparentemente *insensato*, lo que está interrogado, poniendo en tela de juicio todos estos hechos, es el paradigma occidental según el cual el trabajo asalariado o la actividad comercial nos puede suministrar los medios de subsistencia o supervivencia. Ya no estamos en un mundo en el que este paradigma pueda seguir siendo legítimo. No todos podríamos dedicarnos a una actividad comercial de tipo microempresa tal como parecieran estar pensando los organismos estatales encargados de elaborar y ejecutar proyectos en contra del alto porcentaje de parados. Muy pocos se mantendrán, a un precio alto, en las próximas décadas, en el sector servicios. Prácticamente ninguno para los sectores de producción agrícola y de producción industrial. Lo que hay que inventar son nuevas reglas con base en las cuales distribuir la riqueza a nivel planetario.

### **3.3. El Teletrabajo**

Unas páginas atrás dijimos que este, junto con el trabajo maquínico y con la versatilidad, esto es, una alta capacidad de responder eficientemente en situaciones cambiantes, que en nuestros días le exigen las empresas a los pocos seres humanos enganchados al sector servicios, son tres elementos centrales del modo de ser del trabajo en nuestros días.

Pongamos, para iniciar, también en relación con este aspecto un *acertijo*: “El 20 de septiembre de 1994, cerca de 32.000 empleados de AT&T se quedaron en sus casas. No estaban enfermos ni en huelga”.<sup>114</sup>

De nuevo la pregunta, ¿qué ha pasado?

En el caso específico de AT&T, una serie de empleados que iban desde el director ejecutivo hasta operadores telefónicos participaban en un experimento del que formaban parte 100.000 personas. ¿Cuál era su propósito? Explorar hasta dónde puede una organización de gran tamaño transformar su sitio de labores, llevando el trabajo al empleado, en vez de hacer ir al empleado a la oficina.

Desde un punto de vista más global y, por lo tanto, mucho más importante para los propósitos de esta investigación, apenas uno de los elementos visibles de un proceso que viene teniendo lugar en el planeta y modificando a fondo la estructura de la empresa: deslocalización del trabajador de su sitio de trabajo tradicional *para que se lleve sus responsabilidades a otra parte*, advenimiento del teletrabajo o trabajo a distancia.

El teletrabajo es un fenómeno que hizo su debut en la década del 70 y que consiste en la sustitución del modo disciplinario de trabajar (cumplimiento de un horario en un emplazamiento asignado y costado por la empresa) por la posibilidad de trabajar a domicilio o bajo una serie de modalidades que plantearemos más adelante, lo cual, como apenas es obvio, modifica a la empresa, tanto en su compostura espacial como en su estructura organizacional, modifica el modo de contratación de los trabajadores y modifica los flujos de comunicación entre los mismos, así los roles y la distribución jerárquica que hay al interior de las empresas se mantenga.

---

<sup>114</sup> APGAR, Mahlon. *El sitio de trabajo alternativo, dónde y cómo trabajará la gente*. En, Summa, número 136, 1988. p. 52-63

Sin embargo, un proceso de transformación de semejante envergadura ha sido posible en tanto una confluencia de pequeños cambios así lo han determinado, y acarrea en su proceso de constitución primero y de inserción después, una serie de efectos más o menos difíciles de percibir; efectos que, además, son vistos desde diferentes puntos de vista.

La revolución de las transmisiones y, entre estas, el aparecimiento de las teletecnologías, cuyo proceso de consolidación, no obstante estar todavía en marcha, ha durado más de un siglo, están en la base de las condiciones de posibilidad del teletrabajo, pues “hacen posible el cumplimiento de las tareas en cualquier lugar”.<sup>115</sup>

En efecto, a medida que hemos podido estar interconectados a velocidades cada vez mayores, a medida que hemos definido las condiciones para poder intercambiar flujos de información de mayor tamaño cada vez, sin importar en qué lugar del planeta nos encontremos ni en qué lugar se encuentren aquellos con quienes realizamos las dos operaciones antes dichas, se fueron definiendo algunas condiciones de posibilidad para el aparecimiento del teletrabajo.

Pero también, a medida que al proceso de producción, tal como lo planteamos, se le ha sustraído la fuerza de trabajo humano, convirtiendo en innecesaria la fijación del trabajador a un espacio de desempeño; a medida que las posibilidades de empleo han sido subsumidas a la exclusiva alternativa del sector de servicios, ventas, y, finalmente, a medida que el capitalismo va dejando de ser un capitalismo de producción para convertirse en un capitalismo de productos, determinando el acendramiento de la preocupación por los mercados casi en el aspecto central del capitalismo actual, se definen las condiciones de posibilidad del teletrabajo.

---

<sup>115</sup> VIRILIO, Paul. *La velocidad de liberación*. Op. Cit. p. 103

Ahora bien, no es obvio cuales sean, entonces, las diferentes modalidades de teletrabajo que ya, en este momento, han sido probadas, evaluadas y, por lo tanto, sancionadas como válidas.

Los experimentos que se han realizado en diferentes empresas y en diferentes partes del mundo ya han permitido establecer algunas conclusiones. Así Alain Pinsonneault y Martín Roisvert, dicen que “esta deslocalización del trabajo toma cuatro formas principales: el trabajo a domicilio, las oficinas satélites, los centros electrónicos de barrio y el llamado trabajo móvil”.<sup>116</sup>

Para estos autores el *trabajo a domicilio* se efectúa generalmente en un espacio destinado a este fin, ubicado fuera de las instalaciones de la empresa y cuyos costos de instalación y de sostenimiento, son asumidos en parte por el empleador.

Las *oficinas satélites* son pequeñas filiales de la empresa, generalmente situadas de manera estratégica según el lugar de residencia de quienes las van a utilizar y dotadas con los necesarios sistemas de comunicaciones. Según la afirmación de Mahlon Apgar “esta oficinas fragmentan grandes instalaciones centralizadas en una red de sitios de trabajo más pequeños que pueden estar ubicados cerca de los hogares de los clientes o los empleados”.<sup>117</sup>

Los *centros electrónicos de barrio* son privados y están dotados con todos los equipamientos informáticos necesarios para la realización de una serie de operaciones por parte de empleados de diferentes empresas.

Finalmente, el *trabajo móvil* en la capacidad de efectuar una serie de actividades en tiempo real en diferentes escenarios como el automóvil, el avión y el cuarto de hotel.

---

<sup>116</sup> PINSONNEAULT, Alain y BOISVERT, Martín. Le télétravail: l'organisation de demain?

<sup>117</sup> APGAR, Mahlon. Op. Cit.

Mahlon Apgar sin utilizar el término teletrabajo, recoge los experimentos realizados a lo largo de varios años en varias empresas importantes de Estados Unidos y de algunos países europeos, refiriéndose más bien a la búsqueda de sitios de trabajo alternativo (STA) o “una combinación de prácticas laborales, escenarios y lugares no tradicionales que comienza a complementar las oficinas tradicionales”. Y agrega. “No se trata de una moda, Aunque las estimaciones varían considerablemente, *hoy en día entre 70 y 40 millones de personas en Estados Unidos, se comunican con sus oficinas a distancia o son empleados con sede en su propio hogar*”.<sup>118</sup> Así, al hilo de la pregunta ¿dónde y cómo trabajará le gente?, este autor compendia una serie de alternativas, la cual además se amplía si se le suman las combinaciones que en efecto han sido adoptadas por diferentes empresas según sus necesidades específicas.

Hay empresas que han optado por la modalidad de *escritorio compartido*. Se trata de un sistema mediante el cual empleados con horarios diferentes y agendas de trabajo y de viajes diferentes pueden compartir la misma oficina y el mismo escritorio. “AT&T decidió que en ciertos grupos de empleados, hasta seis personas podían utilizar el mismo escritorio y los mismo equipos que antes se asignaban a una sola persona. En la actualidad 14.000 empleados de la firma comparten escritorio y equipos”.<sup>119</sup>

Existe también la posibilidad de reemplazar las oficinas privadas tradicionales por *espacios abiertos compartidos*. Consiste en la definición de un “recinto para equipos y estaciones de trabajo en áreas abiertas”.<sup>120</sup> Con esta modalidad se pretende dotar al trabajador de una movilidad importante y fijarlo a las estaciones de trabajo solo en los tiempos obligados de uso de los equipamientos informáticos.

Apgar habla también de que algunas empresas han optado en su búsqueda de sitios de trabajo alternativo, por el concepto de *hotel*. Se trata de espacios de

---

<sup>118</sup> Idem. El subrayado es nuestro.

<sup>119</sup> Idem.

<sup>120</sup> Idem.

trabajo amoblados y equipados que cuentan además, con los servicios usuales de apoyo logístico (limpieza de “oficinas”, asistencia técnica a equipos, etc.). Dado que estos espacios de trabajo hotel no son asignados en permanencia y, más bien, se reservan por horas o por semanas los empleados cuentan con espacios personales (lockers) para guardar sus cosas; la canalización computarizada de llamadas telefónicas y, en algunos casos, dan la posibilidad de personalizar el sitio durante el tiempo de uso “colocando” fotografías y otros efectos personales almacenados electrónicamente.

Según estos autores existen, además, para completar el espectro de sitios de trabajo alternativo, las oficinas satélites, la comunicación a distancia entendida como realización de trabajo electrónicamente desde el lugar que el empleado quiera y las oficinas en el hogar, modalidades de las cuales ya hablamos.

Salta a la vista que la primera implicación y, talvez, la fundamental, que acarrea la adopción por parte de la empresa del teletrabajo o, lo que es igual, de una modalidad de STA o de la combinación de estas modalidades, es la deslocalización del trabajador la cual, a su vez, no es otra cosa que el correlato necesario de la virtualización de la empresa. En oposición al viejo modelo de fijación a un espacio cerrado, prescripción precisa del empleo del tiempo e integración a una fuerza compuesta, el nuevo trabajador goza aparentemente de una movilidad inaudita. Se mueve como una onda en el espacio-tiempo dotado, ahora, del don de la ubicuidad, por la necesaria inserción del buscaperosnas, del teléfono móvil (celular) y del portátil. Siempre ubicable, siempre accesible, él decide que uso hace del tiempo, pues a pesar de que “ya la fábrica utilizaba el sistema de la prima y los incentivos [...] la empresa se esfuerza con mayor profundidad para imponer una modulación de cada salario, en estados siempre metaestables que admiten confrontaciones, concursos y premios extremadamente cómicos”.<sup>121</sup>

---

<sup>121</sup> DELEUZE, Gilles. Conversaciones. Op. Cit. p. 280

Así, ni fijado a un espacio, ni objeto de una presión disciplinaria en lo que al uso del tiempo se refiere, tampoco hace parte de una fuerza compuesta. Más bien se inserta como una especie de rueda suelta en los intersticios de un dispositivo de competición nucleado por la preocupación de convertirse en el modelo modelizador del rendimiento óptimo del día, de la semana, del mes, del año, con lo cual accede a los premios y el punto máximo de logros, el referente a lograr (de aquí la afirmación de que *la empresa impone una modulación de cada salario en estados siempre metaestables*), lo cual no hace otra cosa que mantenerlo dividido, escindido, en un sistema, como ya dijimos, de rivalidad con todos los efectos que esto puede tener en la subjetividad colectiva.

Pero el teletrabajador no solo está deslocalizado y dotado del don de la ubicuidad. Cabe resaltar que también experimenta un cambio profundo en la nítida división que el viejo sistema le permitía mantener entre tiempo de trabajo y tiempo libre, tiempo de vida social, familiar o personal. Ahora la línea que permitía discriminar estas dos franjas está borrada.

Otra implicación de esta deslocalización que consideramos fundamental es la supresión del cara a cara en los flujos de comunicación. Los investigadores no le conceden mucha atención. Nosotros pensamos que se trata de un componente fundamental del nuevo modo de ser del trabajo. No lo asumimos como una pérdida, quizá así lo sientan quienes viniendo del viejo modo de trabajar se han visto obligados a realizar el paso a la condición de teletrabajadores. Para las nuevas generaciones será apenas natural trabajar en la casi ausencia de contactos cara a cara. Con esto lo que queda planteado es la emergencia de un nuevo capítulo en las formas de interacción comunicativa por las que hemos pasado.

Es evidente que en lo que concierne a la empresa la transformación fundamental consiste en un proceso de virtualización vertiginoso: el advenimiento de la empresa-gas. Muchos casos dan testimonio de este fenómeno. Por su

representatividad, el caso IBM es bien importante. En 1994 esta firma decidió abandonar su domicilio social, situado cerca de Nueva York. ¿Para irse a otra parte? No. Pues como dice Virilio: “Esta repentina decisión de una empresa tan importante de *levantar la casa para no ir a ninguna parte* aparecía como uno de los síntomas principales del cambio de naturaleza que puede afectar mañana los lugares de trabajo, no solamente la fábrica o las oficinas de la administración, sino asimismo la significación del centro de la ciudad”.<sup>122</sup>

Pierre Lévi analiza la oposición radical que introduce esta modificación postindustrial, entre la empresa tradicional, la fábrica con sus lugares de producción y las oficinas de la administración dispuestas panópticamente, y la empresa virtual: “La organización clásica reúne a sus empleados en el mismo edificio o en un conjunto de establecimientos. Cada uno de los empleados ocupa un puesto de trabajo situado en un lugar preciso [...] Una empresa virtual por el contrario hace un uso masivo del teletrabajo, tendiendo a reemplazar la presencia física por sus empleados en los mismos locales por la participación en una red de comunicación electrónica [...] En consecuencia, la virtualización de la empresa, más que una solución estable, consiste en hacer de las coordenadas espacio-temporales del trabajo un problema siempre planteado. El centro de gravedad de la empresa no es ya un conjunto de establecimientos, de puestos de trabajo y de reparto del tiempo, sino un proceso de *coordinación* que redistribuye, siempre de un modo diferente, las *coordenadas* espacio-temporales del colectivo de trabajo y de cada uno de sus miembros en función de diversas reglas coactivas”.<sup>123</sup>

Ahora bien, el aparecimiento de la empresa-gas, de la empresa-alma ha manifestado sus *bondades* en relación con su contribución a la planetarización de la economía y en relación con sus aportes indiscutibles a la, cada vez, más acentuada polarización de la división entre ricos y pobres. Cifras astronómicas en ahorro han sido reportadas por las empresas que, al hilo de la adopción de

---

<sup>122</sup> VIRILIO, Paul. *La velocidad de liberación*. Op. Cit. p. 103

<sup>123</sup> LÉVI, Pierre. Op. Cit. p. 19-20

diferentes modas administrativas, se han adelgazado, han puesto en marcha procesos de reingeniería, se han virtualizado y/o han asumido modalidades de sitios de trabajo alternativo. Así “desde 1991 AT&T ha liberado cerca de US\$550 millones en flujo de caja –un ahorro del 30%- al eliminar oficinas que la gente no necesita, consolidar otras y reducir los costos fijos relacionados con estas”.<sup>124</sup> IBM “mediante un plan de STA denominado Programa de Movilidad ahorra más de US\$100 millones anuales únicamente en su unidad de ventas y distribución para Norteamérica”.<sup>125</sup>

Se observa que estos ejemplos tomados literalmente presentan un sesgo: no hablan de la cantidad de empleados que durante el proceso fueron enviado al paro. En este sentido Rifkin suministra ejemplos más completos. Ante el plan de reeducación implementado en Estados Unidos durante el gobierno de Bill Clinton, a un costo de US\$3.400 millones, tendiente a reeducar a más de dos millones de americanos que pierden sus empleos cada año para que puedan acceder a los nuevos empleos derivados de las altas tecnologías como única forma viable de reducir el desempleo, se pregunta: ¿reeducar para qué?, si “en un estudio realizado en 1993 por el Departamento de Trabajo, se demostró que tan solo una cifra menor al 20% de los que seguían estos programas de reeducación federales eran capaces de encontrar nuevos empleos en los que recibían, como mucho, un 80% de sus antiguos salarios”.<sup>126</sup>

Así mismo analiza el caso de la reducción del sector público en Estados Unidos, asociado a los problemas de los fondos necesarios para el funcionamiento del Estado, el llamado hueco fiscal, la corrupción que gangrena las arcas de los estados modernos y los problemas de la deuda externa. Los datos no dejan de ser significativos. Y como en dicho país los mayores recursos se han producido, según este autor, en defensa, entre 1989 y 1993 más de 440.000 trabajadores de la industria de la defensa fueron despedidos. Otros 300.000 trabajadores

---

<sup>124</sup> APGAR, Mahlon. Op. Cit.

<sup>125</sup> Idem

<sup>126</sup> RIFKIN, Jeremy. Op. Cit. p. 60

uniformados, con empleos en diferentes servicios armados, y más de 100.000 empleados civiles también fueron despedidos [...] Un estudio de la Federal Reserve estima que los recortes en defensa entre 1987 y 1997 producirán una pérdida total de más de 2.600.000 puestos de trabajo”.<sup>127</sup> Pero el recorte se está realizando también en otras dependencias de sector público por efecto de reducción de las operaciones y automatización de los servicios. Así, por ejemplo, la intención de Clinton de aplicar procesos de reingeniería a las actividades del gobierno tomando como modelo lo que han hecho las empresas del sector privado e introduciendo sofisticados sistemas de ordenadores, condujo en la primera fase del proyecto a “la eliminación de 252.000 trabajadores, equivalente a más del 12% de la fuerza de trabajo federal”.<sup>128</sup>

Tenemos, como se puede ver si se atienden los planteamientos precedentes, experimentos llevados a cabo en empresas que diversifican el uso y la distribución de los puestos de trabajo existentes al interior de las mismas, provocando así un adelgazamiento o una reducción considerable de sus plantas físicas, de sus equipamientos tradicionales y del número de empleados. Tenemos también en los casos más extremos, empresas que dan la sensación de desaparecer de la noche a la mañana, pues se adelgazan a tal punto, levantan su compleja y aparatosa infraestructura a tal grado que bien se puede decir que sin dejar de existir se fueron a *ninguna* parte. Tenemos, finalmente, de un lado, millones de seres humanos, a lo largo y ancho del planeta, enviados al paro apenas andado, por así decirlo, un pequeño tramo de su vida laboral potencial y, lo que es más preocupante, con escasas posibilidades de reenganche en el mundo del trabajo asalariado o remunerado; y tenemos, de otro lado, millones de nuevos trabajadores deslocalizados, trabajando en sus casas, en los trenes o en los aviones, en las salas de espera de los aeropuertos o en las estaciones, a cualquier hora, a cambio de remuneraciones reguladas por el rendimiento tasado en resultados medibles en ingresos para las empresas, equipados con

---

<sup>127</sup> Idem. p. 62

<sup>128</sup> Idem. p. 62

computadores personales, teléfonos móviles e, incluso buscapersonas, equipamiento este que cumple dos funciones primordiales. En primer lugar, dotar a cada uno de estos nuevos sujetos del pretendido don de la ubicuidad, convertirlo en una especie de onda en movimiento, oscilando en el espacio, cuerpo ondulatorio que cambia a cada instante de lugar, pero susceptible siempre de ser ubicado en cualquier momento, y esté donde esté, esto es sin restricciones de ningún tipo, por las instancias centrales de la empresa. Y, en segundo lugar, mantenerlo conectado, como se dice, enviando y recibiendo mensajes, accedendo bases de datos, intercambiando informes, instrucciones, discutiendo procedimientos, pedidos, órdenes de despacho, en fin, trabajando con flujos de información que, como ya hemos planteado, *van y vienen* por el universo virtual que se ha dado en llamar ciberespacio, designación inventada a partir del término cibernética por William Gibson, escritor de novelas de ciencia ficción, determinando la emergencia de un nuevo referente en lo que concierne a la velocidad de las comunicaciones humanas, referente este difícil de concebir hace apenas unas cuantas décadas incluso en la ficción y, todavía más, difícil de imaginar aun bajo su existencia efectiva, pues actualmente dichos flujos de comunicación y de información parecieran, en sentido estricto, ya no circular más, no ir y venir por canales de circulación, así se hable de las famosas autopistas de la información, sino más bien teletransportarse. En efecto, esta es la sensación o, mejor, la experimentación que bien se puede tener cuando se participa, por ejemplo, en un chat o cuando se intercambian mensajes en tiempo real, mientras se realizan otras tareas en el PC, con un interlocutor, un internauta según se dice en la actualidad, situado a miles de kilómetros de donde nos encontramos.

Es Internet, la famosa red de redes, la tecnología de punta que hace posible todo o casi todo lo enunciado en el extenso párrafo precedente.

Concebida inicialmente para resolver problemas de inteligencia militar concernientes a la velocidad de las comunicaciones y, sobre todo, a la necesidad de que los flujos de información circulen sin ser interceptados en el *tránsito* que

realizan desde su *punto* de emisión hasta su *lugar* de llegada, Internet, la red de redes como les gusta llamarla a algunos, ha conocido en poco tiempo una expansión inaudita en su funcionalidad y se ha convertido, después de pasar por un obligado proceso de perfeccionamiento que talvez no ha concluido hoy en día, en la columna vertebral de casi todas, por no decir todas, las actividades centrales de la existencia humana: estudiar, trabajar, investigar, negociar, establecer relaciones (intelectuales, amorosas, comerciales, de intercambio cultural, etc.), *conversar*, e incluso divertirse.

Mucho es lo que se puede agregar a la afirmación precedente. Cada uno de los aspectos indicados amerita por si mismo una indagación. De hecho las investigaciones sobre el e-busines, la educación on-line, los chats y su apertura a nuevas formas de relación humana están en marcha con resultados acabados en algunos casos y con resultados por consolidar en otros. Baste decir aquí, para ahondar un poco en el desarrollo de nuestro asunto, que sin esta tecnología no sería posible la creciente existencia de los teletrabajadores. En efecto, no obstante haber sido creada para los propósitos militares antes dichos, no obstante haberse impuesto para usos que ni siquiera fueron previstos por sus creadores, es Internet, con sus servicios desagregados más importantes (puesta en red de inmensas bases de datos –desde bibliotecas hasta archivos estatales, no solo basados en lenguajes alfabéticos sino también sonoros y visuales como la inmensa iconoteca que ha ido constituyendo la empresa Corbis Corporation, fundada en 1989 por el magnate de la informática, Bill Gates, mediante la adquisición de los derechos de todo tipo de imágenes convenientemente digitalizadas<sup>129</sup>, pasando por páginas web empresariales y personales- dando lugar a la aparición de un gigantesco hipertexto; chats que, como se sabe, sirven para lo mejor y para lo peor, pues posibilitan tanto importantes intercambios interculturales o intelectuales como simulaciones, engaños, camuflajes; y correo electrónico a través del cual se ponen a circular todo tipo de flujos de información), la tecnología que ha posibilitado esa

---

<sup>129</sup> Citado por GUBERN, R. En: *El eros electrónico*. Madrid, Taurus. 2000

deslocalización del trabajador, ese proceso de virtualización que adelantan las empresas desde hace poco tiempo.

Ahora bien, Internet en particular y las tecnologías de la información en general, no solo han determinado, a medida que permean y se cuelan tanto en los intersticios de la vida doméstica de los individuos, como en los diferentes aspectos de la vida de los tejidos sociales postindustriales, los cambios que hemos enunciado sino otros en el mismo universo laboral. Han comenzado a perder pertinencia algunos empleos o la forma de ejercerlos, lo cual los amenaza de desaparición o de transformación y, así mismo, se perfilan en el horizonte de la cultura nuevos oficios. En las ventas, por ejemplo, se han vuelto imprescindibles las simulaciones digitales haciendo posible comprar, por ejemplo, propiedad raíz, autos sin necesidad de una inspección en el terreno de los mismos. Los encuentros sexuales a través de la realidad virtual con sus promesas de no sida, no embarazo, no compromiso, no el azar de malos olores, amenazan incluso a la considerada por muchos profesión más vieja del mundo.

Así las cosas, Internet no sólo ha reavivado la ingenua esperanza de una sociedad más igualitaria, más libre y más justa, tan pertinente a finales del siglo XIX con la proliferación de inventos y descubrimientos asociados al confort humano, sino que ha sido objeto de los más inesperados calificativos.

*Galaxia Internet*, así la califica a través del título de uno de sus libros Manuel Castells, uno de los investigadores más importantes del momento acerca de los efectos, a todos los niveles, de las nuevas tecnologías en los tejidos sociales humanos, equiparando de este modo la invención de Internet a la invención de la imprenta realizada hace más de cinco siglos por Johann Gutenberg (la galaxia Gutenberg); invención esta última que, como se sabe, junto con la invención de la escritura, la invención de la rueda y el descubrimiento del fuego, son talvez los descubrimientos capitales de la historia de la humanidad, los cuales siguen

estando en calidad de elementos esenciales en la base de la existencia y de la supervivencia de casi todas las sociedades humanas, incluso las actuales.

Internet, *red de redes*, lugar de residencia de un inmenso hipertexto que configura el universo virtual, en el cual se recoge por fuera del control de los poderes establecidos toda la memoria artística, cultural, científica de la humanidad y se la convierte en patrimonio de todos; rizoma con múltiples entradas y salidas, sin centro, sin existencia material, especie de gigantesco no lugar al cual accederían todos los teleciudadanos del mundo, casi independientemente de su nivel de alfabetización o de cual sea su procedencia racial y cultural, su rango social, el credo religioso que practican e, incluso, sus intereses personales.

Internet, *nuevo reino del espíritu*, tal como lo afirma Ernesto Milá. Con la posibilidad de entender por fin, según este autor, la vieja noción religiosa-filosófica. Pues tanto el espíritu o el alma como aquel gozan de una inmaterialidad que no autoriza descalificar su existencia real ni dudar de sus efectos en los aspectos más triviales de la existencia.

Internet, balsa de naufragos, convertido casi en la única posibilidad de existencia y de funcionalidad social, especie de nuevo recinto del ser con el apareamiento de los adictos a Internet, de los adictos a las nuevas tecnologías, esos que dicen sin sonrojarse que bien pueden pasar 16 horas al día conectados y que de lo contrario no saben qué hacer con el tiempo de vida, los mismos que alegan, y se ofrecen para demostrarlo, que encerrados en un lugar cualquiera y conectados pueden tener una existencia regular, esos en fin que bien podrían hacer propio, modificándolo apenas un poco, el viejo precepto filosófico: estoy conectado, luego existo.

### 3.4 Perfil subjetivo del nuevo trabajador

Dejemos, ahora las consideraciones sobre el teletrabajo y pasemos al último aspecto de esta reflexión sobre el trabajo en las sociedades postindustriales: se trata del equipamiento incorpóreo o inmaterial, por así decirlo, estimado en el dominio de una enciclopedia o de unos saberes, en la capacidad de realizar una serie de operaciones o la efectiva tenencia de una serie de competencias instrumentales y en el despliegue de una serie de actitudes o manifestación permanente de una disposición subjetiva específica, que la empresa demanda del nuevo trabajador. La vieja relación isomórfica entre profesión y oficio está en sus últimas. Ya no se trata de culminar el segmento “formación profesional” y pasar al siguiente segmento “ejercicio de la profesión” (oficio) sin sentir las demandas de continuar auto moldeándose en una formación sin final hasta que sobrevenga el tiempo de la jubilación con su respectivo declive a todos los niveles según rezan los mandatos de la cultura. Ahora se trata de mantenerse en una actitud de permanente formación, hecho este en relación con el cual las universidades han venido a terciar en los asuntos entre los trabajadores y las empresas, ofreciendo programas de formación, un poco a la especie de invitado de piedra que, de todos modos, como quien dice, monta su tienda y se pone a trabajar, pauperizando así, en la mayoría de los casos a la educación misma.

Esta afirmación la podemos constatar en Deleuze cuando dice que “los diferentes internados o centros de encierro por los que va pasando el individuo son variables independientes: se sobre entiende en cada ocasión un comienzo desde cero [...] Los encierros son *moldes* o moldeados diferentes, mientras que los controles constituyen una *modulación*, como una suerte de moldeado autodeformante que cambia constantemente y a cada instante, como un tamiz cuya malla varía en cada punto”.<sup>130</sup> Lo mismo que cuando agrega. “En las sociedades disciplinarias siempre había que volver a empezar (terminada la escuela empieza el cuartel,

---

<sup>130</sup> DELEUZE, Gilles. *Conversaciones*. Op. Cit. p. 279

después de este viene la fábrica), mientras que en las sociedades de control nunca se termina nada”.<sup>131</sup>

Así el nuevo trabajador requerido por la empresa-gas debe ser ondulatorio, esto es, oscilar en la búsqueda de un estado metaestable, es decir, siempre otro cuando se llega a un punto visualizado antes de alcanzarlo como punto definitivo de llegada. En un discurso pronunciado el 4 de mayo de 1993, Robert Reich, Secretario de Trabajo de Estados Unidos en ese entonces, advierte que los países del mundo están ingresando a una economía totalmente nueva, de naturaleza global y altamente competitiva, en la cual “para tener éxito, nuestros trabajadores deben estar más especializados, deben ser más adaptables y deben estar mayor entrenados respecto a los nuevos estándares mundiales”.<sup>132</sup>

Sin embargo esta demanda de adaptabilidad a situaciones siempre cambiantes, posible en tanto se cuente con el equipamiento requerido (dominio de saberes, competencias instrumentales y aptitudes subjetivas), deja al trabajador en un estado de permanente zozobra en relación con la posibilidad efectiva de mantenerse en la empresa. En la actualidad millones de trabajadores de diferentes países se esfuerzan por ser competitivos. Sus preocupaciones van desde visitas a gimnasios y adopción de modelos de alimentación para mantener una figura acorde con la exigencia de cuidar la imagen corporativa, hasta el ingreso a programas de formación a nivel de postgrado, no importa cuál sea la calidad o el interés que tienen por los mismos, para atribuirse cualidades académicas que los hagan más competitivos, pasando por la adquisición de alfabetidades diversas como el manejo de uno o dos idiomas más, el dominio de softwares y cierta versatilidad en el tema de las diferencias culturales, el conocimiento de comida internacional, etc.

---

<sup>131</sup> Idem. 280

<sup>132</sup> Citado por RIFKIN, Jeremy. Op. Cit. 59-60

Pero esto no es todo. Si bien este sentimiento de inseguridad puede ser atenuado por la obediencia a estas demandas, de todos modos, en la mayoría de los casos, se mantiene y continúa su labor de desestabilización manifestándose en stress y en un miedo constante a ser despedido, según Rifkin “una gran mayoría de trabajadores se sienten completamente faltos de preparación para asumir la transición a la que deben enfrentarse [...] En cualquier punto del mundo, hombres y mujeres se están preguntando si existe algún papel para ellos en el nuevo futuro que se desplegará a lo largo y ancho de la economía global [...] En una encuesta realizada en 1994 por The New York Times, dos de cada cinco trabajadores americanos expresaban su preocupación por un posible despido [...] El 77% de los que respondieron afirmaron que personalmente conocían a alguien que había perdido su empleo en los últimos años, mientras que el 67% afirmaban que la carencia de puestos de trabajo estaba produciendo efectos importantes en sus comunidades”.<sup>133</sup>

Se entiende que, además, este paisaje de exigencias siempre cambiantes y de zozobra permanente, modifica totalmente el tipo de adhesión a la empresa. En la actualidad, el trabajador oscila en un ir y venir de sensaciones a veces contradictorias, en el marco de un discurso reiterado sobre el sentido de pertenencia, la obligada adopción de gestos orientados al cuidado de la imagen corporativa y la insistencia histórica en que los miembros de la organización conforman una familia. Se instaura así, entre los trabajadores y la empresa, un modelo de interacción comunicativa basada en la simulación, imposibles de interrogar pues quien se arroge la capacidad discursiva y la fuerza subjetiva para hacerlo se expone a lecturas maniqueas, en el mejor de los casos, y a retaliaciones contundentes, en el peor.

Analícemos así sea someramente uno de los discursos que con mayor insistencia se promueven hoy en día al interior de la empresa. Nos referimos a la invocación que las mismas empresas hacen en una especie de discurso autoreferencial

---

<sup>133</sup> Idem. 33-34

exasperante a la figura de la familia. No se trata de una metáfora. *Somos una familia* es una consigna que se repite como si al hacerla pasar por la redundancia quedara garantizada su enquistamiento indeleble en el cuerpo. Pero las cosas nunca suceden este modo. Los trabajadores saben que este es un mensaje de persuasión de carácter esquizofrénico. Pues entre las pocas intuiciones que puedan tener sobre las investiduras sociales o los roles, saben que las que atañen a la familia conservan vigencia, son indisolubles para decirlo de otro modo. Además saben que salvo excepciones, justo por el carácter indiscutible del rol hijo, padre, hermano, tía, etc. y por la naturaleza profunda y atada de los lazos familiares, la familia es siempre un lugar de posible retorno, de refugio, de despliegue de solidaridades a veces, incluso, inquietantes. Y todo esto se contrasta nítidamente con la amenaza simbólica de muerte (el despido, el paro) que la empresa hace recaer sobre el cuerpo del trabajador. Piénsese no más por cuántos y cuales motivos un trabajador puede ser despedido en la actualidad sin que los otros integrantes de la “familia empresarial” muevan tan siquiera un dedo. Luego contrástese esto con los motivos por los cuales una familia *rompe el lazo* con alguno de sus miembros declarando (se entiende que sin ninguna eficacia social) que lo despoja de su rol (en adelante no será mi hijo, mi hermano, etc.)

Cuando Deleuze habla de la familia como una línea de vida molar en la cual estamos indefectiblemente engarzados los seres humanos dice que, no obstante parecer muerta, letal por el modo como sobrecodifica nuestra existencia, esta línea, lo mismo que las otras que componen nuestras vidas (las líneas moleculares y las líneas de fuga) “implica incluso mucha ternura y amor”.<sup>134</sup>

Ahora bien, para que el cuadro sea más completo, reiteramos otros matices de la situación del trabajador actual. Es evidente que se trata de un sujeto siempre inacabado, en proceso de agenciar nuevos conocimientos y de adquirir nuevas habilidades de diferente naturaleza, dotado del don de la ubicuidad, capaz de trabajar en tiempo real en el cumplimiento de tareas jalonadas por consignas

---

<sup>134</sup> DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix. *Mil Mesetas*. Op. Cit. p. 200

como el *justo a tiempo*, capaz de ajustarse a un modelo de rendimiento siempre cambiante, fuerte para los niveles de stress que sobrepasan los sancionados como normales y, sobre todo, capaz de soportar la “multitud de inconvenientes considerables, en particular el de no distinguir ya claramente los períodos de descanso y de trabajo remunerado, amenazando este último con expandirse a todo el espacio privado y al tiempo del que todos creían aún disponer libremente”.<sup>135</sup>

Otra cualidad que la nueva empresa exige del nuevo trabajador y que no hemos incluido en las formulaciones anteriores porque aún no alcanzamos a comprenderla a cabalidad, es la juventud. Actualmente, frente a la empresa-gas se es viejo a los 35, 32 e incluso 28 años. Muchos avisos clasificados así lo indican. Un ejército de yupies puebla los emplazamientos laborales disponibles de las empresas contemporáneas. A lo largo de esta investigación no hemos cesado de preguntarnos por las razones de este fenómeno que agrava la situación social del viejo en las sociedades actuales. Lo poco que alcanzamos a pensar remite al hecho de que la experiencia “tan importante en las sociedades disciplinarias”, el haber realizado durante años un gesto repetido en la cadena de montaje y, por tanto, haber desarrollado una especie de automatismo, una gran destreza, una gran precisión en la realización de una operación ya no tiene ningún valor, pues siempre lugar del error posible, los humanos no podemos competir en este aspecto con los sistemas computarizados. No sobra agregar que es a todos los niveles que la experiencia no tiene ningún valor en el nuevo modo de ser de la empresa. Pensemos únicamente en la situación de alguien que se pone en proceso de aprender un determinado software. No ha terminado de hacerlo y ya el mercado le ofrece otro que demanda un nuevo aprendizaje. Por esto lo que la empresa requiere es un trabajador en formación permanente, versátil y, sobre todo, como dijimos, más con una apertura subjetiva hacia la adaptabilidad a situaciones cambiantes que con unas competencias definitivas.

---

<sup>135</sup> VIRILIO, Paul. *La velocidad de liberación*. Op. Cit. p. 105

No sentimos decoroso concluir este capítulo sin antes dedicar unos párrafos a uno de los pocos libros que, según nuestra precaria enciclopedia, está consagrado exclusivamente al tema de la compostura subjetiva del nuevo trabajador, se trata de *“La corrosión del carácter”*, libro de Richard Sennett, subtulado con la expresión: *‘Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo’*.

Queremos referenciarlo también como pretexto para concluir este capítulo haciendo una especie de síntesis de lo que hemos querido denominar *la compostura subjetiva del trabajador en las sociedades de control*.

El libro, concebido en un tono que bien podría considerarse coloquial, se construye en torno al paralelo que Sennett traza entre un padre y un hijo; el primero Enrico, inmigrante italiano, paradigma del viejo sistema de trabajo; el segundo, Rico, modelo de las nuevas tensiones aportadas por el trabajador en la nueva forma de ser de los compromisos laborales.

La vida de Enrico y de Flavia, su esposa, jalonada por el atravesamiento ordenado de los segmentos y por la obediencia a los mandatos de progreso propios de las sociedades disciplinarias. “Cuando nos conocimos Enrico llevaba veinte años limpiando lavabos y suelos en un edificio de las oficinas del centro. [...] Había tardado quince años en ahorrar el dinero necesario para comprar una casa en un barrio residencial de las afueras de Boston. [...] Luego Flavia comenzó a trabajar como planchadora en un centro de limpieza en seco; cuando conocí a Enrico en 1970, él y Flavia estaban ahorrando para poder pagar la educación universitaria de sus dos hijos”.<sup>136</sup>

Casi todos los aspectos del viejo modelo están presentes en esta sinopsis, como se ve una vida lineal, sobre-codificada, pasada por empleos que rara vez presentan sobresaltos, exigencias de cambio o aprendizajes nuevos, y con logros acumulativos, en proyectos para la culminación de los cuales el ahorro y el

---

<sup>136</sup> SENNETT, Richard. *La corrosión del carácter*. Barcelona, Anagrama, 2.000. p. 13

endeudamiento son fundamentales, basada incluso en un alto nivel de certidumbre hacia el futuro en lo que respecta a la jubilación y en los medios materiales (una casa, monto de la pensión) para encarar la vejez.

Pero este perfil tiene sus matices invisibles pero predecibles cada que se vuelve la mirada sobre un modelo o sujeto paradigmático de cualquier tipo de sociedad: en el caso de Enrico, una subjetividad constituida por referencia al modelo de normalidad instaurado en las sociedades disciplinarias, desmultiplicada en una manera de usar el tiempo libre y en una serie concepciones y de sueños trabajando en su fantasma, entre otros. Así, cuando Enrico “regresaba a su viejo barrio, los que seguían allí le brindaban mucha más atención por ser un hombre al que le ha ido bien, uno de los veteranos dignos que regresaba todos los domingos para ir a misa, actividad seguida al almuerzo y de tardes de café en las que se hablaba de todo un poco”.<sup>137</sup> Pero también el hecho de que “A Enrico no le gustaban los negros [...], tampoco los inmigrantes no italianos, como los irlandeses [...] sin embargo lo que menos le gustaba era la gente de clase media”<sup>138</sup>, pues según afirmaba “lo trataban como si fuese invisible, un ‘cero a la izquierda””.<sup>139</sup> Y sobre todo, “aunque Enrico sentía que había alcanzado cierto honor social, no toleraba la idea de que hijo Rico repitiera su historia. El sueño americano de movilidad social ascendente era un poderoso motor para Enrico”.<sup>140</sup>

A cambio la vida de Rico y Jeannette, su esposa, se juegan en un tablero completamente diferente. En catorce años de vida laboral se han mudado, según el relato de Sennett, cuatro veces y pasado, en cada una, por empleos diferentes tanto en las competencias exigidas para realizarlas, como en el salario devengado y en las ciudades en que los ejercieron. Al final Rico afectado por un recorte de personal en su último lugar de empleo, decide abrir su propia oficina de consultoría, animado por la idea de que “una consultoría parece ser el camino de

---

<sup>137</sup> Idem. 14-15

<sup>138</sup> Idem. 15

<sup>139</sup> Idem.15

<sup>140</sup> Idem. 15

la independencia [...] se vio metido de cabeza en tareas de categoría inferior”<sup>141</sup>, mientras que Jeannette dirige un grupo de empleados divididos “entre aquellos que trabajan en casa, los que suelen trabajar en el despacho y una falange de empleados administrativos de bajo nivel, a mil o dos kilómetros de distancia y conectados con ella por ordenador”.<sup>142</sup>

Y al hilo de estas dos historias contrastadas analiza Sennett no solo las demandas que la nueva época le hace a los segundos, sino las repercusiones que operan en sus vidas, no solo laborales, sino familiares e individuales. Así analiza el declive de los ejercicios laborales centrados en la rutina en beneficio de los emplazamientos laborales basados en el *nada a largo plazo*, demandantes de una apertura al cambio, a la constante flexibilidad, al permanente cambio de lugar, en los que ante la pérdida de la mayoría de las amistades obligue a consolarse con un lacónico “aunque sigamos conectados”<sup>143</sup> y en los que, ante el temor por la modificación del vecindario que impide consolidar comunidades locales, no queda otra opción que aceptar o asumir que nada se puede hacer al respecto.

Sennett analiza también el carácter ilegible, por lo menos para personas como Rico que teniendo como referente el viejo modelo se ven obligados a agenciar cualidades subjetivas completamente nuevas e imposibles de recusar, del nuevo sistema. Y los factores de riesgo inmanentes a todo el proceso de inserción.

Pero el aspecto en el que más lúcido es Sennett es en el análisis del sistema de poder al que hay que remitir la flexibilización de las nuevas empresas, flexibilización que repercute en las exigencias que se les hacen a los trabajadores del nuevo orden social. En efecto, el capítulo 3 del libro, titulado FLEXIBLE, es el que más elaborado e importante nos parece. Atendiendo al hecho de las nuevas empresas en su proceso de flexibilización “han intentado eliminar capas enteras

---

<sup>141</sup> Idem. 17

<sup>142</sup> Idem. 18

<sup>143</sup> Idem. 19

de burocracia para convertirse en organizaciones más horizontales y flexibles”<sup>144</sup>, Sennett analiza, en dicho capítulo, tres elementos que, según él, componen “el sistema de poder que acecha en las formas modernas de flexibilidad”.<sup>145</sup> Esos tres elementos son: “reinención discontinua de las instituciones, especialización flexible de la producción y concentración sin centralización del poder”<sup>146</sup>.

Queremos reseñar las dos primeras pues remiten a elaboraciones que hicimos unas páginas atrás.

El primero remite a la aplicación de tecnologías de reingeniería tendientes a reducir los puestos de trabajo mediante el uso de un software que estandariza los procedimientos administrativos monitoreando “todas las celdas del panel institucional para ver lo que están produciendo y así evitar rápidamente la duplicación de unidades o las unidades no eficientes”.<sup>147</sup>

La especialización flexible de la producción consiste en la capacidad de una empresa de ondular según las exigencias cambiantes del mercado. Proponiéndose esta meta una empresa trata de fabricar “productos más variados cada vez más rápido”.<sup>148</sup> Así las empresas buscan segmentos de mercados que atienden de un modo temporal para después pasar a otra cosa. Según Sennett, “Deborah Morales que estudió una variante de estas plantas flexibles en la industrial del automóvil, subraya la importancia de la innovación como respuesta a una demanda del mercado, al cambiar las tareas semanales, y a veces diarias, que los trabajadores han de realizar”.<sup>149</sup>

Tres aspectos están en la base de este aspecto. La posibilidad de reprogramar las máquinas en tanto funcionan con base en softwares, la circulación a altas

---

<sup>144</sup> Idem. 22

<sup>145</sup> Idem. 48

<sup>146</sup> Idem. 48

<sup>147</sup> Idem. 49

<sup>148</sup> Idem. 52

<sup>149</sup> Idem. 53

velocidades de la información y la pronta toma de decisiones, favorecido por el relajamiento de la estructura piramidal de la empresa, todos estos, aspectos ajenos al modo de producción de las sociedades disciplinarias.

#### 4. CONCLUSIONES

De este modo, hemos recogido y recorrido, con nuestras preguntas, un paisaje nuevo, apenas en proceso de abatirse sobre las sociedades contemporáneas, pero muy avanzado ya en los trazos que lo definen. La sensación visceral en este momento de culminación es que hemos mirado, por largo tiempo a un abismo que se abre en el paisaje social contemporáneo. Ahora mismo no somos idénticos en el tiempo a aquellos que comenzaron hace dos años, esta investigación. ¿Hemos sido osados o, acaso, pusilánimes en las reflexiones que la contemplación de este paisaje desolado nos ha suscitado? Que esto lo juzguen los lectores de este texto. Lo cierto es que durante los dos años que nos hemos demorado en esta elaboración, trabajando siempre, bien sin parar, bien discontinuos, millones de seres humanos fueron enviados al paro y a la marginalidad. Que los dioses que, dicho sea de paso, ya casi nadie sabe dónde están y ni siquiera dónde ir a buscarlos, se apiaden de ellos.

Para nosotros las preguntas iniciales se han transformado en otras que nos sitúan más que en la sensación de algo terminado en una especie de apertura hacia el exterior. ¿Cómo se está dando este proceso de transformación en los países del llamado tercer mundo y a qué precios colectivos e individuales? ¿En el umbral de cuál nuevo desorden mundial nos encontramos? ¿Será, en fin, todo este vasto movimiento de virtualización el responsable dentro de unas décadas, tal como lo preconizan algunos analistas, de un deterioro progresivo de los lazos de connivencia social manifestado en enfrentamientos entre individuos de diferentes sectores de las ciudades o las sociedades mismas construirán nuevos dispositivos de distribución de las riquezas?

## BIBLIOGRAFIA

APGAR, Mahlon. *“El sitio de trabajo alternativo, dónde y cómo trabajará la gente”*. En: Summa, número 136, 1988.

BACHELARD, Gaston. *La formación del espíritu científico*. México, Siglo XXI, 1979.

BENVENISTE, Emile. *Problemas de lingüística general*. México, Siglo XX, 1976.

BORGES, Jorge Luis. *Ficciones*. Madrid, Alianza Editorial, 1982.

CANGUILHEM, George. *Lo normal y lo patológico*. México, Siglo XXI, 1993.

CLASTRES, Pierre. *Investigaciones en antropología política*. Barcelona, Gedisa, 1996.

DAVIS, Flora. *La comunicación no verbal*. Madrid, Alianza Editorial, 1994.

DE SAUSSURE, Ferdinand. *Curso de lingüística general*. Madrid, Akal, 1980.

DELEUZE, Gilles. *Diálogos*. Valencia, Pre-textos, 1980.

\_\_\_\_\_. *Conversaciones*. Valencia, Pre-textos, 1996.

\_\_\_\_\_. *Pericles y Verdi*. Valencia, Pre-textos, 1989.

DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix. *El antiedipo*. Barcelona, Paidós, 1985

\_\_\_\_\_. *Mil Mesetas*. Valencia, Pre-textos, 1994.

\_\_\_\_\_. *¿Qué es la filosofía?* Barcelona, Anagrama, 1994.

FINKIELKRAUT, Alain. *La humanidad perdida*. Barcelona, Anagrama, 1988.

FOUCAULT, Michel. *Defender la sociedad*. Buenos Aires, FCE, 2001.

\_\_\_\_\_. *El pensamiento del afuera*. Valencia, Pre-textos, 1988.

\_\_\_\_\_. *Historia de la sexualidad*. Volumen 2. México, Siglo XXI, 1986.

\_\_\_\_\_. *La arqueología del saber*. México, Siglo XXI, 1984.

\_\_\_\_\_. *Las palabras y las cosas*. México, Siglo XXI, 1981.

\_\_\_\_\_. *La verdad y las formas jurídicas*. México, Gedisa, 1988

\_\_\_\_\_. *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia, Pre-textos, 1992.

\_\_\_\_\_. *Vigilar y castigar*. México, Siglo XXI, 1989.

GOLDMAN, Lucien y otros. *La teoría*. Barcelona, Anagrama, 1971.

GUATTARI, Félix. *Caosmosis*. Buenos Aires, Manantial, 1996.

\_\_\_\_\_. *El constructivismo guattariano*. Cali, Centro Editorial Universidad del Valle, 1993.

\_\_\_\_\_. *Las tres ecologías*. Valencia, Pre-textos, 2000.

\_\_\_\_\_. "Recrear lo social". En: Archipiélago, número 21, 1995.

GUBERN, R. *El eros electrónico*. Madrid, Taurus, 2000

HOBBSAWN, Eric. *La era de la revolución, 1789-1848*. Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1997.

LEROI-GOURHAN, André. *El gesto y la palabra*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1971.

LÉVI, Pierre. *¿Qué es lo virtual?* Barcelona, Paidós, 1988.

LEVI-STRAUSS, Claude. *Antropología estructural*. Buenos Aires, EUDEBA, 1988.

MERLEAU-PONTI, Maurice. *Lo visible y lo invisible*. Barcelona, Seix Barral, 1970.

NIETZSCHE, Friedrich. *El crepúsculo de los ídolos*. Madrid, Alianza Editorial, 1984.

\_\_\_\_\_. *La genealogía de la moral*. Madrid, Alianza Editorial, 1983.

PINSONNEAULT, Alain y BOISVERT, Martin. « *Le télétravail : l'organisation de demain' »*

RIFKIN, Jeremy. *El fin del trabajo*. Barcelona, Paidós, 1997.

SENNETT, Richard. *La corrosión del carácter*. Barcelona, Anagrama, 2000.

VELEZ, Mauricio y otros. *Acerca de la producción de la subjetividad en las sociedades disciplinarias y de control*. Informe de investigación, 2000.

VEYNE, Paul. "Foucault y la superación (o remate) del nihilismo". En: *Michel Foucault filósofo*. Barcelona, Gedisa, 1995.

VIRILIO, Paul. *El arte del motor*. Buenos Aires, Manantial, 1996.

\_\_\_\_\_. *El ciber mundo, la política de lo peor*. Madrid, Gedisa, 1997.

\_\_\_\_\_. *La velocidad de liberación*. Buenos Aires, Manantial, 1997.

WITTGENSTEIN, Ludwig. *Tractatus logico-philosophicus*. Madrid, Alianza Editorial, 1984.